cool & lam

LA PUERTA VERDE

A. A. FAIR

Donald Lam, detective que se caracterizaba por no llevar nunca un arma y perder casi todas las peleas en las que se metía. Trabaja a las órdenes de Bertha Cool.

epublibre

A. A. Fair

La puerta verde

Cool & Lam-13

ePub r1.0
fenikz 03.02.15

Título original: *Top of the heap*
A. A. Fair, 1952
Traducción: M. L.
Ilustraciones: Robert McGinnis
Retoque de cubierta: fenikz

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2

capítulo prólogo

EN la primavera del año 1950, Orel J. Skeen, alcaide de la penitenciaria del Estado de Virginia del Oeste, caballero del Sur y hombre reposado y competente, cuyo código de honor era la estrella que guiaba su conducta, se encontró en una situación sumamente embarazosa. Fue requerido por la Ley para ejecutar a un reo llamado Robert Ballard Bailey, el cual, en opinión de Skeen, no era culpable.

El preso había agotado todos los recursos legales. Sin esperanza, dinero ni ayuda de ninguna clase, permanecía en su celda contando el tiempo que faltaba para su siniestra cita con la silla eléctrica.

Fue entonces cuando el alcaide Skeen se acordó de la revista Argosy, llamada Tribunal de última instancia. Telefoneó a Tom Smith y le expuso el caso.

El caso Bailey fue estudiado con toda rapidez por el comité de investigaciones, compuesto por Harry Steeger, presidente del Argosy, el doctor Le Moyne Snyder, médico y ahogado, especialista en medicina e investigaciones legales; Alex Gregory, detector de mentiras y uno de los más competentes polígrafos del país; Tom Smith, alcaide durante varios años de la penitenciaria del Estado de Washington, en Walla Walla; Bob Rhay, psicólogo penal; Raymond Schindler, el detective privado internacionalmente conocido, y Erle Stanley Gardner, ahogado y escritor.

El tiempo apremiaba, las horas estaban contadas, los minutos e incluso los segundos eran preciosos. Smith, Gregory y Gardner se trasladaron a toda prisa a la prisión del Estado, en Moundsville, para entrevistarse con el condenado a muerte. A continuación se dirigieron a Charleston, la capital del Estado, con intención de estudiar los hechos del caso y cambiar impresiones con el juez que había examinado el caso y todos los testigos que se pudiesen encontrar.

Harry Steeger, presidente de la revista Argosy y las Popular

Publications, a pesar del trabajo que representaba editar unas tres docenas de publicaciones mensuales, lo abandonó todo y subió a un avión, unióse al grupo en Moundsville y trasladóse a continuación a Charleston para tomar parte en las investigaciones.

Fueron unos días de enorme tensión. Los investigadores que se bailaban en el lugar del suceso se comunicaban con los demás miembros del comité por conferencias telefónicas a larga distancia, intercambiando información, tratando frenéticamente de obtener un cuadro general del caso que, ya desde el principio de la investigación, les pareció que contenía desesperanzadoras contradicciones.

A la hora exacta en que los testigos habían identificado a Bailey cometiendo un crimen en un barrio de Charleston, hallándose en perfecto uso de sus facultades, la policía municipal, igualmente certera en su identificación, situaba a Bailey, borracho, a varias millas del lugar del suceso.

La policía había intentado detener a Bailey por conducir en estado de embriaguez, persiguiéndole en una loca caza y acribillando a balazos la parte trasera de su automóvil. Bailey, arriesgándose temerariamente como sólo lo haría un beodo, logró dar esquinazo a la policía.

No había la menor duda respecto a la identidad de Bailey en esta ocasión. Su automóvil, cuya parte trasera mostraba los innumerables impactos de los disparos, era un mudo testimonio.

Sin embargo, en aquel mismo momento, testigos oculares situaban a Bailey en el escenario del crimen.

Pese a la urgencia con que fueron llevadas a cabo las pesquisas, hasta poco antes del mediodía del sábado los investigadores del Azgosy no pudieron presentar pruebas de que el caso del hombre condenado a muerte merecía que se llevara a cabo un nuevo examen, más a fondo.

A las doce menos cuarto de aquel sábado, el comité, algo cohibido, llamó por teléfono al gobernador
Okey L
. Patteson de Virginia del Oeste, habló con la secretaria del gobernador, Rosalind Funk, y le explicó cuál era su posición ante los hechos.

La señorita Funk les pidió diez minutos de tiempo para conferenciar con el Gobernador y rogó a los miembros del comité que la volvieran a llamar para obtener una respuesta.

La contestación del gobernador Patteson fue muy propia de este hombre.

Era verano, hacía mucho calor. El Gobernador había estado aguardando aquel momento para ir a pasar el fin de semana a las frescas montañas con su familia. Además, el gobernador Patteson había estudiado ya todas las pruebas referentes al caso de Robert Ballard Bailey y estaba plenamente convencido de que éste era culpable de asesinato en primer grado. Sin embargo, dijo:

—Si ustedes, que ceden su tiempo sin compensación de ninguna clase, están dispuestos a sacrificar su fin de semana por la causa de la Justicia, también yo la sacrificaré.

El comité se reunió, pues, con el gobernador Patteson y Rosalind C. Funk, quien igualmente renunció a su fin de semana, a la una y cuarto de la tarde del sábado. El edificio gubernamental de la capital del Estado estaba desierto. El fluido eléctrico había sido cortado, de forma que el aparato de aire acondicionado no funcionaba. A medida que la conferencia se celebraba, el despacho del gobernador Patteson, su secretaria y el alguacil Skeen permanecieron allí toda la tarde examinando las pruebas que habíamos ido reuniendo pieza tras pieza.

Al final de la conferencia, cuando la oscuridad se cernía ya sobre la capital del Estado, el gobernador Patteson empujó su silla hacia atrás, asintió con un movimiento de cabeza y dijo:

—De acuerdo. Me han convencido ustedes de que es necesaria una encuesta ulterior. Y eso es lo que voy a ordenar. Concederé un nuevo plazo al reo y pondré a disposición de ustedes a un oficial de la policía del Estado de Virginia del Oeste para que, de esta forma, el comité goce de la necesaria autoridad legal. Cuando hayan terminado sus investigaciones, quiero que me pongan al corriente de todo cuanto hayan logrado averiguar. Sigo creyendo que Robert Bailey es culpable; pero, por otro lado, he oído lo bastante para estar igualmente convencido de que el caso merece ser revisado.

Pasaron varias semanas antes de que se pudiera poner punto final a las investigaciones. Pero no es éste el momento de relatar de nuevo los hechos del caso Bailey, puesto que el fin perseguido con este prólogo es dar al lector cierto conocimiento del carácter de un funcionario público que no contrae ningún compromiso con su propia conciencia, que pone a un lado todos los prejuicios políticos cuando se trata de hacer que resplandezca la verdad y la justicia.

Basta con decir que, tras una larga y ardua investigación, el

gobernador Patteson conmutó la sentencia de muerte de Robert Bailey por la de cadena perpetua, afirmando que la razón que lo impulsaba a proceder de esta forma era la creciente duda de si Bailey podía ser considerado culpable; e invitó a la policía del Estado a reemprender desde el principio las investigaciones del caso, prescindiendo de cualquier prejuicio.

No todos los gobernadores hubiesen sacrificado aquel merecido periodo de descanso y asueto para dedicarlo al examen del caso de un reo sin dinero y sin medios que había sido condenado bajo pruebas abrumadoras.

El autor de este libro quedó vivamente impresionado por la conducta del gobernador Patteson, por su liberalidad, su constante simpatía y su probidad al sobreponerse a todas las consideraciones políticas para enfrentarse con un caso de conciencia. Mientras hombres como éste rijan los destinos de los Estados Unidos, nada tenemos que temer.

Por consiguiente, impulsado por el orgullo de ciudadano, el autor recuerda la intervención del gobernador Patteson en el caso de Robert Bailey y dedica este libro con todo efecto al:

HONORABLE
OKEY L
.
PATTESON
Gobernador de Virginia del Oeste.

E. S.
GARDNER

capítulo primero

ME hallaba en la oficina exterior, junto a los archivos, buscando cierta información sobre un chantajista, cuando entró él, con sus dos metros de estatura.

Llevaba un traje a cuadros, muy bien cortado, y zapatos deportivos blancos y castaños; tenía el mismo aspecto de una paja usada, de esas de tomar horchata. Le oí decir que deseaba hablar con el socio de más edad. Lo dijo con el aire del hombre que siempre pide lo mejor y luego se conforma con lo que le ofrecen.

La telefonista me dirigió una mirada esperanzadora, pero yo no estaba para componendas. Bertha Cool era el socio de más edad.

—¿El socio de más edad? —le preguntó la muchacha, sin quitarme ojo de encima.

—En efecto. Creo que se llama B. Cool —anunció el hombre, mirando los nombres pintados en el cristal esmerilado de la puerta de la oficina.

La muchacha asintió con un ademán y tomó el auricular del teléfono interior.

—¿Su nombre? —preguntó.

El hombre se irguió con aires de importancia, sacó una cartera de piel de cocodrilo del bolsillo interior de su chaqueta, extrajo de ella una tarjeta y la entregó con una reverencia.

Ella la miró con expresión curiosa, como si tuviera dificultades en interpretada.

—¿Mr. Billings?

—Mr. John Carver Billings, segun…

Bertha Cool respondió en aquel preciso momento a la llamada, y la muchacha se limitó a decir:

—Mr. Billings… Mr. John Carver Billings desea verla, mistress Cool.

—Segundo… —interrumpió el visitante señalando su tarjeta de visita—. ¿Acaso no sabe usted leer? ¡Segundo!

—¡Oh, sí, Segundo! —dijo la muchacha.

Al parecer, esto desconcertó a Bertha Cool. Era evidente que esperaba una aclaración.

—Segundo —repitió la muchacha por el auricular—. Así consta, al menos, en su tarjeta, y eso es también lo que él mismo dice. Su nombre es John Carver Billings, y detrás de Billings hay un dos en cifras romanas.

El hombre frunció el ceño con impaciencia.

—Hágale pasar mi tarjeta —ordenó.

La telefonista deslizó maquinalmente la uña del pulgar sobre las letras en relieve de la tarjeta y dijo:

—Sí, Mrs. Cool.

Colgó el auricular y se volvió hacia Billings.

—Mrs. Cool lo recibirá ahora mismo. Puede usted pasar.

—¿Mrs. Cool? ¿Es una señora?

—Sí.

—¿Es acaso B. Cool?

—Sí, «B», es la inicial de Bertha.

El visitante pareció vacilar, luego se alisó la chaqueta deportiva y entró en el despacho.

La telefonista esperó hasta que la puerta se hubo cerrado, luego levantó su mirada hacia mí y dijo:

—Quería ver a un hombre.

—No —respondí—, al socio más viejo.

—Si pregunta por usted, ¿qué quiere que le diga?

—No valora usted a Bertha en lo que vale. Ella averiguará si ese tipo tiene mucha pasta, y si ve que vale la pena, me llamará para conferenciar conmigo. Si el asunto que lo ha traído aquí no tiene gran importancia y si John Carver Billings, segundo, insiste en creer que una mujer no es tan buen detective como pueda serlo un hombre, ya verá como Mr. John Carver Billings, segundo, será puesto de patitas en la calle.

La muchacha me miró incrédula, sin sonreír.

—Es usted muy preciso con sus distinciones anatómicas, míster Lam.

Regresé a mi despacho.

Al cabo de unos diez minutos sonó el teléfono.

Elsie Brand, mi secretaria, respondió a la llamada; luego, levantó la mirada y dijo:

—Mrs. Cool pregunta si puede ir a su despacho para tomar parte en la reunión.

—Pues claro que sí —respondí, e hice un guiño a la telefonista al pasar junto a ella. Abrí la puerta que conducía al despacho particular de Bertha.

Una mirada a su rostro me bastó para descubrir que todo iba a pedir de boca. Los astutos ojillos de Bertha relucían. Sus labios se plegaban en amplia sonrisa.

—Donald —dijo—, te presento a Mr. John Carver Billings.

—Segundo —corrigió él.

—Segundo —repitió ella—. Mr. Donald Lam, mi socio.

Nos estrechamos las manos.

Yo sabía por experiencia que sólo el dinero contante y sonante podía hacer asumir a Bertha aquellos modales afables y aquella voz melosa y arrulladora.

—Mr. Billings tiene un problema —dijo—. Y cree que tal vez fuera más conveniente que un hombre se ocupara de este problema, que tal vez podría…

—… resolverlo de un modo práctico —terminó John Carver Billings, segundo.

—Exactamente —convino Bertha con presteza y buen humor de evidente inspiración monetaria.

La silla de Bertha crujió —al mover sus ciento sesenta y cinco libras de peso para alcanzar el recorte de periódico que se hallaba en un ángulo del escritorio. Me lo alargó sin decir palabra.

Leí:

«
DAILY
CHRONICLE
».
DE
KNIGHT:
DÍA Y NOCHE.
DESAPARICIÓN DE UNA HERMOSA RUBIA.

Sus amigos temen lo peor. La policía se muestra escéptica.

Maurine Auburn, la hermosa rubia que estaba con «Gabby». Garvanza cuando dispararon contra él, ha desaparecido misteriosamente. «Sus amigos» han pedido a la policía que intervenga en este asunto.

La policía, sin embargo, que opina que la muchacha no se mostró todo lo cooperadora que hubiese sido de desear durante las pesquisas acerca de aquellos disparos, cree que es probable que miss Auburn, que se mantuvo con tanto éxito en sus trece hace unas noches, haya salido de viaje.

Para la policía, el detalle de que no recogiera las botellas de leche a la puerta de su elegante bungalow en Laurel Canyon, es un asunto que, oficialmente, no interesa. De hecho, la policía manifestó, llana y simplemente, que miss Auburn se había lamentado hace unos días de que los detectives «metiesen las narices» en su vida privada, y la policía tiene la intención de respetar en todo lo posible la vida privada de esta señorita.

La historia, que fue comunicada a la autoridad por unos «amigos», es la siguiente: Hacía tres días, Maurine Auburn, que era el alma de una fiesta que se celebraba en un conocido club, se cansó de su acompañante y se marchó.

Pero no sola.

Su partida tuvo como preludio unos cuantos bailes con un nuevo conocido que le presentaron aquella noche en el club. El hecho de que abandonara la fiesta en compañía de aquel reciente amigo, en lugar de hacerlo con alguno de los de su propio grupo, es una circunstancia a la que la policía no concede un especial significado. Los amigos de la joven, sin embargo, lo consideran como un asunto de la mayor importancia. Los detectives declaran francamente que no consideran que este hecho sea único en la vida de la misteriosa joven que tan poco observadora se mostró cuando Gabby Garvanza se encontraba bajo el mortífero fuego de dos pistolas.

Cuando las botellas de leche comenzaron a aumentar frente a

la puerta de la vivienda de miss Auburn, el abandonado y chasqueado acompañante, cuyo nombre guarda en secreto la policía, creyó necesario actuar. Se dirigió a la policía…, al parecer por primera vez en su vida. Las veces anteriores, según afirmó uno de los agentes, fue la policía quien lo visitó a él.

Entre tanto, Garvanza, que se ha repuesto ya lo suficiente para poder ser considerado definitivamente fuera de peligro, continúa ocupando una sala particular en un hospital de la ciudad y, a pesar de hallarse convaleciente, sigue al cuidado de tres enfermeras particulares.

Después de disiparse los efectos de la anestesia en el hospital donde fue operado para serle extraídas dos balas del cuerpo, Gabby Garvanza escuchó pacientemente las preguntas que le formuló la policía y luego, como si deseara ofrecer una útil colaboración, dijo:

—Creo que alguien que me quería mal me ha metido un par de balas en el cuerpo.

La policía considera estas palabras como un magistral encubrimiento de la verdad y señala que no constituye una ayuda muy valiosa para la encuesta. La policía está convencida de que tanto Gabby Garvanza como miss Auburn estaban en condiciones de prestar mucha más ayuda.

Dejé caer el recorte sobre la mesa de Bertha y fijé la mirada en John Carver Billings, segundo.

—Sinceramente —dijo—, nunca supe quién era ella.

—¿Fue usted quien se la llevó? —pregunté.

Él asintió.

—¿De modo que Maurine abandonó el club en compañía de usted?

—En realidad, no se trataba de un club nocturno. Era a última hora de la tarde: cóctel, comida y baile.

Me volví hacia Bertha.

—Tal vez no nos interese este caso.

Los ansiosos ojos de Bertha relampaguearon cuando los fijó en los míos. Su mano enjoyada señaló casi imperceptiblemente hacia la caja fuerte.

—Mr. Billings nos ha pagado ya un adelanto —dijo.

—Y les ofrezco una prima de quinientos dólares —añadió Billings.

—A eso iba —interrumpió Bertha.

—¿Una prima para qué? —pregunté.

—Una prima en el Caso de que localicen a las muchachas con las que estuve después.

—¿Después de qué?

—Después de haberme dejado *miss* Auburn.

—¿La misma noche?

—Desde luego.

—No parece haber perdido usted el tiempo —observé.

—Ocurrió lo siguiente —explicó Bertha—: Mr. Billings estaba citado con una joven para tomar unos cócteles. Pero la joven lo dejó plantado. Se sintió atraído por Maurine Auburn, y cuando la joven lo miró, él le pidió un baile. Uno de los hombres que estaban con ella le dijo que la dejara en paz. *Miss* Auburn replicó al individuo en cuestión que ella no le pertenecía, y él contestó que eso ya lo sabía; la guardaba y la vigilaba para el hombre que se la quedaría. Temiendo que la fiesta pudiera degenerar en riña, Billings volvió a su mesa. Unos minutos después se le acercó Maurine Auburn y le dijo: «¿No me había pedido usted un baile? ¡Vamos, pues!». Bailaron y, tal como dice nuestro cliente, congeniaron. Él estaba nervioso porque los amigos de la chica parecían una pandilla de tipos malcarados. Entonces insinuó que les diera esquinazo y fuese a cenar con él. Ella le propuso un sitio que le gustaba. Fueron allí. Por lo que respecta a Billings, todavía la cree en el lavabo empolvándose la nariz.

—¿Qué hizo usted? —pregunté a Billings.

—Quedarme vagando de un lado para otro, como un bobo. Finalmente, descubrí a dos muchachas que estaban solas. Conseguí hacerme simpático a una de ellas y bailamos. Yo, entonces ya estaba seguro de que Maurine me había dejado plantado. Quería que una de las muchachas se zafase de la otra. Pero no; estaban juntas y juntas querían continuar. Me senté a su mesa, les pagué unas bebidas, bailé con ellas, cenamos juntos los tres, yo pagué la cuenta y luego fuimos a un parador.

—Y ¿qué más?

—Pasé toda la noche allí.

—¿Dónde?

—En el parador.

—¿Con las *dos* muchachas?

—Había dos camas. Yo dormí en un sofá, en la habitación de delante.

—¿Platónico?

—Bueno…, todos habíamos bebido más de la cuenta.

—Y luego, ¿qué?

—Alrededor de las diez y media de la mañana tomamos jugo de tomate. Las muchachas prepararon un ligero desayuno. No se encontraban muy bien, y yo peor de lo que me había sentido nunca en mi vida. Me marché de allí, regresé a mi hotel, me duché y bajé a la barbería; me afeitaron y me hicieron masaje y… Bien, desde aquel momento puedo justificar el empleo de mi tiempo.

—¿Minuto por minuto?

—Minuto por minuto.

—¿Dónde se halla ese parador?

—Cerca de Sepúlveda.

Bertha dijo:

—Donald, se trataba de un par de muchachas de San Francisco que hacían una excursión en coche. Mr. Billings está convencido de que ambas se conocen muy bien, de que tal vez sean parientas o trabajen juntas en la misma oficina. Al parecer, planearon una excursión en coche por la comarca durante sus vacaciones. Querían visitar un local nocturno de Hollywood y ver de cerca un artista de cine. Cuando Mr. Billings las invitó a bailar, aceptaron, pero no por ello quisieron desaprovechar la ocasión de dar una vuelta por la ciudad de noche. Mr. Billings se ofreció a llevarlas en coche, pero ellas insistieron en conducir el suyo. Él…, bien, no quería darles las buenas noches tan pronto.

Billings me miró y se encogió de hombros.

—Una de aquellas muchachas me tomó simpatía y yo a ella —dijo—. Creí que lograría desembarazarme de la carabina, pero no fue así. Yo había bebido más de la cuenta. Cuando llegamos al parador, sugerí celebrar una pequeña fiesta… En fin, me dieron demasiada bebida o quizá ya la llevaba dentro. El caso es que sólo recuerdo que estaba solo, que ya era de día y que tenía un terrible dolor de cabeza.

—¿Cómo se portaron las muchachas al día siguiente?

—Dulces y simpáticas.

—¿Afectuosas?

—No diga materias… ya no estaban para esas cosas, como yo tampoco. Nos fuimos a visitar la población.

—¿Y qué es lo que desea?

—Quiero encontrarlas.

—¿Por qué?

—Porque —intervino Bertha—, está inquieto a causa de que Maurine Auburn haya desaparecido.

—¿Por qué andarnos por las ramas? —dijo Billings—. Era la novia de Gabby… Ella sabe quién le metió el plomo en el cuerpo. No se lo ha dicho a la policía, pero lo sabe. Supongamos que alguien sospechara que ella me lo contó…

—¿Había alguna razón especial para que ella se lo contase? —pregunté.

—O supongamos —añadió apresuradamente— que le ha ocurrido Supongamos que las, botellas de leche continúan aumentando ante la puerta de su vivienda…

—¿Le dijo Maurine Auburn cómo se llamaba?

—No. Me dijo solamente que la llamara «Morrie». Pero cuando vi su fotografía en los periódicos comprendí la situación en que me había encontrado. Los individuos que la acompañaban tenían aspecto peligroso. ¡Cuando me veo haciendo el oso y pidiéndole un baile!

—¿Le sucede esto con frecuencia? —pregunté.

—Desde luego, no. Pero había estado bebiendo y, además, me habían dejado plantado.

—¿Y luego se dedicó usted a aquellas dos muchachas?

—En efecto, pero ellas no me plantearon dificultades. Ellas también iban de pesca… Eran sólo un par de jóvenes que estaban de vacaciones y buscaban una pequeña aventura.

—¿Cómo le dijeron que se llamaban?

—Sólo me dijeron sus nombres de pila: Sylvia y Millie.

—¿Con cuál de las dos simpatizó usted más?

—Con Sylvia, una morena bajita.

—¿Qué aspecto tenía la otra?

—Era pelirroja y parecía dominar a Sylvia. Tenía respuestas para

todo y no me permitía que preguntara nada. Construyó una alambrada en torno a Sylvia y la mantuvo protegida dentro de la misma. Tal vez echó algo en mi copa, además del licor. No lo sé. De todas formas, fue ella quien sacó la botella, y yo me quedé dormido instantáneamente.

—¿Consintieron en que usted las condujera?

—Sí. En realidad, no habían encargado alojamiento en ninguna parte. Querían pasar la noche en un parador.

—¿Las acompañó usted en el coche de ellas?

—En efecto.

—¿Firmaron ellas en el registro del parador?

—No. Me rogaron que lo hiciera yo. Éste fue el modo más elegante de decirme que fuera yo quien pagara la cuenta. En esos paradores hay que pagar por adelantado.

—¿Conducía usted el coche?

—No, conducía Sylvia. Yo iba sentado delante, al lado de Millie.

—¿Estaba Millie sentada en medio?

—Sí.

—¿Y usted fue indicando a Sylvia cuál era el camino que debía tomar?

—Sí. Me dijo que buscaba un bonito parador. Entonces les di la dirección de aquél.

—¿Y usted eligió el cercano a Sepúlveda?

—Pasamos ante un par de ellos que ostentaban el rótulo de «Completo», pero aquél no lo estaba.

—¿Entraron en él?

—Sí.

—¿Quién fue a contaduría?

—Yo.

—¿Y usted firmó el registro?

—Sí.

—¿Qué nombre dio?

—No recuerdo el nombre que estampé en el libro.

—¿Por qué no usó usted el verdadero?

El hombre me miró y, burlón, me dijo:

—Es usted endiablado. ¿Hubiese usado su propio nombre en tales circunstancias?

—Cuando le dijeron que inscribiera la marca y la matrícula del

coche, ¿qué hizo usted?

—Aquí fue donde cometí el error —dijo apenado—. En lugar de salir afuera y mirar la matrícula del coche de ellas, puse lo primero que se me ocurrió.

—¿La persona que administra el parador no comprueba la matrícula en tales casos?

—Desde luego no, si da usted La impresión de ser una persona respetable. Algunas veces comprueban la marca, pero nada más.

—¿Qué marca era?

—Un *Ford*.

—¿Y lo registró usted como *Ford*?

—Sí. Pero, ¿por qué me interroga usted como si me aplicase el tercer grado? Si no quiere ocuparse del caso, devuélvame el dinero que les he adelantado y ya me las arreglaré para salir adelante.

Los ojos de Bertha Cool relucían.

—No sea tonto; lo único que quiere mi socio es averiguar los hechos a fin de poder ayudarlo mejor.

—Pues da la impresión de que me está careando.

—No es esa su intención —dijo Bertha—. Donald localizará a las muchachas. Es eficaz.

—Así lo espero —dijo Billings, malhumorado.

—¿Hay algo más que desee usted contar y que nos puede ser de utilidad? —pregunté.

—Nada.

—La dirección del parador…

—Se la he dado a la señora Cool.

—¿Qué habitación ocuparon ustedes?

—No puedo recordar el número, pero era una que estaba a la derecha, en el extremo, creo que el número cinco.

—Bien —dije—. Veremos lo que se puede hacer.

—Recuerden que si encuentran a esas muchachas hay una prima de quinientos dólares —dijo Billings.

—Tal cosa no va de acuerdo con la ética que debe imperar en las operaciones que llevan a cabo las agencias de detectives privados —le respondí.

—¿Por qué no? —preguntó Billings.

—Da la impresión de que no se trabaja por lo que uno puede rendir, sino sobre la casualidad. No les gusta.

—¿A quién no le gusta?

—A las autoridades que extienden las licencias.

—Está bien —dijo dirigiéndose a Bertha—, usted encuentre a las muchachas y yo destinaré los quinientos dólares al centro benéfico que prefiera.

—¿Está usted loco? —le preguntó Bertha.

—¿Qué quiere decir?

—Mi centro benéfico favorito —le respondió Bertha—, soy yo.

—Pero su socio dice…

Bertha gruñó.

—Pues bien, todo esto queda entre nosotros —dijo Billings—, a no ser que a ustedes les dé por hablar.

—Yo cerraré el pico —dijo Bertha.

—Preferiría obtenerlo sobre la base de… —comencé.

—Todavía no ha dado con las muchachas —me interrumpió Billings—. Concretemos. Quiero una coartada para aquella noche. La única forma de tenerla es encontrar a las muchachas en cuestión. Quiero pruebas. Yo he hecho mi proposición. Les he dado todos los datos que poseo. No estoy acostumbrado a que se dude de mi palabra.

Fijó su mirada en mí, se irguió y salió de la oficina.

Bertha me miró, indignada.

—Por poco lo echas todo a perder. En el caso de que haya algo que echar a perder.

Señaló hacia la caja fuerte.

—Hay trescientos dólares aquí dentro. Eso sí que no se echa a perder.

—Entonces, empecemos a buscar lo que se puede echar a perder —dije.

—No lo encontrarás.

—Todo esto me huele muy mal.

—¿Qué tratas de insinuar?

—Eso de las dos muchachas que vienen en coche de San Francisco para echar una mirada a un local nocturno de Hollywood y ver de cerca a un astro de cine…

—¿Y qué? Eso es exactamente lo que harían dos mujeres cualesquiera en las mismas circunstancias.

—Venían de San Francisco. Lo primero que debían hacer era

tomar un baño, deshacer sus maletas, buscar una plancha, planchar sus vestidos, maquillarse y, luego, salir a ver astros de la pantalla. La idea de que llegaron en el coche desde San Francisco y…

—Tú no sabes si hicieron el viaje en un solo día.

—Bien, supongamos que fue en dos. Aunque viniesen de San Luis Obispo, Bakesfield o cualquier otro lugar, el hecho de que estacionaran su coche y se fueran a un club nocturno sin antes haberse arreglado, no me gusta.

Bertha pestañeó.

—Tal vez obraron como tú supones, pero mintieron a Billings para no revelarle dónde se habían alojado.

—Según el relato de Billings, tenían las maletas en el coche.

Bertha se movió, haciendo crujir su sillón giratorio; luego comenzó a tamborilear nerviosamente sobre el tablero de la mesa, haciendo refulgir los diamantes que adornaban sus dedos.

—Por amor de Dios, sal de aquí y ponte a trabajar. ¿Qué diablos crees que es esto: una Sociedad de debates o una agencia de detectives?

—Me limitaba a señalar lo que se me antoja por demás evidente.

—¡Bien, no me lo señales a mí! —gritó Bertha—. Ve y busca a esas dos mujeres. La prima de quinientos dólares es para mí lo único evidente en este caso.

—¿Has pedido una descripción de ellas? —le pregunté.

Arrancó una hoja de un libro de notas que reposaba sobre su escritorio, y que —literalmente— me la arrojó.

—Aquí están anotados todos los detalles —dijo—. ¡Dios mío! ¿Por qué me habré asociado con un individuo como tú? Llega un imbécil cualquiera que nos ofrece dinero y tú comienzas a discutir con él…, a criticar la prima de quinientos dólares.

—Supongo que no se te ocurrió preguntarle cómo era el tal John Carver Billings, primero…

Bertha lanzó un grito.

—¿Y a mí qué diablos me importa, si John Carver Billings, segundo, tiene dinero? Trescientos dólares al contado rabioso. Nada de cheques, fíjate. Contado rabioso.

Me acerqué a la librería, saqué el tomo de *¿Quién es Quién?* y comencé a buscar en la B.

Bertha me miró con ojos que querían aniquilarme; luego se

acercó donde yo estaba y observó por encima de mi hombro. Percibí claramente a mis espaldas su cálida respiración enojada.

No encontré ningún John Carver Billings.

Busqué el *¿Quién es Quién?* que hace referencia a California. Pero Bertha se me adelantó y sacó de un tirón el volumen de la librería.

—Yo haré el trabajo inteligente con mi cerebro; entre tanto, tú puedes ir a investigar a ese parador.

—*Okey* —le respondí, dirigiéndome a la puerta—, sólo que ten cuidado de no forzar demasiado el aparato, estropeándolo definitivamente.

Temí por un momento que me arrojaría el libro a la cabeza.

Pero no lo hizo.

capítulo dos

ELSIE Brand, mi secretaria, me miró desde detrás de su máquina de escribir.

—¿Otro caso?

Asentí.

—¿Qué tal está Bertha?

—Siempre la misma; irascible, engreída, ambiciosa… ¿Te agradaría representar el papel de una mujer que cae?

—¿Una mujer caída?

—He dicho una mujer que cae.

—¡Ah, comprendo! En presente. ¿Qué tengo que hacer?

—Vendrás conmigo y nos inscribiremos como marido y mujer en un parador.

—¿Y luego qué? —preguntó ella, precavidamente.

—Luego —dije—, nos dedicaremos a trabajar como detectives.

—¿Necesitaré mi equipaje?

—Yo pasaré por mi departamento y tomaré una maleta. Es todo cuanto necesitamos.

Elsie se acercó al armario, se puso su sombrero y cubrió la máquina de escribir con la funda.

—Será mejor que eches una mirada a esto —le dije al salir de la oficina, alargándole la descripción de las dos jóvenes que Bertha había anotado con su letra de gruesos trazos.

Elsie estudió las anotaciones mientras bajábamos en el ascensor.

—No cabe la menor duda de que el hombre en cuestión estaba enamorado de Sylvia y odiaba a Millie —dictaminó.

—¿Cómo lo sabes?

—Dios mío, escucha: «Sylvia es una atractiva morena de ojos negros y luminosa, simpática, inteligente, hermosa, cinco pies y dos pulgadas de estatura, pesa ciento doce libras, tiene una figura

esbelta, veintitrés o veinticuatro años, buena bailarina. Millie, pelirroja, ojos azules, tacaña, veinticinco o veintiséis años, talla normal, tez clara…».

Sonreí.

—Bien, ahora veremos lo que han dejado tras de sí esas dos jóvenes. El parador ha sido ocupado tres veces por lo menos, desde que ellas lo abandonaron.

—¿Y si los que administran el parador nos pudieran revelar algo?

—Por este motivo deseo que vengas conmigo —respondí—. Quiero saber si realmente se trata de un parador donde llevan bien las cosas o es algo distinto.

—Gracias por el cumplido.

—De nada —respondí.

Tomamos el coche de la agencia en el estacionamiento. Nos detuvimos frente a mi casa. Elsie permaneció en el coche mientras yo subía al piso y metía unas cuantas cosas en la maleta. Luego saqué un abrigo del armario ropero. Encontré un estuche de piel de los que se usan para guardar las cámaras fotográficas, muy adecuado para usarlo una señora, y lo llevé también conmigo.

Elsie echó una mirada llena de curiosidad a lo que traía.

—No cabe la menor duda de que no va a ser un viaje largo —dijo.

Asentí.

Emprendimos el camino hacia Sepúlveda; conducía yo lentamente, estudiando todos los paradores que encontrábamos por el camino. En aquella hora todos exhibían carteles anunciando habitaciones libres.

—Éste es el que andamos buscando —dije a Elsie—. El de la derecha.

Entramos.

En la mayoría de las habitaciones las puertas estaban abiertas. Una doncella negra colgaba sábanas. Una muchacha sumamente atractiva que llevaba una cofia y un delantal trabajaba activamente. Tardamos cinco minutos en localizar al administrador.

Era una mujer obesa, aproximadamente del tipo de Bertha, salvo que, en tanto que Bertha era dura como el acero, aquella mujer era la suavidad personificada; con excepción de sus ojos. Éstos eran los

mismos que lucía Bertha.

—¿Hay algo libre? —pregunté.

Miró por encima de mis hombros hacia el coche donde estaba sentada Elsie tratando de adoptar un semblante virtuoso.

—¿Para cuánto tiempo?

—Todo el día y toda la noche.

Mostró un rostro sorprendido.

—Mi esposa y yo —expliqué— hemos estado conduciendo toda la noche. Queremos descansar, dar una vuelta por la ciudad y continuar el viaje mañana por la mañana a primera hora.

—Tengo un bonito departamento de cinco dólares.

—¿Y el departamento número cinco, allí, en la esquina?

—Éste es doble. No le interesará.

—¿Cuánto cuesta?

—Once dólares.

—Me quedo con él.

—No, no se quedará con él.

Enarqué las cejas.

—Temo que no se quedará aquí —prosiguió.

—¿Por qué no?

—Escúcheme; este local es de primera. Si usted conoce a esa muchacha lo suficiente para ir con ella a un departamento sencillo, como si fueran marido y mujer, y si tiene usted el dinero para pagar, allá usted, yo conforme. Pero si quiere abusar de ella y engañarla diciéndole que va a alquilar un departamento doble, yo sé lo que esto quiere decir.

—No armaremos ningún escándalo, no sucederá nada desagradable. Le doy veinte dólares por el departamento número cinco. ¿Trato hecho?

Volvió a fijar su mirada en Elsie.

—¿Quién es ella? —preguntó.

—Mi secretaria. No voy a hacer nada malo. Y aún en este caso, jamás emplearía la violencia. Este viaje es de negocios y…

—*Okey* —respondió la mujer—. ¡Veinte dólares!

Le alargué los veinte dólares, me entregó la llave del departamento y metí el coche en el garaje.

Abrimos la puerta y entramos en el departamento. Tenía buen aspecto; era doble, con un pequeño saloncito y dos dormitorios,

cada uno con ducha y lavabo.

—¿Piensas sonsacarle alguna información? —preguntó Elsie.

—No lo creo posible —respondí—. Si ella sabe algo, no lo revelará. No es el tipo de mujer que chismorrea, y hará todo lo posible para evitar que alguien pueda fijar la atención en el parador.

—Es un lugar bonito —dijo Elsie, dando vueltas por las estancias y mirando a su alrededor—. Parece una tacita de plata. También los muebles son bonitos.

—¡Hum! —respondí—. Bien, ¡a trabajar! A ver si encontramos algo que nos permita identificar a las dos mujeres que estuvieron aquí hace tres noches.

—¿He oído bien cuando ha dicho veinte dólares? —me preguntó.

—Así es. No quería alquilarlo al precio corriente.

—Bertha pondrá el grito en el cielo cuando le presentes la cuenta de gastos.

Asentí mientras echaba un vistazo por el lugar.

—¿No te recuerda esto una caza de patos salvajes? —me preguntó.

—En cierto modo, lo es —dije—. Tal vez incluso encontremos los huevos de oro.

Buscamos por todos los rincones y no encontramos nada, excepto unas horquillas. Luego abrí la mesita escritorio, pero todo lo que encontré fue una hoja de papel que se había deslizado por una rendija del fondo del cajón.

—¿Qué es esto? —preguntó Elsie.

—Parece una etiqueta engomada, que se ha desprendido de un frasco de medicamento. Es de San Francisco y en él consta el nombre de Sylvia Tucker. Dice: «Tómese una píldora contra el insomnio. No se repita antes de haber transcurrido cuatro horas».

Se trata de uno de esos frascos que pueden volver a ser llenados.

—Y con el nombre de la farmacia de San Francisco que lo vendió —dijo Elsie.

—Y con el número de la receta y el nombre del médico —añadí.

—¿Y esta Sylvia de San Francisco es una de las jóvenes que buscamos?

—En efecto.

—Vaya suerte —exclamó Elsie.

—Sí. Hemos tenido mucha, muchísima suerte —observé.

Fijó su mirada en mí.

—¿Qué quieres dar a entender?

—Pues esto; que hemos tenido una suerte bárbara.

—Bien, ¿y qué? La muchacha estuvo aquí y administró a John Billings una pequeña dosis de esta medicina contra el insomnio. Al hacerlo, la etiqueta se desprendió del frasco, con el número de la receta aún en ella.

—Sylvia era la muchacha que le gustaba. Fue la otra quien le administró el soporífero.

—Esto es lo que él cree. Tal vez John Carver Billings, segundo, no sea tan listo como supone; sea lo que fuere, quizá la otra muchacha tomó una píldora de su amiga Sylvia, sin que ésta se enterara.

Estudió detenidamente la etiqueta.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Elsie.

—Ahora volveremos a la oficina —dije—. Luego tomaré un avión para San Francisco.

—Ha sido una luna de miel muy corta —me dijo—. ¿Le vas a decir a la administradora que puede volver a quedarse con el departamento?

—No. Dejaremos que siga intrigada —dije—. Vámonos ya.

Los ojos de la mujer que administraba el parador nos vieron salir llenos de sorprendida curiosidad.

De nuevo en la oficina, llamé por teléfono a uno de nuestros agentes de San Francisco, quien investigó en la farmacia en cuestión. Al cabo de una hora y veinte minutos me dio la información que yo deseaba.

Sylvia Tucker vivía en los Departamentos Truckee de Post Street. El número del departamento era el 608, y en la receta figuraba la fórmula del amital de sodio. La joven estaba empleada como manicura en una peluquería de Post Street.

Elsie consiguió reservarme un pasaje en el avión. Entré en el despacho de Bertha para informarle de que me trasladaba a San Francisco.

—¿Qué tal van las cosas, Donald, querido? —me preguntó con la voz más cariñosa del mundo.

—Todo va tal como esperaba.

—¿Qué demonios quieres decir con eso? ¿Ganaremos la prima de los quinientos dólares?

—Probablemente.

—Pues bien, no te los gastes por anticipado.

—Paga él, ¿no es cierto?

—Desde luego. Pero si se trata de un trabajo muy duradero y largo, él…

—No será a largo plazo.

—No lo soluciones demasiado pronto, Donald.

—Ésta fue la razón de que él nos ofreciese una prima. No quiere que nos atasquemos y empecemos a pedirle más dinero.

—¿Quién ha dicho nada de atascarnos?

—Nadie.

Fijó su mirada en mí.

—¿Has averiguado quién es John Carver Billings, primero? —pregunté.

—Esta idea genial fue tuya, querido Donald —dijo—. Tenías razón. Nos servirá de mucho.

—¿Quién es?

—Un financiero de San Francisco. Presidente de media docena de compañías, por lo menos. Tiene cincuenta y dos años, es viudo, rico, muy buen partido, comodoro de un club náutico… Está cargado de millones. ¿Te dice algo todo esto?

—Mucho, en efecto —respondí—. Esto quiere decir que el hijo lo ha adquirido de un modo honrado.

—¿El dinero? —preguntó ella suavemente.

—No, el traje deportivo.

El rostro de Bertha se ensombreció; luego, estalló en carcajadas.

—Siempre tienes que decir una de tus gracias, Donald, ¿eh? Pero, recuérdalo, querido, se necesita dinero para hacer que las ruedas giren.

—Y mientras las ruedas van girando y girando, ten cuidado de no meter un dedo en el engranaje —le advertí.

—¡Que me cuelguen! —gritó—. En ocasiones crees que soy una estúpida e ingenua aficionada. Ocúpate de ti, Donald Lam, que yo me ocuparé de mí. Cuando Bertha trata de alcanzar algo, siempre lo consigue. Eres tú quien tiene que andar con cuidado. Y procura no

meterte entre las ruedas que tú mismo has puesto en marcha.

El rostro de Bertha había cambiado, mostrando una expresión de disgusto.

—Es cierto las ruedas han comenzado a girar muy suavemente, pero cada vez más de prisa —le dije—. Personalmente, me gustaría saber qué fabrica esta máquina.

—Pues te lo voy a decir ahora mismo, estúpido. ¡Está fabricando… dinero, dinero!

Y Bertha contempló de nuevo, con rostro radiante la página del *¿Quién es Quién?* de California.

Abandoné la oficina dejándola sumida en sus meditaciones.

capítulo tres

A última hora de la tarde descendí del avión en el aeropuerto de San Francisco. Penetré en la peluquería de Post Street en el momento en que iban a cerrar las puertas.

No tardé más de dos segundos en averiguar quién era Sylvia. Trabajaban allí tres manicuras, pero Sylvia era la más llamativa de todas, y con la descripción que tenía de la muchacha, no me costó ningún esfuerzo dar con ella.

Estaba trabajando, pero cuando le pregunté si tenía tiempo para uno más antes de cerrar, miró el reloj, asintió con un movimiento de cabeza y comenzó a pasar rápidamente la lima por las uñas de un obeso caballero que me miró malhumorado.

Mientras esperaba, me hice limpiar los zapatos. El jefe de la peluquería se acercó.

—¿Desea usted una manicura?

—En efecto.

—Hay una muchacha libre.

—Prefiero a Sylvia.

—La otra es tan buena… e incluso quizá mejor que Sylvia.

—Gracias, esperaré.

Volvió a su puesto.

—No ha sido muy amable con Sylvia —comenté con el limpiabotas.

El hombre sonrió, miró precavidamente por encima de sus hombros y dijo:

—Está en desgracia.

—¿Qué ocurre?

—Aquí no pagan para chismorrear.

—Ellos tal vez no pero yo sí.

Meditó unos instantes, se inclinó sobre mis zapatos y dijo en voz

baja:

—Está celoso. La corteja asiduamente. El martes, ella telefoneó diciendo que tenía dolor de cabeza y que no podía venir. Estuvo fuera hasta esta mañana, en que ha regresado. Él sospecha que pasa todo ese tiempo con un amigo. No creo que la joven dure aquí mucho tiempo.

Le alargué disimuladamente dos dólares.

—Gracias —dije—; era una simple curiosidad.

El hombre a quien Sylvia había estado atendiendo se levantó y se puso el abrigo. Sylvia me hizo una señal con la cabeza. El limpiabotas terminó de dar lustre a mis zapatos y yo me acerqué a la mesa de Sylvia.

El jefe de la peluquería observaba, ojo avizor.

Me senté cómodamente, hundiendo una mano en el recipiente de agua caliente y jabonosa, permitiendo que Sylvia me tomara suave y expertamente la otra mano mientras comenzaba a limarme las uñas.

—¿Hace tiempo que está usted aquí? —pregunté, después de un rato.

—Un año, aproximadamente.

—¿Y ya le han dado vacaciones?

—¡Oh, sí, acabo de regresar de unas cortas vacaciones!

—¿Y dónde ha estado?

—En Los Ángeles.

—¿Sola?

—¡No sea indiscreto!

—¡Oh, simple curiosidad!

—Me acompañó una amiga. Siempre habíamos deseado hacer una visita a Hollywood, para poder ver de cerca a algunos de los astros de la pantalla y llegarnos a los clubs nocturnos.

—¿Y lo lograron?

—No.

—¿Qué fue lo que se lo impidió?

—Nada; fuimos, pero no vimos a nadie.

—Pues por allí viven unas cuantas estrellas, y también tienen que comer de ver en cuando.

—Pero no cuando estuvimos nosotras.

—¿Cuánto tiempo estuvieron?

—Un par de días. Regresé ayer por la noche.

—¿En tren?

—No. Mi amiga tiene un coche.

—Hoy es viernes ¿dónde estuvo usted el martes por la noche?

—Fue la noche que pasamos en Hollywood.

—¿Y si me contara lo que sucedió el martes por la noche?

—¿Y si no se lo contara? —respondió con ojos súbitamente brillantes.

No dije nada más.

Continuó haciéndome la manicura. El silencio se hizo opresivo.

—Tengo más de veintiún años y soy dueña de mis acciones —dijo al cabo de un rato—. No tengo que dar cuenta de lo que hago.

—¿O de lo que deja de hacer? —pregunté.

Me miró fijamente.

—¿De dónde es usted?

—De Los Ángeles.

—¿Cuándo ha llegado?

—Ahora mismo.

—¿Y cómo ha llegado?

—En avión.

—¿Cuándo, exactamente?

—Hace una hora.

—Después de bajar del avión, tiene que haber venido directamente hacia aquí.

—En efecto.

—¿Por qué le interesa saber lo que me ocurrió el martes por la noche en Los Ángeles?

—Sólo para charlar un rato.

—¡Oh! —exclamó la muchacha.

No dije nada más.

La muchacha aminoró la velocidad de su trabajo, tratando de ganar tiempo. Por dos o tres veces me observó llena de curiosidad, abrió los labios para decir algo, pero pensándolo mejor, se calló.

Al cabo de un rato aventuró:

—¿Ha venido en viaje de negocios?

—Más o menos, sí.

—¿Supongo que conocerá usted a mucha gente en San Francisco…?

Moví la cabeza negativamente.

—Uno debe sentirse muy solo en una ciudad extraña.

Asentí con un movimiento de cabeza.

Súbitamente, dejó sus utensilios y dijo:

—¡Dios mío! Tengo que llamar por teléfono. Casi me había olvidado de ello.

Se precipitó hacia la cabina telefónica, marcó un número y estuvo hablando durante tres o cuatro minutos. Por dos veces volvió la mirada hacia mí mientras hablaba, como si estuviera describiéndome por teléfono.

Luego volvió, se sentó y dijo:

—Perdóneme.

—No hay de qué; no tengo nada que hacer. Lo único que quiero es no hacerle trabajar horas extraordinarias.

Habían cerrado ya las puertas de la peluquería, habían corrido los visillos y los peluqueros se disponían a abandonar el local.

—¡Oh, eso es lo de menos! —dijo la joven—. Yo tampoco tengo prisa… La llamada telefónica… Mi cena se ha ido a paseo.

—¡Qué lástima! —le dije.

Trabajó en silencio durante un rato y luego dijo:

—Sí, es una verdadera lástima. Había puesto mucha ilusión en esa cena sobre todo porque en casa no tengo nada preparado.

—¿Por qué no viene a cenar conmigo?

—¡Oh, sería encantador! Yo… Espere un momento. Hay muchas cosas con respecto a usted que ignoro.

—Me llamo Donald, Donald Lam —le dije.

—Y yo Sylvia Tucker.

—Encantado, Sylvia.

—Encantada, Donald. ¿Eres buen chico?

—Trataré de serlo.

—No soy abusona, pero me gustan los *biftecs* suculentos y jugosos y sé dónde los sirven. Cuestan mucho.

—Eso no importa.

—No quisiera que te hicieras ilusiones…

—En absoluto.

—A fin de cuentas, podrías imaginarte que todo es tan fácil…

—No lo he pensado ni un solo momento —dije—. Yo tengo que comer en alguna parte, tú también. ¿Por qué ir cada uno por su lado

y estar solos?

—Un bonito punto de vista. Creo que eres un hombre cabal.

—Trato de serlo.

—Generalmente, no voy a comer con desconocidos. Tengo unos pocos amigos, pero… Bien, no sé, tú eres diferente… Tú no pareces fabricado en serie, como casi todos los otros.

—¿Es un cumplido?

—¡Oh, no lo decía con ninguna intención! Tú no pareces… ¡Oh, ya sabes lo que quiero decir! —La muchacha rió—. Bien, lo que quería decir es que no te pareces a la mayoría de los hombres. No eres de aquellos que dan por supuesto que una muchacha que trabaja de manicura, como yo, acepta todas las invitaciones que se le puedan hacer.

No dije nada.

Trabajó en silencio durante un rato; luego dijo:

—Por cierto, me ocurrió algo sumamente divertido la última vez que acepté una invitación.

—¿Ah, sí?

—Sí, sí —dijo alegremente—. Mi amiga estaba conmigo y el hombre se enamoró de mí. Yo llevaba unas píldoras contra el insomnio que el médico me había recetado y, sin que me enterara de ello, mi amiga echó una de las píldoras en su vaso. Se quedó dormido en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Y por qué hizo eso tu amiga? ¿No le gustaba el hombre? ¿O acaso creyó necesario proteger tu virtud contra cualquier eventualidad?

—No contra toda: las eventualidades —dijo, dirigiéndome una mirada fulgurante y provocativa—. Sospecho que Millie lo hizo… para cometer una diablura. Es una muchacha muy divertida; una pelirroja vivaracha. No sé, tal vez estaba un poco celosa por el hecho de que el hombre sólo me hacía caso a mí. Nunca se sabe, con respecto a las mujeres… Él era un tipo muy simpático.

—¿Y luego qué sucedió?

—¡Oh, nada! Sólo lo mencionaba porque sí.

—¡Hum! —dije, y guardé silencio.

Terminó de arreglarme las manos y reflexionó durante unos instantes.

—Tengo que pasar por mi departamento —dijo.

—Bueno. ¿Quieres que te acompañe o nos encontraremos más tarde?

—¿Por qué no vienes conmigo?

—¿Me prometes que no me darás ninguna píldora soporífera?

—Te lo prometo —contestó riendo—. Millie no estará en casa. Fue ella quien lo hizo.

—¡Vaya broma!

—Yo me enfadé porque el muchacho me gustaba. Pero sinceramente, Donald, ¡resultó muy divertido! Fue él quien planeó la juerga. Comenzaba realmente a sentirse interesado por mí cuando la droga hizo efecto. Empezó a declarárseme, ya medio dormido, y, de pronto, cerró los ojos y se quedó como un tronco. Millie y yo lo acostamos en el sofá. Durmió de un tirón hasta la mañana siguiente, hasta que lo despertamos para el desayuno. Debieras haber visto su expresión cuando despertó y se dio cuenta de que había pasado ya la noche y la oportunidad.

Echó la cabeza hacia atrás y estalló en una alegre carcajada.

—No cabe la menor duda de que debió de resultar muy divertido —dije—. ¿Y dónde ocurrió esto?

—En un parador… Millie no es de las que desaprovechan una oportunidad. Preguntó al muchacho cuáles eran los paradores buenos, y él se ofreció a acompañarnos y enseñarnos uno; quiero decir que él firmó en el libro de registro y pagó la cuenta.

—Bien, por lo menos durmió como un lirón a cambio del dinero invertido —comenté.

Estas palabras le hicieron reír nuevamente.

—Vamos, Donald, te llevaré a mi departamento y te invitaré a un trago. Luego iremos a cenar.

—¿Vamos a pie o tomamos un coche? —pregunté.

—Está a seis manzanas de aquí —respondió.

—En este caso, tomaremos un coche —le dije.

Salimos a la calle.

—Mientras esperamos un coche —dije casualmente—, ¿por qué no me dices dónde estaba ese parador?

—Cerca de Sepúlveda.

—¿Y cuándo?

—Pues, déjame pensar… ¡Oh, Donald, eso fue el martes por la noche!

—¿Estás segura?

—¡Oh, claro que sí! ¿Qué más da que fuera un día u otro?

—No sé… Estaba pensando en tus vacaciones.

—Pues fue como te digo.

Un taxi se detuvo junto a nosotros. Sylvia dio la dirección y nos acomodamos en el asiento. En aquella hora de la noche, el coche tenía que detenerse con frecuencia a causa de las luces de tráfico.

—¿Y los tres ocupabais un solo departamento?

—Era un hermoso departamento doble.

—Tú tenías una habitación. Millie la otra y acostasteis al muchacho en el sofá, ¿no?

—En efecto.

—¿Era uno de aquellos sofás que también se pueden convertir en cama? Son los que suele haber en los paradores.

—¡Oh, no nos ocupamos de este detalle! Lo acostamos, le quitamos los zapatos y yo le cedí una almohada de mi cama.

—¿Y sábanas?

—¡No seas tonto! Le echamos su abrigo sobre los pies y cerramos nuestras puertas con llave. Si se despertaba y tenía frío, podía llamar a un taxi y regresar a su casa.

—¿Dónde cenamos? —le pregunté.

—Conozco un restaurante estupendo —respondió—. Está un poco lejos, sin embargo…

—No importa —le dije—. Pero tengo una plaza reservada en el avión de las diez.

—¿Esta misma noche, Donald? —preguntó con cierto desengaño en el tono de su voz.

Asentí.

Se acercó a mí y deslizó su mano dentro de la mía.

—¡Oh, aun así…, tendrás tiempo suficiente para cenar y tomar el avión!

capítulo cuatro

ELSIE Brand asomó la cabeza a mi despacho particular y dijo:

—El cliente está en la oficina de Bertha. Pregunta si se sabe ya algo nuevo.

—Dile a Bertha que voy ahora mismo.

Me dirigió una mirada llena de curiosidad.

—¿Sacaste algo en claro anoche en San Francisco?

—Bastante.

—¿Viaje agradable?

—¡Hum!

—¿Encontraste a Sylvia?

—Sí.

—¿Qué tal es?

—De acuerdo con la descripción.

—¡Oh!

Elsie Brand regresó a su despacho, cerrando la puerta tras ella.

Aguardé unos minutos y luego entré en la oficina de Bertha Cool.

John Carver Billings, segundo, parecía algo nervioso. Estaba sentado muy tieso, fumando un cigarrillo.

Los ojos de Bertha brillaron cuando los fijó en mí.

—¿Has averiguado algo?

—La muchacha que estuvo en el parador se llama Sylvia Tucker. Trabaja como manicura en una peluquería de Post Street, en San Francisco. Tiene un departamento situado a unas seis manzanas de donde trabaja. Es una muchacha muy inteligente. Recuerda perfectamente aquella ocasión y está algo molesta con su amiga porque ésta echó una píldora de amital de sodio en el vaso de Billings.

—¿Quiere decir que ha dado con ella? ¿Son ciertas estas

noticias? —exclamó Billings—, poniéndose en pie de un salto.

—Así es.

Bertha se inclinó hacia mí.

—¡Que me cuelguen! —exclamó cariñosamente.

—Eso es lo que yo llamo un buen trabajo de detective —dijo Billings—. ¿Está usted seguro de que es la muchacha que buscamos?

—Me contó que había ido a Los Ángeles a disfrutar de unas cortas vacaciones; que ella y su amiga Millie fueron a un club nocturno para codearse con algún astro de la pantalla; que se encontraron con usted, y que Millie le «recomendó» un parador; que usted firmó en el registro y así tuvo que pagar la cuenta. Sylvia tenía simpatía por usted y se molestó cuando se enteró de que Millie le había echado la droga en su vaso, poniendo punto final a todas las posibilidades románticas y destruyendo sus tendencias de Don Juan para pasar una noche tranquila.

—¿Le contó todo eso?

—Todo eso.

John Carver Billings, segundo, me estrechó la mano fuertemente, sacudiéndome el brazo de arriba abajo. Luego me dio un golpecito en la espalda, se volvió hacia Bertha y dijo:

—¡Así es como me gusta que se trabaje! ¡Son ustedes los mejores detectives del mundo!

Bertha le alargó la pluma estilográfica.

—No comprendo —dijo el hombre—. ¿Qué? ¡Ah!

Rió, sentóse y extendió un cheque por valor de quinientos dólares.

Bertha estaba radiante y parecía como si nos quisiera besar a los dos.

Alargué a Carver un informe pulcramente escrito a máquina.

—Aquí le detallamos cómo dimos con Sylvia Tucker —le dije—, lo que ella me contó, dónde trabaja y su dirección particular. También se reseña todo lo que ella me refirió de lo sucedido el martes por la noche. Puede usted conseguir la coartada, si le interesa.

—¿Hablaron de esta posibilidad?

—No. Yo sólo quería obtener esta información. Ni siquiera le di a entender que trataba de sonsacarla.

—Bien hecho. Me alegro de que no diera usted importancia al

hecho.

—Nuestro trabajo consiste en obtener información, no en darla.

—¡Magnífico! —exclamó—. Lam, es usted un gran muchacho.

Dobló el informe y se lo metió en el bolsillo de su chaqueta deportiva, me estrechó nuevamente la mano y salió de la oficina.

Bertha me miró con rostro risueño y satisfecho.

—Estás loco de remate —dijo—. Y a veces te mataría. Pero cuando las cosas van en serio, siempre se puede confiar en ti.

—¡Hum!

—Eso sí que es trabajar y con rapidez, Donald, querido. ¿Cómo lo conseguiste?

—Siguiendo la pista del papel.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Sí, me guié por las huellas que ellos dejaron bien dispuestas para que yo las siguiera.

Bertha iba a decir algo me miró fijamente con ojos brillantes y por fin dijo.

—Repite lo que acabas de decir, Donald.

—Me guié por las huellas que ellos dejaron dispuestas para que yo las siguiera.

—¿Qué es lo que tratas de insinuar?

—Pues lo que digo.

—¿Y quién dejó las huellas?

Me encogí de hombros.

—¿Tratas de burlarte de mí?

—En absoluto —respondí—. Pero, ¿por qué no intentas encontrar la solución por ti misma?

—¿Cómo?

—Analizando la historia de John Carver Billings, segundo… Recuerda que nos ha contado que conoció a las muchachas en un club nocturno y que ellas le dijeron que acababan de llegar de Hollywood para pasar unas vacaciones.

—Sí.

—Eso fue el martes por la noche. Él vino a vernos ayer. Hoy es sábado.

—¿Y bien?

—Encontré la etiqueta de un medicamento en el escritorio del parador. Fui a San Francisco y me entrevisté con la muchacha. Me

dijo que había regresado la noche anterior y que había vuelto a su trabajo ayer por la mañana.

—Bien, ¿qué hay de malo en todo esto?

—Según la historia de la muchacha, salieron de San Francisco el lunes a las cinco de la tarde. Fueron hasta Salinas, pasaron allí la noche y al día siguiente continuaron hasta Hollywood. Fueron directamente al club nocturno. Billings las encontró allí. Las llevó al parador. Eso fue el martes por la noche. Partieron el miércoles por la mañana y pernoctaron en otro parador. Pasaron allí la noche del miércoles. El jueves por la mañana emprendieron el camino de regreso a San Francisco. Llegaron allí avanzada la noche del jueves, y las muchachas volvieron a sus quehaceres ayer por la mañana.

—Bien, ¿y qué?

—Vaya vacaciones tan absurdas, ¿no te parece?

—Hay mucha gente que se tiene que contentar con unas vacaciones cortas. No pueden permitirse el lujo de abandonar su trabajo por más tiempo.

—Sí, desde luego.

—Bien, ¿y qué hay de malo? —preguntó Bertha.

—Supón que tienes cuatro días de vacaciones y que deseas ir a Los Ángeles, ¿qué harías?

—Pues ir a Los Ángeles —contestó Bertha—. ¡Maldita sea, explícate ya!

—Comenzarías tus vacaciones un lunes o las terminarías un sábado o ambas cosas. Partirías el sábado por la mañana o el sábado al mediodía, si tuvieras que trabajar por la mañana. De esta forma, podrías contar también con el sábado por la tarde y todo el domingo para añadirlos a tus vacaciones. No trabajarías el lunes para emprender el viaje el lunes por la tarde y estar de regreso el jueves por la noche para volver a tu trabajo el viernes por la mañana.

Bertha reflexionó durante unos instantes.

—¡Que me aspen si te entiendo! —dijo finalmente, como hablando consigo misma.

—Además —continué—, tan pronto como la muchacha adivinó que yo era un detective que buscaba información sobre aquel viaje, dejé de hablar aparentando que no me interesaba ya más por el asunto. Durante unos instantes la muchacha se asustó terriblemente,

temiendo no poder cobrar la prima que le habían prometido si ella me contaba esa historia. Debió pensar que era un detective muy chapucero. Casi fue ella la que me invitó a cenar. Me llevó a su departamento y estaba rebosante de alegría cuando por fin pudo colocarme toda la historia.

—Bien, esto era lo que importaba —dijo Bertha—, y hemos conseguido el dinero. ¿Por qué preocuparnos, pues?

—Me molesta que me tomen por un estúpido.

—Al pájaro ése le sacamos ayer trescientos dólares. Esta mañana, quinientos. O sea, ochocientos dólares por un trabajo de dos días. Si hay otros que quieren tomarme por una estúpida a cuatrocientos dólares diarios, que vayan pasando.

Y Bertha golpeó enfáticamente el tablero de la mesa con la palma de su mano enjoyada.

—Por mí no hay inconveniente —dije poniéndome de pie y dirigiéndome a la puerta.

—Espera. —Bertha me retuvo cuando ya tenía la mano en el tirador—. ¿Crees tú que la coartada es falsa?

Me encogí de hombros.

—Ya tienes el dinero, ¿qué más quieres?

—Un momento, querido. No me gusta eso.

—¿Qué ocurre?

—Si hay en ese asunto algo falso, ese sinvergüenza pagó ochocientos dólares por el privilegio de que nosotros suscribiésemos una coartada que puede ser más falsa que Judas.

—Bien —le respondí—. Dices que no te importa que te consideren estúpida a cuatrocientos dólares por día. Harías mejor en poner doscientos de esos cuatrocientos dólares en un fondo de amortización.

—¿Para qué?

—Para comprar con ellos una escritura de fianza —dije, y salí del despacho.

capítulo cinco

DEJÉ mi coche en el lugar de estacionamiento del parador de Sepúlveda.

La administradora clavó los ojos en mí al verme entrar en su despacho. Su expresión era de enojo.

—¿Qué clase de broma era la que usted quería gastarme?

—Ninguna —respondí.

—Alquiló usted un apartamento doble y sólo permaneció en él durante quince minutos. Si tenía esta intención, ¿por qué no tuvo la decencia de advertírmelo antes, a fin de que yo pudiera alquilar el departamento durante la noche?

—No quería que lo alquilara a nadie. Le pagué lo suficiente para que no lo hiciera, ¿no es cierto?

—Eso no hace al caso. Pero si usted no tenía intención de usarlo…

—Dejemos de divagar y veamos si me cuenta algo de los que alquilaron el departamento el martes por la noche.

—Supongamos que no lo haga. No me gusta hablar de mis clientes.

—Tal vez hablando conmigo se ahorre una publicidad poco agradable.

Fijó su mirada en mí y luego dijo meditabunda:

—De modo que se trata de eso, ¿eh? Es curioso que no se me haya ocurrido antes.

—Pues sí, se trata de eso.

—¿Qué es lo que quiere?

—Quiero ver el libro de registro por la página que hace referencia al martes por la noche, y, además, quiero charlar un momento con usted.

—¿Es usted la Ley?

Denegué con un movimiento de cabeza.

Comenzó a deslizar una uña roja y barnizada por una hoja de papel que había sobre la mesa, estudiando cuidadosamente las líneas que trazaba la uña. Al parecer aquella era la labor más absorbente que había realizado en todo el día.

Aguardé.

Súbitamente, levantó la mirada:

—¿Agente privado?

Asentí con un movimiento de cabeza.

—¿Qué es lo que busca?

—Quiero saber quién estuvo aquí el martes por la noche.

—¿Por qué?

Le sonreí.

—No doy informaciones así como así. Administrar un parador es un trabajo delicado.

—Desde luego.

—Antes, tengo que saber qué es lo que usted desea.

—Mi asunto también es confidencial.

—Sí, me lo imagino.

Continuó dibujando con la uña en la hoja de papel. De pronto me preguntó:

—¿No puede dejarme en paz?

—Usted vive aquí. Nosotros vivimos aquí. No hubiese venido a verla directamente si hubiese tenido intención de jugarle una mala pasada. Puedo obtener la información de otro modo.

—¿Cómo?

—Haciendo que algún amigo periodista o policía venga a visitarla.

—No me gustaría —dijo la mujer.

—Ya me lo imaginaba.

Abrió un cajón del escritorio y, después de buscar durante unos instantes, sacó una tarjeta.

Era una tarjeta de registro. Demostraba que el departamento había sido alquilado el martes por la noche a un tal
Ferguson L
. Hoy y acompañantes, 551 Prince Street, Oakland, y que el alquiler había sido de trece dólares.

Saqué una pequeña máquina fotográfica de mi cartera de mano

y la monté sobre un trípode di vuelta al conmutador para obtener una buena iluminación y saqué un par de fotografías de la tarjeta.

—¿Eso es todo? —me preguntó la mujer.

Negué con un movimiento de cabeza.

—Ahora quiero saber algo con respecto a Mr. Hoy.

—En este respecto no puedo serle de gran ayuda. Era un hombre como hay miles.

—¿Joven?

—No lo recuerdo… ¡Ah, sí! Fue el que entró acompañado de una de las muchachas. Ella tomó la tarjeta de registro y fue a mostrársela al que estaba en el coche. Firmó y me devolvió la tarjeta con los trece dólares exactos.

—¿Cuántos eran?

—Cuatro… Dos parejas.

—¿Cree usted que reconocería al hombre si lo volviera a ver?

—Es difícil; creo que no.

—Ayer estuvo aquí alrededor de las once.

Ella asintió.

—Alguien entró en el apartamento poco antes de llegar yo.

Ella negó con un movimiento de cabeza.

—El departamento había sido limpiado y…

—Alguien estuvo en él poco antes de llegar yo —le interrumpí.

—No lo creo.

—Alguien que estuvo fumando un cigarrillo —dije.

Volvió a negar con un movimiento de cabeza.

—¿Fuman las doncellas?

—No.

—Pues encontré ceniza de cigarrillos sobre el tocador.

—Las muchachas tienen orden de limpiar los tocadores cuando hacen la limpieza de los departamentos.

—Estoy convencido de que limpiaron aquel tocador. El departamento estaba reluciente como un espejo.

Saqué mi cartera del bolsillo y la sostuve de modo que ella la pudiese ver.

—Oigamos lo que tengan que decirnos las doncellas —propuse.

La administradora se encaminó hacia la puerta.

—Están en el extremo del edificio. No quiero alejarme de aquí por si suena el teléfono. ¿Quiere ir usted mismo y decirles que

vengan? Quiero que las interrogue delante de mí. No es necesario que vengan todas al mismo tiempo; es mejor de una en una.

—De acuerdo —dije.

Salí del despacho.

La doncella negra era una muchacha de aspecto agradable, inteligente y joven.

—La administradora quiere hablarle —le dije.

Me dirigió una mirada inquisitiva y preguntó.

—¿Qué ocurre? ¿Falta algo?

—No me lo ha dicho. Sólo quiere hablar con usted.

—¿No me acusa usted de nada?

Negué con un movimiento de cabeza.

—¿No estuvo usted ayer en el número cinco?

—En efecto —respondí—. Y no tengo ninguna queja que presentar. Pero la administradora quiere hablar un momento con usted.

Di media vuelta y regresé al despacho de la administradora.

La muchacha me siguió después de un momento.

—Florence —dijo la administradora cuando entró la doncella—, ¿estuvo alguien en el departamento antes de que entrara este caballero, ayer? ¿En el número cinco?

—No, señora.

—¿Estás segura?

—Sí, señora.

Me senté en un ángulo de la mesa. Hice un movimiento con la mano como si buscara algo para apoyarme. El teléfono estaba cerca de mí. Estreché entre mis dedos el receptor. Todavía estaba caliente. La administradora había llamado a alguien mientras yo iba en busca de la doncella.

Dije a esta última:

—Un momento. No me refiero a alguien que pasara la noche aquí, sino a alguien que sólo estuvo unos momentos, probablemente alguien que alegó haberse olvidado algo…

—¡Oh! —exclamó la doncella—. Fue el caballero que estuvo aquí el miércoles por la noche. Había olvidado algo. No quiso decirme qué. Me pidió que lo dejara entrar. Yo le contesté que no había nada, pero él me alargó un billete de cinco dólares y… ¡Dios mío! ¿He hecho algo malo?

—No tienes que preocuparte —le dije—. Ahora quiero que lo describas. ¿Era un individuo alto, de unos veintiséis o veintisiete años, que llevaba una chaqueta deportiva y…?

—No, no —me interrumpió la doncella—. Este caballero llevaba un impermeable de cuero y una gorra con muchos galones dorados.

—¿Militar? —pregunté.

—Como el capitán de un yate, más bien —dijo ella—. Pero sí era alto y delgado.

—¿Y te dio cinco dólares?

—Así es.

Le di cinco dólares y le dije:

—Ahí tienes otros tantos. ¿Cuánto tiempo estuvo aquí?

—Entró y volvió a salir inmediatamente. Oí que abría unos cajones y los volvía a cerrar, y cuando salió sonreía. Le pregunté si había encontrado lo que buscaba, y él rió y dijo que en aquel momento se había acordado de haberlo puesto en el bolsillo de otro traje que estaba metido en la maleta. Dijo que había sido una distracción, subió a su coche y se marchó.

—¿Y estuvo en el departamento el miércoles por la noche?

—Desde luego que no. Yo termino mi trabajo a las cuatro y media de la tarde. Pero él dijo que estuvo aquí el miércoles.

La administradora fijó su mirada en mí.

—¿Algo más?

Me volví hacia la doncella.

—¿Reconocerías al hombre en cuestión si lo volvieras a ver?

—¡Oh, desde luego, tal como lo recordaría a usted! Las propinas de cinco dólares no suelen caer todos los días.

Volví a donde había dejado el coche de la agencia, me dirigí al teléfono público más próximo y llamé a Elsie Brand.

—Elsie, me marcho a pasar el fin de semana fuera. Estaré en San Francisco. Dile a Bertha, si es que le interesa saberlo, que el caso que estamos tratando tiene su lugar de acción en San Francisco, de ahora en adelante.

—¿Por qué? —preguntó la muchacha.

—Porque un individuo alto y delgado, vestido con uniforme de capitán de yate estuvo en el lugar donde nosotros dos teníamos la intención de pasar nuestra luna de miel.

—¿Nuestra luna de miel? —replicó—. Dale muchos saludos a

Sylvia de mi parte.

capítulo seis

EL nombre de Millicent Rhodes aparecía impreso en una tira de cartulina recortada de una tarjeta de visita para poderla encajar en un marco colocado bajo el timbre de la puerta del piso de Millie en Geary Street.

Oprimí el botón del timbre.

No contestó nadie.

Volví a probar; una llamada larga y tres cortas.

Percibí un ruido en el amplificador. Una voz de muchacha dijo en son de protesta:

—Es sábado por la mañana. Déjenme en paz.

—Tengo que hablar con usted —dije—. Y, además, ya es sábado por la tarde.

—¿Quién es usted?

—Un amigo de Sylvia: Donald Lam.

No respondió, pero al cabo de un segundo o dos oí el zumbido característico, indicador de que había oprimido el botón que descorría el cerrojo.

Millicent tenía el departamento número 342. El ascensor estaba en el extremo opuesto del vestíbulo, pero como el rectángulo luminoso mostraba que estaba parado en la planta baja, me dirigí a él. A pie, sin embargo, hubiese tardado el mismo tiempo en subir hasta el tercer piso, que en aquel ascensor lento y vacilante.

Millie Rhodes abrió la puerta casi en el mismo momento en que yo pulsaba el timbre.

—Supongo que se trata de algo muy importante —dijo con frialdad.

—Lo es.

—Está bien, entre. Hoy es sábado. No trabajo. Seguramente es el único símbolo de libertad económica que me puedo permitir.

La miré lleno de sorpresa.

Era una pelirroja bien parecida, de hermoso cuerpo y bonita a pesar de que no iba maquillada ni llevaba los labios pintados. Era evidente que había saltado de la cama a causa de mi llamada, y sólo se había cubierto con un batín de seda. Pese a todo, sus ojos despiertos brillaban.

—Es usted distinta de la descripción que me habían dado —le dije. Una ligera mueca se dibujó en su cara.

—Deme una oportunidad. Permita que me arregle y me ponga algo decente y…

—Quería decir lo contrario.

—¿Cómo?

—Es usted mucho más atractiva de lo que me habían dicho.

—Creo que tendré que hablar con Sylvia —me dijo sombríamente.

—No fue Sylvia —le dije—. Fue otra persona. Me formé la idea de que era usted una antipática señorita de compañía.

Me miró fijamente, frunció el ceño y dijo:

—No lo entiendo. Tome una silla y siéntese. Me ha pillado de sorpresa, pero los amigos de Sylvia son también mis amigos.

—He esperado hasta el último momento —me excusé—. Estaba convencido de que ya estaría levantada y no la molestaría.

—No importa, ahora ya está hecho. Sea como quiera, esta semana no trabajo. Dormir los sábados es un hábito en mí.

Parecía desear un cigarrillo. Le ofrecí uno, que aceptó ávidamente. Lo golpeó por el extremo contra el tablero de una mesilla, se inclinó hacia adelante para que le diera fuego, se sentó de nuevo en el borde de la cama y, al cabo de unos momentos, se recostó en las almohadas, encogió las piernas y dijo:

—Supongo que hubiera debido hacerlo esperar mientras hacía la cama, la ocultaba y arreglaba un poco el cuarto. Pero será mejor presentarme tal como soy. Bien, ¿qué me cuenta de Sylvia?

—Sylvia me ha contado una historia muy interesante.

—A veces lo hace.

—Deseo que usted me la confirme.

—Si Sylvia se la ha contado, puede darla por confirmada.

—Se trata de un viaje a Hollywood, de unas cortas vacaciones que pasaron ustedes allí.

Súbitamente, echó la cabeza hacia atrás y estalló en una carcajada.

—¡Ah, ahora comprendo ese papel de antipática señorita de compañía que me atribuye! Supongo que Sylvia jamás me lo perdonará. Pero la bebida comenzaba a hacer efecto a nuestra amiga; se estaba poniendo romántica y empezaba a enamorarse de aquel tipo. Fue entonces cuando le eché unas píldoras en la bebida. Resultó divertido verlo tan apasionado segundos antes, y luego dando cabezadas. Creo que me reía en sus propias narices.

—Tengo entendido que perdió el mundo de vista.

—Fue cuestión de segundos. Lo acostamos en el sofá, lo arropamos y nos metimos en nuestras virtuosas camas.

—Supongo que lo acostaron lo más cómodamente posible.

—¡Oh, desde luego!

—Sylvia me dijo que usted le quitó los zapatos. Sylvia convirtió el sofá en cama y luego lo acostaron.

Dudó durante unos instantes y luego dijo:

—Así fue, en efecto.

—Metió usted sus zapatos debajo de la cama, colgó su chaqueta sobre el respaldo de una silla y lo dejaron en pantalones.

—En efecto.

—¿Era una noche cálida?

—Bastante, pero lo arropamos.

—¿Y no sabe cómo se llamaba?

—¡Dios mío, no! Por lo menos, su apellido. Lo llamábamos John… ¿Dice que se llama usted Donald?

—Así es.

—Bien, ¿a qué se debe tanto interés por lo sucedido en Los Ángeles, Donald? ¿Qué es lo que quieres?

—Hablar de lo sucedido en Los Ángeles.

—¿Por qué?

—Soy un detective.

—¿Un qué?

—Un detective.

—No tienes aspecto de serio.

—Soy detective privado.

—Tal vez he hablado demasiado.

—Al contrario.

—¿Cuánto hace que conoces a Sylvia? No recuerdo haberle oído hablar de ti.

—Nos conocimos ayer por la tarde y fuimos a cenar juntos.

—¿Y ayer fue la primera vez que la viste?

—En efecto.

—¿Qué es lo que quieres? Dime, ¿qué tratas de conseguir?

—Información.

—Bien, supongo que ya la has obtenido, para tu bien y para desventaja mía.

—¿Qué quieres decir?

—Mi hermoso sueñecito… ¿Para quién trabajas?

—Para el hombre que estuvo con vosotras.

—No seas tonto. Él no nos conoce. No podría dar con nosotras ni en cien años. Nos fuimos del parador a la mañana siguiente para que no pudiera seguimos. Temí que entrara en sospechas y se mostrara resentido.

—Pues bien, él me contrató y yo he dado con vuestras direcciones.

—¿Cómo?

—Muy sencillo. Tú empleaste unas píldoras contra el insomnio que el médico había recetado a Sylvia. La etiqueta se desprendió del frasco y se deslizó por una rendija de un cajón del escritorio del parador.

—¡Tal vez digas la verdad!

—Había caído detrás de uno de los cajones del escritorio.

Hizo un breve ademán de disgusto y observó:

—Me imaginaba ser una muchacha astuta. Supongo que eso podría haberme acarreado complicaciones. ¿Qué pensará el tipo ése, ahora? ¿Sabe que le dimos la droga?

Asentí.

—Sospechó inmediatamente que le habíais dado un narcótico.

—¿Antes o después de encontrar la etiqueta?

—Antes.

—No era un mal tipo, sólo que era algo impulsivo y atrevido. Supongo que tiene dinero. Eso es lo malo. Seguramente cree que si paga a una muchacha unas cuantas copas y la invita a cenar, tiene ya derecho a compartir su vida con ella.

No dije nada.

—¿Quién es él, Donald?

—¿Y si me contaras a *mí* lo que *tú* sabes de él? —pregunté a mi vez.

—¿Por qué?

—¿Por qué no?

Dudó unos instantes, mirándome con los ojos entornados bajo sus largas pestañas, y por fin dijo:

—No andas con subterfugios ¿eh?

—¿Para qué hacer las cosas a medias?

Estalló en una carcajada.

—Creo que tienes razón.

Guardé silencio.

—Sylvia y yo andábamos de pesca. Sylvia es más impulsiva que yo. Ese sujeto nos vino de perlas. Necesitábamos que alguien nos acompañara y pagara la cuenta. Nosotras…

—No, Millie —la interrumpí.

—No, ¿qué?

—No sigas por ahí.

—Creí que deseabas saber…

—Tú eres una muchacha inteligente y, además, bonita. Lo que me estás diciendo no conduce a ninguna parte. No te dará resultado. ¿Cuánto te paga Billings?

—¿Qué tratas de insinuar?

—Has pasado por alto una serie de detalles. Sólo quería asegurarme de que ya lo conocías anteriormente, antes de que te llamara la atención sobre ellos.

—¿Qué tratas de insinuar? —repitió.

—Habéis cometido un grave error al dejar que hablara con cada una de vosotras por separado. Esto demuestra lo ingenuas que sois en estos asuntos.

—Ahora te toca hablar a ti —dijo mirándome con una expresión recelosa, dura y fría en sus ojos verdes.

—Según dice Sylvia, lo acostasteis en el sofá sin quitarle ninguna prenda, y sólo le pusisteis una almohada detrás de la cabeza. No convertisteis el sofá en cama y no había sábanas con qué arroparlo: Sylvia cedió una de sus almohadas, y eso fue todo.

Tras unos momentos de vacilación, dijo:

—Dame otro cigarrillo, Donald.

Le ofrecí otro cigarrillo. Ella añadió:

—Sé que podría insistir en el cuento, pero sé también que no me beneficiaría en nada. Sylvia me telefoneó diciéndome que te habías tragado el anzuelo con sedal y flotador; que eras joven, crédulo y el tipo de hombre que se fija en una mujer que tiene las piernas bonitas.

—Y así soy —le dije.

Ella rió.

—Veamos —dijo al cabo de unos instantes—, ¿cómo te has enterado?

—¿Quieres decir cuánto sé?

—Trato de tener la certeza —dijo ella.

—Había varios detalles que daban la impresión de que todo había sido planeado —le conté—. ¿Desde cuándo conoces a John Billings?

—Le conocí hace muy poco. Es uno de los amigos de Sylvia.

—¿No conoces a *todos* sus amigos?

—No a los que tienen dinero —dijo y rió—. Hay personas que Sylvia no presenta a las demás.

—¿Cuánto te pagó?

—Doscientos cincuenta dólares —dijo—. Eso es lo que Sylvia me entregó a mí. Dijo que esta cantidad era la parte que me correspondía.

—¿Y dijo también lo que te correspondía hacer?

—Me prometió que me daría doscientos cincuenta más si estaba dispuesta a que mi fotografía apareciera en los periódicos. Dijo que tenía que representar el papel de una mujer enamorada, también me dijo que esto del «enamoramiento» era sólo de palabra.

—¿Y qué le respondiste?

—Tú estás aquí, ¿verdad?

—Sí.

—Pues bien; ahí tienes la respuesta.

—¿Y entonces te presentó a Billings?

—Sólo para tomar unas copas. Él me entregó el dinero y me miró de pies a cabeza para reconocerme cuando volviera a verme, y yo también me fijé en él, a fin de poderlo identificar. Tomamos una copa o dos, y luego él y Sylvia se volvieron a marchar.

—¿Y quién preparó la historia?

—Sylvia.

—¿Por qué necesita él una coartada? ¿Lo sabes, acaso?

—No.

—¿Quieres decir que no se lo preguntaste?

—Yo sólo vi cinco hermosos billetes nuevecitos, de cincuenta dólares cada uno. No hubiera preguntado nada ni siquiera por uno solo, y mucho menos por los cinco juntos.

—¿Cuánto le pagó a Sylvia? ¿Lo sabes?

—Él y Sylvia son… —levantó la mano cruzando los dedos índice y corazón.

—Lamento haberte molestado —le dije.

—No tiene importancia. Todo formaba parte de los doscientos cincuenta dólares. Te esperaba ayer por la noche, pero Sylvia me telefoneó diciéndome que habías tenido que volver a Los Ángeles.

Asentí con un movimiento de cabeza.

—Debes de estar cansado de tomar aviones.

—Sí, viajo bastante.

—Bien, ¿y ahora qué hago yo?

—Nada. Estarte quieta.

—¿Llamo a Sylvia y le digo que estabas enterado de todo, que nos has atrapado a ella y a mí?

—¿Qué haría Sylvia en este caso?

—¡Oh, cargaría toda la culpa sobre mis hombros! Diría que ello logró engañarte, que diste pleno crédito a su historia pero que cuando viniste a hablar conmigo se descubrió el pastel. Está bien… No se puede confiar en que Sylvia asuma la responsabilidad, sobre todo siendo él uno de sus amigos.

—¿Cuántos tiene?

—Dos o tres.

—¿Y cuántos tienes tú?

—Eso no te importa.

—Hay muchas cosas que me importan. ¿Cuántos tienes?

Fijó su mirada en mí y dijo:

—Ninguno. Por lo menos en el sentido que te figuras.

—Es la respuesta que esperaba.

—Digo la verdad.

—Así lo creo —dije, y me puse en pie—. ¿Puedes decirme por qué Sylvia te eligió a ti para que la respaldaras?

—Porque somos amigas.

—¿No hay ninguna otra razón?

—Y porque yo estaba libre.

—¿Qué quieres decir?

—Iba a tomarme una semana de vacaciones. Esto significaba que nadie sabría que había estado trabajando, en lugar de ir a Los Ángeles. Sospecho que Sylvia hubiera preferido a cualquier otra de sus amigas. Nosotras no somos muy íntimas. Pero el cuento ese de las vacaciones me hacía ganar unos hermosos dólares. Bonito negocio, ¿verdad? No era para dejarlo… Dime, Donald, ¿hice algo malo?

—Para mí, no.

—¿Y para alguien más?

—Todavía no lo sé.

—¿Pero no tendría que sostener esa historia?

—Yo de ti, no lo haría.

—¿Adónde vas ahora?

—A trabajar.

—¿Quieres que te prepare una taza de café?

Negué con un movimiento de cabeza.

—¿No le dirás a Sylvia que he metido la pata?

—No.

—¿Y qué le digo yo a ella?

—Dile que he venido a verte y que te he hecho varias preguntas.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

—Espero que me dejaras fuera de ese asunto, Donald, ¿no es verdad?

—Trataré de hacerlo.

—Gracias —dijo—, me acordaré de eso.

Cerré la puerta, bajé las escaleras y me dirigí a la Jefatura de Policía.

Vi a un hombre que daba la impresión de que podría ayudarme; entablé conversación con él, le enseñé mis credenciales y le dije:

—Necesito unos datos. Se trata de una información al alcance de todo el mundo, pero yo la necesito urgentemente. Me hará falta un poco de ayuda. Estoy dispuesto a pagarla.

Saqué un billete de diez dólares de la cartera.

—¿Qué clase de información?

—Quiero la lista de los accidentes de coches, ocurridos el martes por la noche, en los cuales el chófer culpable se dio a la fuga.

—¿Sólo esta clase de accidentes?

—Quiero la lista de todos los accidentes ocurridos…, pero en especial de aquéllos en que desapareció el chófer culpable.

—¿Puede especificarme aproximadamente el lugar del hecho?

—En la ciudad y sus alrededores.

—¿Por qué le interesa esto? ¿Tiene alguna sospecha?

—No tengo ninguna sospecha que pueda ser de utilidad para usted. Incluso no sé si lo que ando buscando es acertado, pero a juzgar por el tipo de hombre de que se trata, podría ser muy bien un accidente de esta clase. Ésta es, por lo menos para mí la explicación más convincente.

—¿Explicación de qué?

—La explicación por la cual le he entregado diez dólares para que me proporcione la información que deseo.

—Siéntese un momento, compañero, vuelvo en seguida.

Tomé asiento y me maldije a mí mismo por haber adquirido parte de los hábitos de Bertha después de tanto tiempo de estar asociado a ella. Con cincuenta dólares hubiese obtenido inmediatamente lo que deseaba. Diez dólares no bastaban. Sin embargo, Bertha estaba siempre chillando tanto a causa de los gastos, que involuntariamente había comenzado a economizar. Decidí que, en el futuro, haría las cosas tal como se me antojaran. Un policía que está dispuesto a aceptar una propina, considera un billete de diez dólares como un camarero una propina de diez centavos.

Sin embargo, el hombre regresó al cabo de unos cinco minutos con la información que yo deseaba.

—Sólo hay dos casos que puedan interesarle compañero. Un hombre fue atropellado en el cruce de las calles Post y Polk por un coche conducido por un joven que probablemente estaba borracho. Una muchacha iba sentada a su lado y, según los testigos, iba muy apretujada contra él. Puede decirse que estaba casi encima. Él conducía muy rápidamente. Alcanzó al transeúnte y que se fracturó una cadera, un tobillo y el hombro; lo arrojó contra la acera; disminuyó la velocidad del coche casi hasta detenerlo, pero al

parecer recordó las muchas copas que había tomado y emprendió una loca huida. Parece ser que nadie tomó la matrícula del coche. Todo sucedió demasiado de prisa. Un coche que iba detrás a la mitad de la manzana, vio todo cuanto sucedía y emprendió su persecución. Tenía buenas intenciones, pero no pudo realizarlas. Otro coche venía en dirección contraria. Chocaron, aplastándose sus parachoques y rompiéndose los cristales en mil pedazos. La calle quedó bloqueada, sin que pudiera pasar ningún otro vehículo.

—¿Alguna pista?

—Ya le he dicho que aquel tipo estaba de suerte. El segundo accidente tuvo lugar casi en el mismo sitio donde el primer coche había atropellado al transeúnte. Encontramos pedacitos de cristal roto y de radiador. Pero se ha demostrado que esa chatarra surtida procedía de uno de los dos coches que entraron en colisión. El coche que atropelló al transeúnte no dejó la menor huella. Y si la dejó, se confundió con la de los otros dos.

—¿Y cuál fue el otro caso?

—No creo que le puede interesar. Un hombre conducía un coche y estaba muy borracho. Está libre bajo fianza.

—Bien, pues sí me interesa.

—¡Un memo!

—¿Qué quiere decir?

—Está usted citado con el hombre que tiene a su cuidado la resolución de este caso.

—¿Cuándo?

—Ahora.

—No sé lo que está diciendo. Vine aquí a buscar una información. Yo…

—Ya se lo contará todo al teniente.

—Y, además —dije yo—, si poseyera alguna información, no se la daría al teniente ni a nadie. Estoy protegiendo a un cliente.

—Eso es lo que usted cree.

—Y cuando protejo a un cliente, lo hago de veras.

—Ha hecho un largo viaje de Los Ángeles a San Francisco, amigo. Intente proteger a sus clientes en Los Ángeles, pero aquí la cosa es muy diferente.

—Pues traten de sacarme, aunque sea a golpes, esta información, y verán a dónde van a parar.

—No se la sacaremos a golpes —dijo, sonriendo—. Le sacudiremos hasta sacársela.

Apoyó su mano en mi hombro, una mano tan grande como una maza. Sus fuertes dedos bajaron por mi brazo, hasta atenazar mi codo.

—Por aquí —dijo.

capítulo siete

EL teniente Sheldon era un hombre alto, delgado, que no daba en modo alguno la impresión de ser un policía. Iba vestido de paisano y estaba sentado ante una mesa escritorio, asumiendo la actitud de un padre confesor. Se puso de pie, me estrechó la mano y dijo:

—Me alegro mucho de conocerlo, Donald. Encantado de poder prestarle algún favor.

—Gracias.

—Siempre nos agrada ayudar a los forasteros.

—De veras que lo aprecio.

—En compensación, deseo que colaboren con nosotros razonablemente.

—Desde luego.

—Está usted interesado en los accidentes de circulación ocurridos el martes por la noche en los cuales no se pudo detener al causante, ¿eh?

—No se trata de esto, exactamente. Estoy interesado en todos los accidentes y crímenes cometidos. Pero prestaba una atención especial a esta clase de accidentes.

—Lo sé, lo sé —dijo el teniente—. Usted deseaba la lista completa. Aquí la tiene, Lam.

Me entregó una lista de tres páginas que incluía un caso de vejación, tres robos, cinco estafas, tres casos de conductores borrachos y continuaba con delitos de incitación, prostitución, fuego y una denuncia por extorsión.

No me entretuve en leerla toda. El teniente Sheldon comenzó a hablar de nuevo:

—Dóblela y métasela en el bolsillo, Lam. Ya tendrá ocasión de estudiarla con tranquilidad más tarde. ¿Qué sabe usted de estos accidentes de coche?

—Nada.

—Tal vez trabaje usted para un cliente cuyo coche sufrió un pequeño percance. Es usted muy astuto. Desea saber exactamente de qué se trata antes de comprometerse con él, ¿no es cierto?

—No.

—Pues debería hacerlo.

—Quiero decir que no trabajo para ningún cliente que haya sufrido accidente de coche.

—Vamos, vamos —dijo el teniente Sheldon—. No nos andemos por las ramas, Lam.

—No me ando por las ramas.

Sus ojos brillaron.

—Y no trate de mostrarse obstinado. Esto no conduce a ninguna parte…, por lo menos en nuestra ciudad.

—Me alegro de que sea así.

—De acuerdo —dijo—. De este modo nos entenderemos perfectamente.

Asentí con un movimiento de cabeza.

—Si supiera algo acerca de este accidente que pudiera serle de utilidad se lo diría.

—Desde luego, lo sé —dijo el teniente Sheldon—. Estoy convencido de ello. En primer lugar, solemos quedar muy agradecidos con aquellos que colaboran con nosotros, y, en segundo lugar, nos molestan mucho, muchísimo, aquellas personas que no están dispuestas a prestarnos ayuda.

Asentí de nuevo en silencio.

—Bien, tal como yo veo la situación —continuó Sheldon—, usted es de Los Ángeles. Posee una agencia de detectives en aquella ciudad y alguien fue a visitarlo y le dijo: «Lam, me metí en un lío cuando estuve en San Francisco. Tomé unas copas y la muchacha que me acompañaba comenzó a mostrarse demasiado cariñosa. La calle estaba muy transitada y oí que alguien gritaba. No creo que atropellara a nadie, pero me gustaría tener la máxima certeza a este respecto. Y si es que realmente lesioné a alguien, tú arregla el asunto por mí, ¿entendido?».

Disentí con un movimiento de cabeza.

—No hay nada de lo que usted dice.

—Lo sé —dijo Sheldon—. Sólo le digo lo que podía haber sido.

No contesté.

—De modo que vino para acá con la intención de averiguar por sí mismo qué era lo que había sucedido. Esto está muy bien por lo que respecta a usted, pero en lo que hace referencia a la policía, nos gustaría poder aclarar el asunto. Me comprende, ¿verdad?

Asentí.

Los ojos de Sheldon adquirieron una expresión dura.

—Pues bien —dijo—, si sabe algo, cuéntenoslo, y nosotros, por nuestra parte, le ayudaremos. De lo contrario, Donald, su cliente se encontrará metido en un buen aprieto. Tal vez su cliente no pueda llegar a arreglar nada. La Ley caerá con todo su peso sobre él, y tal vez se arrepienta usted de haber venido a San Francisco en lugar de quedarse en casa.

Asentí otra vez.

—Bien —continuó Sheldon—, ahora que nos conocemos el uno al otro, ¿qué es lo que tiene que decirme?

—Todavía nada.

—No me gusta, Donald. No me gusta ni ése «todavía» ni ese «nada».

No repliqué.

—Precisará usted de nuestra ayuda antes de poder dar por terminado su asunto. Bien, pues éste es el momento adecuado para que nos pongamos de acuerdo para podérsela prestar.

—Puede usted estar completamente equivocado en sus conjeturas.

—Claro que puedo estar equivocado, Donald, claro que puedo estarlo. No necesita decirme eso. Buen Dios, alguien pudo haber entrado en su oficina y decirle: «Mire, Donald, mi hijo fue a San Francisco y cuando volvió a casa barrunté que se había visto metido en algún aprieto. Es un buen muchacho, pero tiene tendencia a salir de juerga y a hacer el loco detrás del volante. Ahora suponga que se da una vuelta por San Francisco, para ver si hay alguna acusación contra un conductor de automóvil que se dio a la fuga y que aún no ha sido aclarada satisfactoriamente». O bien —prosiguió el teniente Sheldon—, puede haber venido otro diciéndole: «Presencié un atropello cuyo causante se dio a la fuga, hallándome en San Francisco. Me acompañaba una mujer que no era mi esposa y, la verdad, no deseo verme mezclado en ello, pero puedo

proporcionarle una pequeña información sobre lo que vi. Tal vez le sea de utilidad para localizar al conductor de aquel coche, y él se encargará de mí de un modo u otro…». Pueden ser cientos y cientos de casos como éste.

—Trabajo para un cliente —le dije—. No tengo la menor idea de si él sabe algo o no con respecto a un accidente de coche, pero yo sí estoy interesado en averiguarlo. Cuando regrese a Los Ángeles, iré a visitar a mi cliente. Le informará de todo lo que sé. Si estuvo complicado en un accidente y quiere arreglar el asunto, usted será la primera persona a quien él irá a ver. ¿Qué le parece mi proposición?

El teniente Sheldon se puso de pie, dio la vuelta a la mesa, tomó mi mano y la estrechó fuertemente.

—Bien, Donald —dijo—, veo que empieza a comprender cómo trabajamos en San Francisco y lo mucho que nos gusta poder ayudar a los compañeros cuando vienen a nuestra ciudad. No intente trabajar por su cuenta. Tome el teléfono y llame al teniente Sheldon, de hombre a hombre; así nos entenderemos mejor, ¿comprendido?

—Comprendido —respondí.

—Me dirá lo que sabe y lo que desea hacer. Y la policía, de acuerdo con sus informes, se pondrá a trabajar y solucionará el asunto, gracias al buen trabajo de un detective. Una vez solventado el caso, nosotros le prestaremos todo cuanto sepamos y jugaremos con las cartas boca arriba. Si usted puede resolverlo, tendrá más poderes.

Asentí.

—Pero recuérdelo, Donald —dijo amenazándome con el índice como si él fuera el profesor y yo el alumno desobediente—: No intente engañarnos. Si sabe algo, será mejor que nos lo diga ahora mismo. Si sabe algo que no nos dice y que nosotros averiguamos, no le arriendo la ganancia.

—Comprendido.

—No sólo por lo que toca a su cliente, sino también con respecto a su agencia. Ayudamos a quienes nos ayudan y aborrecemos a los que no quieren colaborar con la policía.

—Me parece muy bien —le dije.

—Aquí tiene la lista de los testigos presenciales del accidente —

dijo, alargándome una hoja mecanografiada en la que aparecían una serie de nombres y direcciones—. Esto es todo lo que tenemos por el momento. Pero estoy seguro de que nos ayudará a obtener más información, Donald. Estoy convencido de ello. Bien, si desea alguna otra aclaración mientras está aquí, no dude un solo instante en pedirla. Díganos lo que desea, Donald, y haremos todo lo que esté en nuestra mano para complacerle.

Se lo agradecí y salí de la oficina.

Tomé un taxi hasta el Hotel Palace, pagué al conductor, entré en el hotel, volví a salir por otra puerta y tomé otro taxi. Un coche me seguía. No pude despistarlo sin antes dar una propina al chófer, dejando entender así a mis seguidores que estaba enterado de su presencia.

Dije al chófer que tomara la dirección de Bush Street. Al divisar una casa bastante presuntuosa situada casi en la cima de la colina le ordené que se detuviera y que esperara. Subí corriendo las escaleras y entregué mi tarjeta al conserje.

—Estoy trabajando en un caso —le expliqué.

Su expresión lo era todo menos cordial.

—¿Hay aquí algún inquilino que conduzca un *Buick* sedán de color azul oscuro?

—No lo sé. Es posible que tengamos varios inquilinos dueños de un coche de esta clase.

Fruncí el ceño y dije:

—Ésta es la dirección y tiene que ser aquí; un sedán azul oscuro.

—Pues yo no lo sé.

—¿Puede averiguarlo?

—Me temo que no. No solemos espiar a nuestros inquilinos.

—No quiero que espíen a nadie. Lo único que deseo es una pequeña información. Podría conseguir una lista de los inquilinos y ver las inscripciones.

—¿Y por qué no lo hace, Mr. Lam?

—Porque puedo ahorrar tiempo así.

—El tiempo es oro —dijo el hombre.

—En este caso no hay mucho oro —repliqué.

—Entonces, tendrá que perder usted mucho tiempo.

—Veré lo que se puede hacer y volveré.

—Como quiera.

Salí a la calle, subí al taxi y me hice conducir a mi hotel. Subí a mi habitación, esperé unos diez minutos, tomé luego otro coche y me dirigí a Sutro Baths, en donde me di un delicioso chapuzón en la piscina. Después del baño, alquilé otro coche y volví a Geary Street. Cuando llegué al cruce que buscaba, pagué la carrera; di la vuelta a la manzana y cuando me convencí de que no me seguían entré en una farmacia. Llamé a otro taxi y me dirigí al domicilio de John Carver Billings.

Una doncella respondió a mi llamada.

—Soy Donald Lam, de Los Ángeles —le dije—. Deseo hablar con John Carver Billings, segundo, y dígale que se trata de algo muy urgente.

—Un momento, por favor —respondió la muchacha.

Fijó su mirada en la tarjeta y tuvo la precaución de cerrar la puerta mientras desaparecía en el interior de la casa. Regresó al cabo de un par de minutos y dijo:

—Entre.

Atravesé un vestíbulo y entré en un gran salón. John Carver Billings, segundo, salió a mi encuentro. No se alegró en modo alguno de volverme a ver.

—Hola, Lam. ¿Qué diablos hace usted por aquí?

—Trabajando.

—Su agencia me prestó un gran servicio —dijo—, pero esto fue todo… Asunto terminado. *Pau*, como dicen en Hawai.

No me invitó a tomar asiento.

—Tengo otro asunto en el que estoy trabajando.

—Si hay algo en que pueda ayudarlo, estaré encantado prestándole este favor —dijo con una voz que parecía frío linóleo para unos pies desnudos. Y dije:

—Estoy investigando un accidente de coche ocurrido en esta ciudad. El chófer se dio a la fuga. La policía está interesada en el caso.

—¿Quiere decir que la policía de San Francisco ha contratado a un detective privado de Los Ángeles para…?

—No he dicho tal cosa, sino que la policía estaba interesada.

—¿En el accidente de un coche cuyo chófer se dio a la fuga?

—Sí.

—Pues lo considero muy lógico.

—En la esquina de la calle Post y Polk, un conductor atropelló a un transeúnte y lo dejó bastante malparado. Después dióse a la fuga. Alguien intentó perseguirlo, pero entró en colisión con otro vehículo, que se apartaba de la acera. Esto permitió que el conductor del primer coche pudiera continuar la fuga… temporalmente.

—¿Y qué va usted a hacer? ¿Intentaré dar con él?

—Creo que sé quién es —dije mirándole fijamente a los ojos—. Y estoy tratando de encontrar el modo de que pueda salir bien parado.

—Por mi parte, le deseo mucha suerte. Esta clase de conductores son una verdadera amenaza… ¿Desea algo más de mí, Lam?

—Sí, charlar un rato con usted.

—Me encuentro muy ocupado en estos momentos. Estoy celebrando una conferencia con mi padre y…

—Si usted estuviera enfermo y fuera al consultorio de un médico para pedirle que le diera una receta de penicilina, y él se la diera sin dirigirle la menor pregunta y le dejara luego salir, ¿qué opinaría usted?

—No tendría la menor confianza en un hombre así. ¿Es esto lo que quiere usted que responda?

—Esto es lo que yo esperaba oír.

—Está bien, ya lo he dicho.

—Pues es lo que hizo usted. Entró en una agencia de detectives, describió la medicina que deseaba y luego se marchó tan tranquilo.

—Les di una asignación bastante substanciosa, si es a lo que quiere referirse. No se trataba de ningún medicamento, y no estoy enfermo.

—Puede usted haber pensado que no lo estaba, pero tal vez fuera mejor que volviera a estudiar detenidamente la situación. Tómese el pulso… y la temperatura…

—¿Qué es lo que pretende, Lam?

—Planeó usted una coartada falsa y luego se decidió a llevarla a la práctica. Quería que nosotros le guardáramos la espalda. Luego podía hacerse el ingenuo y decir que había pagado una buena cantidad a una agencia de detectives para encontrar a las personas que…

—Creo que no me gusta su actitud, Lam.

—El punto débil de este plan —continué— era que no se atrevía a acercarse a una persona desconocida. Tenía que ser una persona amiga, y en este caso su amistad con dicha persona podría ser probada. Además, a fin de no comprometer públicamente a Sylvia y dar mayor fuerza a su coartada, insistió usted en que fueran dos personas, y Sylvia se hizo acompañar por su amiga Millie.

—¿Tiene usted alguna idea de lo que está diciendo? Yo, sinceramente, no.

—Y después de haber obtenido la certeza de que nosotros íbamos a ocuparnos del caso —proseguí—, cuando todo estuvo preparado, se fue usted al parador, se puso un abrigo de cuero y una gorra con muchos galones dorados y colocó la prueba para que yo pudiera encontrarla. No sé a qué se debió que eligiera usted precisamente aquel parador. Tal vez había estado ya anteriormente en él y creyese que tenía un aspecto raro o tal vez lo eligió por casualidad. Ahora bien, si yo supiera lo que usted trata de encubrir, lo que pasó el martes por la noche, tal vez pudiera ayudarlo. Por esto estoy aquí, para ayudarlo, si podemos.

—Me habían prevenido contra los detectives privados —dijo lentamente, con un tono de voz helado y colérico—. Me advirtieron que trataban de hacer víctimas de chantaje a sus clientes si lograban averiguar algo con respecto a ellos. Debí haber prestado oídos a esta advertencia. Lo primero que haré el lunes por la mañana será dar instrucciones al Banco para que anulen el cheque que les entregué. Mandaré un telegrama a la dirección de su agencia anunciando que el cheque ha sido anulado. No me gusta que se interfiera usted en mis asuntos personales; no me gusta que intente hacerme víctima de un chantaje, y no me gusta usted.

Jugué la última carta.

—Tal vez su padre se enoje al saber que su hijo es objeto de publicidad en los periódicos por haber atropellado a un transeúnte y haber emprendido la fuga —dije—. Siempre hay una posibilidad de poder arreglar amistosamente estos casos…

—Un momento —dijo—; espere aquí, Lam. Tengo algo para usted. Su última proposición me ha dado una idea. Espere aquí mismo, no se marche.

Se volvió y abandonó la habitación.

Me acerqué a un cómodo sillón y me senté.

Oí unos pasos, se abrió la puerta y Billings volvió al salón, acompañado de un caballero de más edad.

—Le presento a mi padre —dijo—; no tengo secretos para él. Papá, éste es Donald Lam, un detective privado de Los Ángeles. Lo contraté para que averiguara quiénes eran los que estuvieron conmigo el martes por la noche en el parador de Los Ángeles. Me prestó un excelente servicio localizando a la gente en cuestión. Tengo su informe por escrito en el que consta que localizó y habló por lo menos con una de estas dos personas, y que todo está de acuerdo con lo que yo le conté a él anteriormente. Entregué a la agencia un cheque por valor de quinientos dólares de acuerdo con lo que no estoy del todo seguro de haber procedido bien. Creo incluso que esto va en contra de la ética profesional de las agencias de detectives privados. Ahora viene con la intención de hacerme víctima de un chantaje. Me acusa de haber planeado una coartada y de ser el causante de un accidente de coche ocurrido el martes por la noche, un accidente que, según él, ocurrió cerca de Post y Polk. ¿Qué debo hacer?

John Carver Billings, primero, me miró como si yo fuese un bicho raro que me hubiese deslizado por debajo de la puerta y al que quería examinar antes de aplastarlo con el pie.

—Echa de casa a este sinvergüenza —dijo.

—Su hijo de usted no estuvo en aquel parador el martes por la noche. Ha intentado fabricarse una coartada. No obstante, ha obrado de un modo muy ingenioso, y si tuviera lugar alguna investigación, el mero hecho de haber querido planear esta coartada lo condenaría y, al mismo tiempo, se granjearía las antipatías del tribunal y del público. Lo único que intento es ayudar al muchacho.

El viejo Billings continuó mirándome con expresión fría y orgullosa.

—¿Ha terminado usted, señor…, señor…?

—Lam, Donald Lam.

—¿Ha terminado usted ya, señor Lam?

—Así es.

Billings se volvió hacia su hijo.

—¿Qué hay de todo esto, John?

John se humedeció los labios con la lengua.

—Te voy a contar toda la verdad, papá. Estuve en Los Ángeles.

Encontré allí a una muchacha. Lo único que le pedí fue que bailara conmigo. Luego fue ella la que me invitó a continuar, y por fin me dejó plantado. Resulta que esta muchacha era amiga de un conocido *gangster*. Ahora ha desaparecido. Después de dejarme plantado, encontré a dos simpáticas muchachas de aquí. No sabía cómo se llamaban. Pasamos la noche en un parador, los tres. Contraté a este hombre para que averiguara quiénes eran las muchachas, a fin de probar, si era necesario, que yo no había estado con la amiga del *gangster*, una tal Maurine Auburn. Encontró a las muchachas; un buen trabajo, realmente. Ahora trata de invalidar el resultado de su propia investigación. Tal vez le han dado dinero o quizá piensa obtenerlo de nosotros. O acaso alguna de las muchachas que estuvieron conmigo le ha mentido para poder sacar una buena tajada a mi costa.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme, John?

—Si, papá, eso es todo; ayúdame.

Billings se volvió hacia mí.

—Ahí está la puerta. Márchese —ordenó.

Sonreí.

—Ahora es cuando empieza a interesarme usted.

Se acercó al aparato telefónico, descolgó el auricular y dijo:

—Jefatura de Policía, por favor.

—Pregunte por el teniente Sheldon —le dije—. Sheldon está interesado investigando el accidente que tuvo lugar en Post y Polk el martes por la noche alrededor de las diez y media.

John Carver Billings, primero, no se dignó volverse hacia mí.

—¿Sí? ¿La Jefatura de Policía…? Quiero hablar con el teniente Sheldon.

Podía tratarse de un engaño. Tal vez el teléfono estuviera desconectado. No me era posible saberlo.

Esperé. Un momento más tarde se oyó un ruido en el aparato y Billings dijo:

—Soy John Carver Billings, teniente. Estoy siendo molestado por un detective privado que, aparentemente, trata de hacer objeto de chantaje a mi hijo… Él mismo me ha dado su nombre de usted… ¿Cómo? Sí, un detective privado de Los Ángeles. Se llama Donald Lam.

—El nombre de la agencia es Cool y Lam, papá —intervino el

hijo.

—Creo que trabaja para la agencia Cool y Lam de Los Ángeles —continuó el anciano—. Al parecer, trata de encontrar a alguien a quien pueda colocar en lugar de un cliente suyo que sufrió un accidente de automóvil el martes por la noche y que se dio a la fuga… Sí, de eso se trata. Esto es lo que dice él. En la esquina de la calle Polk y Post, alrededor de las diez y media… Eso mismo. ¿Qué debo hacer? Está bien, trataré de retenerlo aquí hasta que usted llegue.

No esperé más. Si aquello era un engaño, tenían más triunfos en la mano, de lo que yo me había figurado y, muy seguros de sí mismos, habían apostado a una sola carta.

Di media vuelta y salí.

Nadie intentó retenerme.

capítulo ocho

TOMÉ un taxi, luego otro, y pronto me encontré en el lado sur de Market. Era menos que un zaquizamí; era un vertedero. Para lo que deseaba ya era bastante. Tenía que serlo.

En una pequeña tienda de la calle Tercera compré una camisa, unos calcetines y ropa interior. En una droguería, artículos de afeitar. Me metí en el sucio y maloliente cuartucho, me senté ante la mesilla desvencijada y comencé a reflexionar sobre todo lo que había sucedido.

John Carver Billings, segundo, había necesitado una coartada con tanta urgencia que había gastado una gran cantidad de dinero, tiempo y esfuerzos en un grosero intento por simular algo que tuviera visos de realidad.

¿Por qué?

Lo más lógico era pensar en aquel accidente en que el chófer había emprendido la fuga, pero aquello no parecía haberle afectado en lo más mínimo cuando se, lo dije cara a cara. Por lo tanto, o era un jugador de póquer más bueno que yo, o yo me encontraba sobre una pista falsa.

Me dirigí a una cabina telefónica y llamé al departamento de Elsie. Por suerte, la encontré allí.

—¿Qué tal sigue Sylvia? —me preguntó.

—Espléndidamente —contesté—. Me ha dado muchos saludos para ti.

—Te lo agradezco cordialmente —contestó con voz helada.

—Elsie, me temo que estoy siguiendo una pista falsa.

—¿Y a qué se debe?

—No lo sé. Estoy preocupado. Creo que quizá podríamos encontrar la respuesta en Los Ángeles. Quiero que empieces a tirar de los hilos allí y averigües todos los crímenes que se cometieron en

Los Ángeles el martes por la noche.

—Será una lista muy larga.

—Empieza por los accidentes de coche en los cuales el conductor se dio a la fuga —dije—. Me interesa un caso en que el transeúnte fue gravemente herido y el coche no resultó averiado, de modo que no dejó huellas. ¿Comprendes por dónde voy?

—Sí.

—No sólo en Los Ángeles, sino también en sus alrededores. Digamos en un radio de acción de cincuenta a cien millas.

—¿Es urgente?

—Muy urgente.

—A ti no te importa en absoluto mi fin de semana, ¿no es cierto?

—Cuando yo regrese, podrás disfrutar de muchos fines de semana —dije.

—Con lo mucho que lo necesito —replicó ella.

—¿Qué dices?

—Digo que muchos recuerdos a Sylvia —contestó y luego preguntó—: ¿Dónde puedo llamarte?

—A ningún sitio. Yo te llamaré.

—¿Cuándo?

—A cualquier hora, mañana por la mañana.

—¡Es domingo!

—Ya lo sabía.

—Cada día te pareces más y más a Bertha —me dijo.

—Está bien, te dejaré más tiempo para que puedas dormir. Digamos el lunes por la mañana en la oficina. Iré a reponer fondos, porque estoy flojo de dinero.

—Llámame el domingo si quieres, Donald. Todo lo que yo pueda hacer…

—No, por entonces aún no habrás podido conseguir la información.

—¿Y tú qué sabes? Un detective de la policía me ha invitado a cenar esta noche.

—¿No pierdes el tiempo, eh?

—No tengo necesidad de ir a otra ciudad.

—Te llamaré el lunes, Elsie. Hay tiempo suficiente.

—¿Lo dices sinceramente?

—Sinceramente.

—Hasta pronto, pues —dijo ella, suavemente y colgó.

Fui a las calles Post y Polk y eché una mirada al lugar. Era un cruce muy apropiado para un accidente. Alguien que viniese por Post Street y viese señal de paso libre, aceleraría para cruzar, si creía que podía alcanzar Polk Street.

Un muchacho vendía periódicos en la esquina. Había mucho tránsito.

Saqué del bolsillo la lista de los testigos del accidente que me había entregado el teniente Sheldon y me pregunté si estaría completa.

En la relación figuraba una mujer de profesión vendedora, un hombre que trabajaba en una droguería cercana, un motorista «que lo vio todo» desde un lugar situado a media manzana y el propietario de un puesto de tabacos, que oyó el ruido y corrió a ver qué había pasado.

El vendedor de periódicos no constaba en la lista.

Me fijé en este detalle. Me acerqué al muchacho, compré un periódico y le dije que se quedara con el cambio.

—¿Es este el lugar donde sueles estar siempre? —le pregunté.

Asintió con un movimiento de cabeza, estudiando a los transeúntes con sus ojos vivarachos y buscando la oportunidad de vender otro periódico.

—¿Estás aquí todas las noches?

Asintió.

De pronto le dije:

—¿Cómo es que no has contado a la policía lo que sabes del accidente ocurrido aquí el martes por la noche?

Hubiese emprendido la huida, de no haberlo sujetado yo por el brazo.

—Vamos, muchacho, cuéntamelo todo.

Deba la impresión de un conejo caído en una trampa.

—No puede usted sujetarme del brazo y empujarme de esta forma.

—¿Y quién te está empujando?

—Usted.

—Todavía no has visto nada —le dije—. ¿Cuánto te pagaron para que cerraras el pico?

—Déjeme en paz.

—Esto se llama complicidad.

—Tengo amigos policías cerca de aquí —me dijo—, amigos a los cuales no les gustaría ver como me está tratando usted.

—No dudo que tal vez tengas amigos entre la policía, pero, ¿conoces también a algún buen juez?

Vi que cambiaba de expresión.

—Desde luego —proseguí—, un buen amigo juez tal vez te pueda ayudar. Yo no soy de la policía. Soy detective privado, y no cedo fácilmente.

—¿Y qué quiere de mí? ¡Deme alguna oportunidad, por lo menos!

—¿Y eso qué quiere decir? —le pregunté—. ¿Te ha dado alguien dinero?

—Claro que no.

—¿Tal vez tienes la intención de preparar un pequeño chantaje?

—No, en absoluto, señor. Quería denunciar el caso, pero luego comprendí que no podía.

—¿Por qué no?

—Porque tuve complicaciones en Los Ángeles. Estoy en libertad provisional. No me está permitido vender periódicos. Tengo que presentarme cada treinta días a la policía. No me gustaba, vine aquí y pienso llevar una vida decente.

—¿Por qué no informaste del accidente?

—¿Y cómo? Creí ser lo bastante astuto. Tomé el número de la matrícula del coche y quería darlo a la policía para apuntarme un ramo, pero luego comprendí que no podía hacerlo. El fiscal me hubiese tomado como testigo, y el abogado defensor hubiese comenzado a investigar mi pasado y a demostrar ante todo el mundo que no había cumplido mi palabra; me hubieran devuelto a Los Ángeles, por haber abandonado aquella ciudad sin permiso. Nadie me hubiese dado crédito.

—Muy astuto, por ser todavía un muchacho.

—No soy ningún muchacho.

Fijé mi mirada en aquella carita prematuramente envejecida y juiciosa, de ojos vivarachos que me estudiaban desde todos los ángulos como si quisiera tomar alguna ventaja sobre mí. Bajo mi mano notaba el huesudo hombro del muchacho. Dije:

—De acuerdo, muchacho, juega limpio conmigo y yo jugará limpio contigo. ¿Qué edad tienes?

—Diecisiete años.

—¿Y cómo te van ahora las cosas?

—Bien. Sigo el buen camino… Tenía demasiados amigos en Los Ángeles. Salí varias veces con y me dijeron que tenía que demostrar que podía formar parte de la banda.

—¿A qué se dedicaban?

—Créame, señor, a todo lo imaginable. Primero eran niñerías, pero cuando Butch se hizo cargo de la banda dijo que sólo admitiría a los que tuvieran valor para todo. Es un tipo muy duro.

—¿Y por qué no dijiste todo eso a la policía?

—¿Cree acaso que soy un chivato?

—¿Y por qué no te quedabas en casa y te dedicabas sólo a tus cosas?

—No sea tonto.

—De modo que te escapaste y viniste aquí, ¿eh?

—En efecto.

—¿Y ahora piensas llevar una vida decente?

—Como el que más.

—Dame el número de la matrícula, y yo haré que no te veas complicado en nada.

Sacó del bolsillo un pedazo de papel de periódico en el que había garrapateado un número con un lápiz muy duro, gracias a lo cual se destacaba perfectamente.

Lo estudié con cuidado.

—Éste es el número del coche que hirió al hombre —dijo el vendedor de periódicos con voz plañidera y ansiosa—. El coche bajaba por la Calle a toda velocidad y casi me atropelló. Me enfadé tanto que anoté su número. El conductor era un hombre gordo, de mediana edad, acompañado de una muchacha rubia que casi se echaba encima de él. Ella comenzó a besarlo cuando dieron la vuelta a la esquina, o él la estaba besando, o se estaban besando mutuamente; no lo sé con exactitud.

—¿Y tú qué hiciste?

—Salté a un lado, convencido de que iba a estrellarse. Tomé su número… Mejor dicho, saqué el lápiz y había comenzado a anotarlo en el borde del periódico, cuando atropelló a aquel transeúnte.

—¿Y luego?

—Aminoró la marcha y creí que se iba a detener, pero ella le dijo algo, y cambió de opinión, apretando el acelerador.

—¿No lo siguió nadie?

—Sí, otro coche intentó perseguirlo, pero chocó con otro loco que apareció por la esquina. Chocaron violentamente, llenando la calle de vidrios rotos. Entre tanto, los demás transeúntes se dedicaban a auxiliar al anciano que había sufrido el atropello, y de pronto me di cuenta de que yo había sido testigo del accidente, pero que si contaba a la policía lo sucedido me pondría en evidencia.

—¿Quién era él?

—Ya le he dicho que lo ignoro; lo único que sé es que conducía un sedán negro, que iba a mucha velocidad y que él y la muchacha se estaban arrullando cuando doblaron la esquina.

—¿Borracho?

—¿Y yo qué sé? Estaba ocupado en hacer otras cosas, además de conducir el coche. Bien, déjeme en paz, señor, déjeme marchar.

Le alargué un billete de cinco dólares.

—Tómate una
Coca-Cola
, muchacho, y no te preocupes por el asunto.

Miró el billete, dudó unos instantes, pero luego se lo metió rápidamente en el bolsillo.

—¿Eso es todo? —preguntó.

—¿Reconocerías al individuo que conducía el coche si lo volvieras a ver?

Súbitamente me miró con ojos duros y astutos.

—No —dijo.

—¿De veras no lo reconocerías, si te lo presentaban alineado con otros para una identificación?

—No.

Solté al muchacho y fui a consultar en el registro el número de la matrícula anotado en el pedazo de papel.

El coche pertenecía a un tal Harvey B. Ludlow, que tenía su vivienda hacia la playa. Se trataba de un *Cadillac* sedán.

capítulo nueve

DORMÍ hasta el mediodía del domingo en mi cuartucho del lado sur de Market. Me desayuné en un restaurante cercano; un desayuno consistente en un par de huevos fritos con grasa casi rancia, un café malo y unas tostadas frías y blanduchas.

Compré los periódicos de la mañana y regresé a mi sofocante habitación con su deshilachada alfombra, su dura silla y su aire viciado.

Gabby Garvanza había vuelto a hacer de las suyas.

Él mismo se había dado de alta en el hospital. Su fuga, había demostrado que se hallaba dominado por la aprensión y sumamente preocupado.

En realidad, se había esfumado en el aire.

Sus enfermeras y médicos insistían en que no sabían nada del asunto. Garvanza se había restablecido rápidamente y estaba ya en condiciones de andar por sus propias fuerzas. Ataviado con un pijama, zapatillas y un batín, había anunciado su intención de bajar al vestíbulo para salir al solario.

Cuando su enfermera especial bajó al solario unos minutos más tarde, el hombre había desaparecido. Se inició una frenética búsqueda por todo el hospital, pero fue imposible encontrar a Gabby Garvanza.

Las teorías eran muy diversas e iban desde los que afirmaban que el tahúr se había escapado del hospital, hasta los que sostenían que había sido secuestrado por sus enemigos, que querían borrarlo del mapa.

Gabby abandonaba en el hospital los trajes que le había llevado Maurine Auburn el día después de haber sido víctima del atentado.

El traje, de trescientos cincuenta dólares, la camisa de seda y la corbata de veinticinco dólares, pintada a mano, que llevaba la

noche que dispararon contra él, pasaron a manos de la policía como pruebas. Los agujeros de las balas en el traje manchado de sangre podían contener algún vestigio para un posterior análisis espectrográfico, que permitiese descubrir, tal vez, a aquel o aquellos que habían conseguido poner en peligro le vida de Garvanza.

Al día siguiente del atentado, Maurine Auburn había llegado al hospital con una maleta que contenía otro traje de trescientos cincuenta dólares, hecho a medida, un par de zapatos de artesanía de setenta y cinco dólares, otra corbata de veinticinco dólares pintada a mano y gran número de camisas de seda, calcetines y pañuelos.

Todo había quedado en el hospital. Cuando desapareció, el tahúr llevaba puesto solamente el pijama, las zapatillas y un batín.

Los empleados del hospital insistían en que un hombre con semejante atavío no había podido abandonar el hospital por ninguna puerta, y señalaban que resultaba imposible que hubiese podido escoger un taxi vestido de aquella manera.

La policía replicaba que, tanto si esto era posible como si no lo era, Garvanza había desaparecido, sin necesidad de tomar ningún taxi.

Se la criticaba por no haber apostado a un agente de vigilancia, pero la policía contestaba a esta crítica diciendo que Gabby Garvanza había sido la víctima y no el autor de un atentado. No era él quien había disparado, y cuando atentaron contra su vida iba desarmado. La policía tenía ocupaciones más importantes que proteger a un notorio jugador… que parecía hallarse en conflicto con unos competidores que deseaban intervenir en lo que la Prensa denominaba «un negocio saneado…». A pesar de que se subrayaba que no existían lugares de juego que merecieran tal nombre.

Saqué mi cortaplumas, corté el reportaje, lo doblé y lo metí en mi cartera.

Puesto que por el momento no podía hacer nada y que tampoco me atrevía a circular por las calles, pasé un día aburridísimo leyendo, pensando y no dejándome ver.

El lunes a primera hora salí para comprar los periódicos de la mañana.

La historia aparecía en primera página.

El cuerpo de Maurine Auburn había sido encontrado enterrado a

poca profundidad cerca de la playa de Laguna, el famoso lugar de recreo al sur de Los Ángeles.

Habían enterrado someramente el cuerpo en la arena, sobre la línea de la marea, pero el cabello había sobresalido, el hedor de la descomposición se había hecho evidente y el cadáver fue descubierto.

Las autoridades afirmaban que la tumba había sido cavada a toda prisa por la noche y que la joven ya estaba muerta cuando el coche descendió por una calle lateral, se estacionó cerca del precipicio y el cuerpo fue arrojado desde el a la playa. El asesino se había apresurado a enterrar el cuerpo en la arena y desaparecer lo más rápidamente posible.

El médico forense afirmaba que la joven había muerto hacía ya una semana. Le habían disparado dos tiros por la espalda… Un trabajo certero, hecho a sangre fría. Cada una de las balas pudo provocar la muerte instantánea.

Las dos balas asesinas habían sido recuperadas.

La policía de Los Ángeles, que se había desentendido por completo dela atractiva joven cuando ésta no quiso revelarles quién había disparado contra Gabby Garvanza, no tenía ahora ningún comentario que hacer. El *sheriff* de Orange County lanzaba chispas y maldiciones contra los *gangsters*.

A la vista de estos acontecimientos, se llevaban a cabo pesquisas para averiguar quién era el joven con el que desapareció Maurine Auburn la noche en que, según la convicción de la policía, fue asesinada. La policía tenía en su poder una buena descripción y estaba «realizando activas pesquisas».

Fui a una cabina telefónica y llamé a Elsie Brand a la oficina anunciando antes que la conferencia telefónica sería pagada por el receptor.

Oí decir a la telefonista al otro lado de la línea: «La señora Cool dice que no quiere ninguna llamada telefónica de Mr. Donald Lam, contra pago a cuenta suya».

Un instante después oí la voz histérica de Bertha, que chillaba a voz en cuello:

—Maldita sea, ¿qué te imaginas que estás haciendo? ¿Quién diablos crees que dirige este negocio?

—¿Qué te pasa ahora? —pregunté.

—¿Que qué me pasa? —gritó—. Estamos metidos en un terrible conflicto. Has intentado hacer víctima de chantaje a un cliente nuestro. Van a anularnos la licencia. El cliente ha anulado el pago de los quinientos dólares… ¿Y preguntas qué es lo que pasa? Sigue metiendo las narices en San Francisco… La policía de San Francisco te persigue, tendremos que cerrar la agencia, los quinientos dólares se han esfumado y aún te atreves a preguntar qué es lo que ocurre.

—Quiero ciertos datos que habrá averiguado Elsie Brand —dije.

—Paga tú la llamada, si quieres —me dijo Bertha—. Desde ahora, no admitiremos más llamadas a tu nombre desde San Francisco.

Y colgó el auricular con tan tremendo golpe, que debió arrancar de cuajo el teléfono. Yo colgué también el auricular, me senté en la cabina y conté el dinero que llevaba encima.

No me alcanzaba para poder gastarlo en llamar a Elsie Brand.

Fui a la oficina de telégrafos y le mandé un telegrama contra pago por parte del receptor.

Manda información pedida a Western Union Branch.

Bertha no se atrevía a rehusar el recibí del telegrama.

Regresé a la mísera habitación de mi hotel, tratando de ganar tiempo mientras esperaba que me mandaran la información.

Las ediciones de los periódicos del mediodía rebosaban de valiosa información. El asesino de Maurine Auburn había adquirido súbito interés porque tenía cierta relación local.

Los titulares de la primera página decían:

EL HIJO DE UN CONOCIDO BANQUERO PRESTA DECLARACION VOLUNTARIA SOBRE EL ASESINATO.

Leí que John Carver Billings, segundo, se había presentado voluntariamente a la policía para declarar que había sido él quien había invitado a bailar a Maurine Auburn en un club, y que la joven había abandonado el local en su compañía.

Sin embargo, la «conquista» del joven se había trocado muy pronto en una humillación cuando ella le dijo «que iba a empolvarse la nariz» y lo había dejado plantado.

El joven Billings afirmaba que había «conocido» a dos muchachas de San Francisco y que pasó «el resto de la noche» con ellas. No conoció el nombre de las dos muchachas hasta que una agencia de detectives de Los Ángeles, a la que él había contratado, descubrió quiénes eran.

Billings daba el nombre de las dos muchachas a la policía, y, puesto que estas jóvenes eran dos respetables señoritas empleadas en San Francisco, y puesto que parecía que sus relaciones con Billings se limitaban a haber dado una vuelta por los clubs nocturnos y utilizarlo para que les «enseñara la ciudad», la policía no mencionaba sus nombres. Se sabía, sin embargo, que habían sido interrogadas y que habían confirmado la historia contada por Billings.

El periódico publicaba la fotografía muy clara y bien hecha de John Carver Billings, tomada por un reportero gráfico.

Fui a la redacción del periódico y pregunté por la sección gráfica. Un par de buenos cigarros me hicieron dueño de una magnífica fotografía de John Carver Billings, segundo.

Volví a la oficina de telégrafos. No había noticias de Elsie.

Tomé un tranvía hasta el departamento de Millie Rhodes.

La encontré en su casa.

—¡Ah, hola! —me saludó—. Entra.

Sus ojos brillaron llenos de excitación. Llevaba un vestido que evidentemente acababa de sacar de una caja de cartón que llevaba la etiqueta de una de las casas de modas más caras de San Francisco.

—¿No trabajas hoy? —pregunté.

—Hoy no —respondió ella, sonriendo enigmáticamente.

—Creí que habían terminado ya tus vacaciones y que tenías que volver a tu trabajo.

—He cambiado de planes.

—¿Y el trabajo?

—Pienso descansar durante una temporada. Ahora soy una dama ociosa.

—¿Desde cuándo?

—Preguntas demasiado.

—¿Te gusta?

—No digas tonterías.

—Estás quemando las naves, Millie.

—Deja que se quemen.

—Tal vez algún día te interese volver.

—No. Iré hacia adelante, nunca más hacia atrás… nunca más.

—Es un vestido nuevo, ¿no es cierto?

—¿Verdad que es divino? Como hecho para mí. Lo elegí yo misma. No necesitaba el menor cambio. Estoy loca por él.

Estaba de pie ante el espejo. Levantó ligeramente las manos y se volvió hacia mí para que pudiera observar mejor su silueta.

—Bonito trabajo —observé—. En efecto, hecho para ti.

Se sentó, cruzó las piernas y se alisó la falda sobre las rodillas con un movimiento acariciador.

—Bien, ¿de qué se trata ahora?

—No quiero que quemes las naves detrás de ti. Me mentiste de cabo a rabo con respecto a la coartada de John Carver Billings.

—John Carver Billings, segundo —me enmendó con una sonrisa.

—Segundo —admití—. Mentirme a mí es una cosa… Mentir a la policía, algo muy diferente.

—Escúchame, Donald —dijo la muchacha—, pareces un buen muchacho. Tú eres detective. Esto hace que siempre sospeches de todo el mundo. Viniste a verme y dijiste que yo mentía a fin de proporcionar una coartada a John Carver Billings, segundo. Yo seguí la jugada para averiguar lo que tú tenías que decir.

—Cuando te interrogué, no sabías ya por dónde ibas y no me pudiste dar una explicación que tuviera pies ni cabeza.

Estalló en una carcajada, como si todo aquello la divirtiera lo indecible.

Se acercó al sofá, apoyó suavemente una mano en mi hombro y dijo cariñosamente:

—Donald: ¿por qué no dejas de portarte como un muchacho?

—Soy mayor de edad.

—No puedes competir con el dinero y la influencia… Por lo menos, no en esta ciudad.

—¿Y quién tiene el dinero? —pregunté enojado.

—En este preciso instante es John Carver Billings, segundo, el que tiene el dinero —contestó la joven.

—Está bien, ¿y la influencia?

—Contestaré también a esta pregunta: John Carver Billings.

—Te has olvidado del «segundo» —comenté con sarcasmo.

—No, no me he olvidado.

—¿Quieres decir…?

—Quiero decir John Carver Billings, el viejo.

Reflexioné sobre estas palabras.

—Te metiste donde no te llamaban —dijo—. Has hecho cosas que no debiste hacer. Dijiste cosas que hubiese sido mejor callar. ¿Por qué no te desentiendes del caso, Donald?

—Porque yo no soy de los que abandonan.

—Has perdido quinientos dólares, te has puesto a mal con la policía, tiene orden de detención contra ti… ¡En buen lío te has metido…! Pues bien, si fueras sensato tratarías de arreglar este asunto. La policía retiraría la orden de detención, te pagarían el cheque de quinientos dólares y todo sería, para ti, de color rosado.

—¿De modo que insistes en esa historia de la coartada?

—Jamás la he abandonado.

—Frente a mí, sí.

—Eso es lo que tú dices.

—Tú sabes que fue así.

Ella dijo, con acento soñador:

—John Carver Billings, segundo, Sylvia Tucker y yo contamos la misma historia. Ahora pretendes que a ti te dije algo diferente. Lo niego. John Carver Billings, segundo, dice que intentaste hacerle víctima de un chantaje. La policía afirma que tratas de obtener alguna información a fin de hacer víctima de un chantaje a un cliente tuyo. No has procedido de un modo astuto, Donald.

—¿De modo que habéis decidido pagarme para que calle?

—No. He decidido cobrar para decir lo que ya sabes.

—No te servirá de nada, Millie; no lo intentes —le rogué.

—Tú ocúpate de tus asuntos; yo, de los míos.

—Millie, no puede ser, no irás muy —lejos así. Tan pronto como comencé a hacerte preguntas, se derrumbó toda la historia que habíais construido.

—Trata de interrogarme ahora.

—¿Y de qué serviría que volviese a atraparte en contradicciones? Posiblemente serías más precavida y conseguirías colocarme tus mentiras con más éxito.

—He aprendido mucho últimamente, Donald. ¿Por qué no

aprendes tú también?

—Estás tratando con un grupo de aficionados —le dije—. Creen que lo pueden arreglar todo por si solos. Tú eres una muchacha bonita, Millie. Me molesta verte metida en este lío. Puedes salir muy mal parada.

—Yo creo que eres tú el que saldrá mal parado.

Me dirigí a la puerta y dije, enojado:

—Ya veremos quién sale perdiendo en todo esto.

Se acercó a mí corriendo.

—No te vayas tan enfadado, Donald.

La empujé hada un lado.

Me echó los brazos al cuello.

—Escúchame, Donald, eres un muchacho simpático. No me gusta verte metido en un aprieto. Te enfrentas con poder, dinero e influencias. Te aplastarán y te arrojarán a un lado. Quedarás desacreditado, perderás tu licencia… Donald, por favor… Yo puedo ayudarte. Les dije que arreglaran tu asunto, ya que, en caso contrario, no continuaría el juego. Me lo han prometido.

—Millie, estudiemos la situación desde el punto de vista de la lógica más fría. A John Carver Billings, segundo, le ha costado casi mil dólares construirse una coartada, y esto sin tomar en consideración lo que te han pagado a ti. Tengo la impresión de que Sylvia no ha recibido mucho dinero, ya que son amigos. La primera vez te dieron doscientos cincuenta dólares. La segunda vez habrá sido mucho, muchísimo más. Te has comprado vestidos y maletas. Vas a emprender un viaje, tal vez a Europa.

—Está bien —dijo ella acalorada—, me mandaron llamar. Me han dado dinero, mucho dinero, y me han ofrecido su protección. Son influyentes, muy influyentes. No voy a Europa. Voy a Sudamérica. ¿Sabes lo que representa para mí?

—Pues claro que lo sé —dije—. Vas a prestar una declaración por escrito y luego emprenderás un largo viaje por mar, lejos del alcance, al menos por el momento, de los tribunales. Sólo podrán interrogarte a través de los consulados norteamericanos. Y tú…

—No es esto —me interrumpió—. Lo miras desde tu punto de vista personal; yo, desde el mío. ¿Sabes lo que significa, cuando una muchacha llega a la ciudad, tener que valerse por sí misma? No hay ninguna dificultad en conocer chicos… para pasar el rato. Es lo

único que quieren: pasar el rato.

»Al principio, te gusta el plan. Por primera vez en tu vida puedes disponer de ti misma, con todo lo que eso significa. Eres una persona independiente y libre. Posees un departamento, eres tu propio dueño y señor, haces tu propia vida. No tienes que pedir nada a nadie. O esto es lo que crees. Piensas que todavía te queda mucho tiempo por delante para tomar la vida más en serio. Tienes trabajo, y te pagan regularmente el sueldo. Puedes comprarte vestidos y hacer lo que te parece cuando tienes deseos de hacerlo.

»Durante un tiempo, esta sensación es maravillosa, pero luego desaparece el azúcar que cubría la píldora y el contenido es amargo.

»No eres independiente. Eres un eslabón más en la cadena de la maquinaria social y económica. Sólo puedes llegar a un nivel pero no rebasarlo. Si tienes deseos de divertirte, puedes llegar a conocer a infinidad de muchachos. Si quieres algo más, tienes que detenerte.

»Al cabo de algún tiempo, empiezas a pensar en una vida con mayores seguridades. Comienzas a pensar en un hogar, en niños, en… ser una persona respetable. Deseas un hombre a quien amar y respetar, a quien puedas dedicar tu vida. Deseas tener hijos y educarlos. Deseas tener un marido y un hogar.

»Pero no encuentras a nadie que quiera casarse contigo y formar un hogar. Estás señalada como una muchacha con la que se puede pasar un buen rato. Te has divertido, y esto es ahora un estigma. El pequeño y feo contable se casa con la joven tímida del departamento de archivos. Pero a ti no se te declaran, sino que te hacen proposiciones deshonestas. Todos los camareros te conocen y te señalan con el dedo…

»Todos los hombres casados de la oficina te hacen insinuaciones cuando tienen un momento libre. El jefe te da palmaditas, te cuenta chistes subidos de tono y está convencido de que es muy perverso. Encuentras a una infinidad de tipos que sólo miran las apariencias y que te juran que son solteros. Después de la quinta copa, sacan una cartera, y te enseñan las fotografías de su mujer y sus hijos.

»Voy a emprender un largo viaje por mar, Donald. Nadie sabrá de mí, ni de mi pasado; llevaré buenos vestidos. Seré una mujer elegante e interesante. Me sentaré en una silla en cubierta y tendré todo el día para observar a los pasajeros.

—¿Para echarle la soga al cuello al primero que se te presente?

—No tengo tanta prisa —dijo la joven—. No he caído tan bajo todavía, pero si encuentro a alguien que me interese y que yo le interese a él, y si me ofrece la oportunidad de hablarle y averiguar qué clase de hombre es, lo que espera de la vida, entonces…

»Ahora suele ocurrir que me presentan a un muchacho apuesto y simpático. Me invita a cenar. Corro a casa, tomo una ducha, me pongo mi mejor vestido y me maquillo a conciencia con los colores de guerra. Vamos a cenar. En el curso de los diez primeros minutos se revela ya todo lo que desea y espera de mí. A partir de ese momento, siempre es lo mismo: resulta que es un comerciante de Los Ángeles, que está casado y tiene dos hijos. Está loco por su familia, pero se cree irresistible y quiere que se lo confirme.

»Me agradará pasar *una tarde*, alguna vez, con un hombre. Me gustará, también visitar y conocer a otras personas. Deambular por Río de Janeiro y recorrer las tiendas en compañía de un hombre interesante, cuyo objetivo no sea siempre el mismo.

—Lo que sucede es que has estado leyendo los folletos de las compañías de navegación, en donde aparecen hermosas muchachas apoyadas contra la borda de lujosos barcos a la luz de la luna, en aguas tropicales, felices parejas bailando al son de una música romántica. Tú…

—¡No, Donald! —exclamó ella, riendo—. Me robas todas las ilusiones.

Su risa sonó algo extraña. La miré. Las lágrimas se agolpaban a sus ojos.

—¡Vamos, vamos, Millie! Te comprendo. Sólo has encontrado hombres como los que acabas de describir. Claro, estás marcada. Pero, ¿por qué no te marchas a otra ciudad, buscas un nuevo empleo y entablas nuevas amistades donde nadie te conozca?

—¡No sigas! —me interrumpió—. Tendría que renunciar a todo. Comencé con un sueldo bueno para morirme de hambre y me sentía sola, terriblemente sola. Necesito hacer algo, Donald. Quiero ver mundo. Quiero conocer gente. Quiero acción y variedad. No quiero hundirme en el barro. No quiero morirme de aburrimiento en casa. Quiero ver buenos espectáculos, oír buena música, bailar en los lugares más elegantes. Quiero rodearme de lujo.

—No lo tendrás si careces de las relaciones necesarias o de dinero.

—Sí, lo tendré, viajando en primera.

—Estás construyendo castillos en el aire, Millie. Y no puedes irte, créeme. A la postre, te encontrarás con una denuncia por perjurio.

—No me des una ducha de agua fría, Donald. Tengo una cita con la Fortuna. Y voy a acudir a ella. Muchas veces en mi vida me he sentido tentada de no hacer cosas que deseaba hacer, y luego ocurría que sucedían muchas cosas, pero ninguna de aquellas que yo había temido que pudiesen suceder… Si no se hace algo que se desea hacer, puede afirmarse rotundamente que no se ha hecho. Esto es definitivo e inapelable y probablemente algo que luego lamentaremos. Si se hace aquello que se desea, podemos metemos en un lío, pero meterse y salir de él es mejor que encerrarse entre cuatro paredes y no dejarse ver durante toda la vida… Donald, esta vez pienso llevar a cabo lo que deseo. Salgo para Río de Janeiro.

—¿Cuándo? —pregunté.

Ella sonrió.

—El cuándo y el cómo son secretos que no me está permitido discutir, pero voy a emprender el viaje y te sorprendería saber lo pronto que va a ser.

—Está bien —le dije—. Será tu funeral.

—Estás en un error —replicó—. Mi boda.

—Mándame una invitación, ¿quieres?

—Te la mandaré, Donald… ¿Donald?

—¿Qué hay?

—¿Estás casado?

Sus labios esbozaban una ansiosa sonrisa.

—No —contesté, y abrí la puerta.

—Estaba convencida de ello —dijo mientras yo salía al corredor.

Fui a las oficinas de la Western Union y mandé este telegrama a Elsie Brand:

Sólo me interesan los asesinatos. Punto. Olvida otros crímenes. Punto. Las apuestas son demasiado elevadas para algo de menor importancia. Punto. Responde urgente.

capítulo diez

TOMÉ una taza de café y después me dirigí a la oficina de telégrafos.

Allí tenían un telegrama para mí. Decía:

Ningún asesinato cometido, pero uno amenaza en el despacho. Punto. Te habrás enterado de lo tocante a Maurine. Punto. ¿Puede ser ésta la respuesta o es demasiado sencilla? Punto. Cariños. Punto. Elsie.

Estaba metiéndome el telegrama en el bolsillo, cuando el empleado me dijo:

—Espere un momento, Mr. Lam; aquí llega otro telegrama para usted. Éste es más largo.

Me senté y esperé que un empleado pegase sobre un papel azul la tira del teletipo.

Cuando me lo entregaron, observé que el empleado me miraba con curiosidad, con aquella expresión de curiosidad que el público dedica a los famosos criminales, detectives particulares y prostitutas.

—Firme aquí —me dijo.

Firmé.

El mensaje decía lo siguiente:

Para tu información, G. G., que se esfumó del hospital, viaja a bordo avión United Airlines. Punto. Vuelo número seiscientos sesenta y cinco que sale de Los Ángeles a las tres de la tarde y llega a San Francisco a las cuatro y treinta de hoy. Punto. Viaja con el nombre de George Granby y cree que nadie lo sabe. Punto. La supe por un conocido que me dijo por teléfono; por lo tanto,

guarde secreto. Punto. Bertha explota cada quince minutos como si fuera el «Viejo Fiel», el «geyser» de Yellowstone. Punto. Imposible sacar dinero caja de la oficina, te mando empréstito de mis ahorros. Punto. Son los últimos. Punto. Saludos a Sylvia. Punto. Tuya, Elsie.

—¿Tiene algún documento para demostrar su identidad? —me preguntó el empleado—. ¿Una tarjeta comercial, su licencia de conducir o algo por el estilo?

Le mostré mi carnet de conductor y mi licencia como detective privado.

—Firme aquí —dijo.

Firmé.

Comenzó a contar el dinero. Trescientos cincuenta dólares en billetes de veinte y diez dólares. Uno de los espectáculos que más alegría me han producido en esta vida.

El avión en que viajaba Gabby Garvanza ya debía de haber llegado. Confeccioné una lista con cinco de los mejores hoteles y comencé a llamar, preguntando si habían registrado el nombre de George Granby.

A la tercera llamada me sonrió la suerte. Había un cliente que respondía a aquel nombre, y en aquel momento estaba en el hotel.

Esperé con el auricular pegado en la oreja hasta oír una voz hosca que preguntó:

—¿Quién es?

—Quiero hablar del caso de Maurine Auburn. Soy un detective particular de Los Ángeles. La policía ha extendido orden de detención contra mí. Quiero hablar con usted.

Gabby Garvanza hizo honor a su fama de ser un hombre en extremo taciturno:

—Venga a verme —dijo, y colgó el auricular.

Tomé un taxi, di la dirección del hombre y subí a la habitación sin hacerme anunciar.

—Adelante —respondió una voz ruda cuando llamé a la puerta.

Dudé.

—Entre, la puerta está abierta.

La habitación parecía estar vacía.

Penetré en el cuarto sin ver a nadie.

Súbitamente, la puerta se cerró detrás de mí. Un individuo que tenía aspecto de gorila y que se había mantenido oculto tras la puerta, se aproximó a mí.

En aquel momento se abrió la puerta que conducía al cuarto de baño y un individuo de tez cetrina que evidentemente era Gabby Garvanza se aproximó por el otro lado.

—Manos arriba —ordenó el gorila.

Levanté las manos.

Era un hombre alto y robusto, con orejas en forma de coliflor y un rostro lleno de cicatrices. Me cacheó con rapidez, pero a conciencia.

—No lleva armas —dijo.

—Siéntese —ordenó Gabby Garvanza—, y dígame quién es usted y qué diablos desea.

Me senté y dije:

—Estoy interesado en averiguar lo que le ocurrió a Maurine Auburn.

—¿Y quién no?

—Soy detective particular. Estoy trabajando en un caso.

Le alargué una tarjeta.

Sin apenas mirarla la puso a un lado, pero lo pensó mejor, la tomó de nuevo, la leyó y se la metió en el bolsillo.

—Tiene usted valor, Lam.

No dije nada.

—¿Cómo dio conmigo?

—Soy detective.

—Eso no me dice nada.

—Piénselo mejor y verá que sí.

—No me gusta pensar. Hágalo usted…, pero en voz alta.

Negué con un movimiento de cabeza.

—Suponía que nadie estaba enterado de mis pasos —continuó Gabby—. Si tan fácil es dar conmigo, quiero saber a qué atenerme.

—Estoy aquí, de modo que esto le indica ya lo fácil que es.

—¿Cómo?

—No lo sé. Sólo sé que tengo amigos en todas partes. Ellos saben que no los descubrirá.

—Levanta usted mucho el gallo, para ser tan joven —dijo riéndose—. Me gusta su coraje.

—Gracias.

—¿Cuál es su problema? —preguntó Gabby al cabo de unos instantes.

—Se trata de John Carver Billings, segundo, el hombre que dice que acompañó a Maurine cuando abandonaron el local donde estaban celebrando una fiesta.

—Siga.

—Eso es todo.

Movió la cabeza.

—Me interesa saber dónde estuvo John Carver Billings aquella noche.

—¿Y qué le impide averiguarlo?

—Nada.

—Averígüelo, pues.

—Esto es lo que estoy haciendo.

—No irá muy lejos por ese lado.

Sonreí y encendí un cigarrillo.

El guardaespaldas miró a Gabby, preguntándole con los ojos si tenía que arrojarme de cabeza por la ventana o sacarme a puntapiés al pasillo.

Apagué la cerilla de un soplo y dije:

—El joven Billings dice que encontró a Maurine, que luego salieron juntos y fueron a un club nocturno, que ella lo dejó plantado, con la excusa de ir a empolvarse.

—¿Le gusta esta versión? —preguntó.

—No.

—Continúe —me invitó.

—Tal como yo lo veo, Maurine Auburn iba acompañada por amigos que saben andar solos por el mundo. Ellos la protegían. El joven Billings cuenta la bonita historia de que separó a la joven de la compañía de unos amigos con quienes ella estaba, como si se tratase de una secretaria cualquiera que hubiera salido con unos empleadillos de la oficina.

—Continúe pensando, pero en voz alta.

—De modo que me molestaría ver al joven Billings envuelto en algo que él no ha hecho…, algo que era incapaz de hacer… Y me pregunto si usted ha venido aquí para interrogarlo a este respecto.

Gabby Garvanza volvió a reír.

Yo callé.

—Continúe —dijo Garvanza.

—Nada más.

—Ahí está la puerta.

Disentí con un movimiento de cabeza y dije:

—Quiero saber si tiene usted la intención de interrogar al joven Billings, si es éste el motivo por el cual ha venido a esta ciudad y si…

—Puedes largarte —me dijo el guardaespaldas.

No me moví de mi sitio.

Gabby Garvanza asintió con un movimiento de cabeza. El guardaespaldas se acercó a mí.

—Tal vez esté en condiciones de hacerle un favor algún día —dije.

—Espera —ordenó Gabby al hombre.

—Hoy no —añadí—. Algún día.

—¿Cuándo?

—Cuando descubra por qué razón un hombre se mete en el fuego para escapar de las brasas.

—¿Y por qué habría de hacerlo?

—Sólo por una razón…, para huir del fuego.

—¿Qué fuego?

—Esto es lo que trato de averiguar.

—Cuando lo descubra, puede quemarse los dedos.

—Ya me los he quemado muchas veces. Gasto guantes.

—No los veo.

—Me los quité para venir aquí.

—Así parece.

Gabby Garvanza meditó. Luego dijo:

—No tiene usted la menor idea de lo poco que me interesa ese Billings.

—Su versión parece indicar que pudiera tal vez interesarle.

—Su versión es falsa.

—¿No lo cree, pues?

—Es usted un ingenuo. Un imbécil cualquiera de Hollywood viene y le dice que se metió en la guarida de un león, agarró un pedazo de carne de caballo, dio un par de bofetones al león y luego se marchó tranquilamente. Vaya usted luego a preguntarle al león si

eso es cierto…

—¿Es usted el león?

Gabby me miró de hito en hito y dijo:

—Pregunta usted demasiado, pero su aplomo me interesa. Ya le he dicho todo lo que tengo que decirle. Ahora, largo de aquí.

El guardaespaldas abrió la puerta.

Salí.

Mientras bajaba en el ascensor me dediqué a reflexionar. John Carver Billings, segundo, debía de haber elegido un asesinato del que podía salir airoso para no verse mezclado en otro, del que no pudiera salir tan bien parado.

No se tenía noticia de ningún asesinato cometido aquel día en la ciudad de San Francisco. Pero yo estaba convencido de haber omitido algo. Decidí comprobar la lista de desaparecidos. Tal vez descubriera que alguien había desaparecido la noche del martes.

Llamé a nuestro agente de San Francisco, le dije que no me podía dejar ver y que consultase la lista de personas desaparecidas durante la noche del martes. Le dije que le llamaría más tarde para recoger la información.

capítulo once

LA Prensa de la noche me ahorró la molestia de tener que pedir a nuestro agente el informe correspondiente. Leí, los periódicos y encontré la respuesta…, o al menos creí encontrarla. Era la única que podía hallar.

Un tal George Bishop, un hombre adinerado que poseía minas, había abandonado San Francisco el martes por la noche para dirigirse a una de sus propiedades situada en el norte de California.

Nunca llegó al punto de su destino.

Los periódicos informaban de que su *Cadillac* había sido encontrado a primeras horas de la mañana con señales de haberse despistado, al borde de la carretera que pasa por Petaluma. En el asiento delantero, a la izquierda, se veían huellas de sangre, y también en la parte interior del parabrisas.

Gracias a estas indicaciones, los agentes de policía determinaron que el coche llevaba allí por lo menos cuatro o cinco días, incluso tal vez más tiempo. A juzgar por las circunstancias que rodeaban el caso, la policía sospechaba que Bishop había sido asesinado y robado por uno o más desconocidos a los que había permitido subir al coche durante el camino, pagándole de este modo su amabilidad.

Era sabido que Bishop solía llevar grandes cantidades en efectivo cuando emprendía uno de sus viajes de negocios. Había partido con intención de conducir durante toda la noche a fin de llegar a su mina de la región de Siskiyou a primera hora del miércoles.

En el departamento para equipajes del coche se encontró una maleta y una cartera de piel, ambas muy lujosas, que contenían efectos personales de Bishop y artículos de aseo. La esposa de Bishop había identificado tales objetos.

La policía buscaba activamente el cuerpo de Bishop por las cercanías de donde había sido encontrado el coche. A juzgar por la

disposición de las huellas de sangre, se presumía que la muerte fue causada por disparos efectuados desde el asiento posterior del vehículo. Esto dejaba suponer a la policía que Bishop había permitido subir a su coche a más de un individuo, ya que de haberse tratado de uno solo, éste se habría sentado al lado de Bishop. Por el contrario, siendo dos o tres, resultaba lógico que ocupasen también el asiento trasero.

Por la naturaleza de las huellas de sangre, la policía no estaba convencida de que hubiese habido una sola víctima. El experto en homicidios afirmaba que por lo menos el que iba sentado al lado del conductor había sido muerto o gravemente herido.

Al reconstruirse el viaje de Bishop, la policía sacó la impresión de que el cuerpo había sido arrojado del coche, y luego los asesinos habrían continuado durante una corta distancia, ya que no se encontraba ninguna huella del cadáver de Bishop cerca del lugar donde había aparecido el coche.

La búsqueda más intensa se efectuaba a lo largo de la carretera principal. Se opinaba que los asesinos se habían desprendido lo antes posible del cadáver y luego habían conducido el coche al camino vecinal, donde había sido encontrado. Los asesinos no habían querido correr el riesgo de efectuar un largo viaje con un cadáver en el interior del coche. Éste era el razonamiento de la policía.

El periódico publicaba una fotografía de la esposa de Bishop en el momento en que ésta identificaba el contenido de las maletas. La fotografía revelaba que era una mujer agraciada y, a pesar de que «se sentía dominada por la pena», había tenido buen cuidado de colocarse de un modo atractivo ante la cámara, o el fotógrafo había sido lo bastante hábil para hacerle adoptar una actitud que la favoreciese.

La dirección de Bishop era Berkeley, y decidí echar una ojeada por mi cuenta al lugar.

Bertha hubiese aprobado mi economía. Intentaba gastar lo menos posible del dinero que me había prestado Elsie Brand.

Tomé, pues, el autobús.

Éste me dejó a tres manzanas del lugar, y cuando llegué allí vi dos coches de la policía estacionados frente a la casa. Esperé durante casi media hora, dando vueltas por la vecindad.

Se trataba de una lujosa mansión, que ocupaba con sus jardines media loma, con piscina y un pequeño precipicio en el que habían sido arrojadas toneladas de piedra para rellenarlo.

Consideré que aquella mansión valía sus buenos setenta y cinco mil dólares, y todo daba la impresión de que se iba a invertir más dinero en la finca.

Al cabo de media hora, se marchó el último de los coches. Cuando desapareció de mi vista, por el recodo de la carretera, me encaminé directamente a la puerta principal y llamé al timbre.

Una muchacha de color abrió la puerta.

No perdí el tiempo. Me llevé negligentemente la mano a la solapa izquierda de la chaqueta.

—Dígale a la señora Bishop que quiero hablar con ella —dije, y me colé sin quitarme el sombrero.

—Está muy cansada —me contestó la doncella.

—Y yo también —dije y, todavía con el sombrero puesto, penetré en el vestíbulo y me senté en un ángulo de una mesa de caoba.

Estaba convencido de que nadie podría acusarme jamás de haber pretendido pasar por un agente. Me imaginaba muy bien el enojo de la policía si alguna vez la doncella era llamada a declarar y decía: «Sí, supe que era un policía por su manera de actuar. No me dijo nada. Se limitó a entrar en la casa con el sombrero puesto, y por ello adiviné que se trataba, con seguridad, de un agente».

La mujer que entró en la estancia tres minutos más tarde estaba tan cansada, que parecía a punto de sufrir un desvanecimiento.

Llevaba un sencillo traje negro con un escote en forma de V que subrayaba la alabastrina suavidad de su tez. Era morena, de ojos alargados, buen tipo, de unos veinticinco años.

—¿De qué se trata? —preguntó sin molestarse siquiera en levantar la mirada hacia mí.

—Quiero ver a alguno de los socios de su esposo.

—Han preguntado ya por ellos cerca de una docena de veces.

—¿Conocía a una persona llamada Meredith? —pregunté.

—No sé. Nunca le oí pronunciar ese nombre… ¿Hombre o mujer?

—Hombre.

—No creo haberle oído hablar nunca de ningún Meredith.

—¿Y Billings? —pregunté.

—Por cuestión de segundos creí adivinar un brillo extraño en sus ojos, luego dijo con voz apagada:

—Billings… El nombre me es familiar… Es posible que George lo mencionase alguna vez.

—¿Puede decirme algo de este viaje?

—Pero si ya lo he repetido centenares de veces…

—No a mí.

—¿Y qué es lo que le interesa a usted saber?

—Trato de resolver este caso. Quiero evitarle una serie de complicaciones.

—Todavía no sabemos si realmente hay un caso —dijo la mujer —. No han encontrado… nada para justificar sus conclusiones… Tal vez George esté trabajando en algún negocio secreto y trate de pasar lo más inadvertido posible.

Esperé hasta que levantó la mirada de la alfombra. Entonces le dije:

—¿Cree usted seriamente en lo que está diciendo, señora Bishop?

—No —respondió.

Empezó a bajar los ojos, pero súbitamente los elevó hacia mí.

—Continúe —dijo, y esta vez adiviné claramente que salía de su sopor mental.

—¿Posee una mina en el norte?

—En el condado de Siskiyou.

—¿Una mina que da rendimiento?

—No sé nada de sus negocios.

—¿Y partió el martes?

—Así es. Alrededor de las siete y media de la tarde.

—¿No era muy tarde para emprender un viaje en coche?

—Tenía el proyecto de conducir la mayor parte de la noche.

—¿Acostumbraba recoger a desconocidos por la carretera?

—Siempre están ustedes preguntando lo mismo y lo mismo. ¿Quién es usted?

—Me llamo Lam —y le dirigí rápidamente otra pregunta, antes de que tuviera tiempo de reflexionar sobre mi respuesta—. ¿Qué le dijo a usted antes de partir?

Pero no cayó en la trampa que le tendía. Sus ojos quedaron fijos

en mí.

—¿Y qué cargo tiene usted, Mr. Lam?

—Su marido estaba ausente de la casa durante largos períodos, ¿no es cierto?

—Pregunté qué relación tiene usted con la policía.

—Ninguna en absoluto. Pero si usted contestara a mis preguntas, Mrs. Bishop, en lugar de hacerlas, iríamos más de prisa.

—Y si usted contesta a mi pregunta en lugar de dirigirme otras, terminaremos esta entrevista mucho más rápidamente de lo que se imagina —dijo enojada y despierta del todo—. ¿Quién es usted?

Comprendí que no estaba dispuesta a continuar hasta que yo hubiese contestado. De nada servía en aquellos momentos tratar de eludir su curiosidad con evasivas.

—Soy Donald Lam, detective privado de Los Ángeles. Estoy trabajando en un caso que, según creo está en cierto modo relacionado con éste. Y me puede servir de ayuda.

—¿De ayuda para quién?

—Para mí.

—Ya me lo imaginaba.

—Y tal vez también para usted.

—¿En qué sentido?

—El que sea usted hermosa no es señal de que sea también estúpida.

—Gracias, pero puede ahorrarse todo esto.

—Su marido era rico.

—¿Y qué importa?

—Los periódicos dicen que tenía unos cincuenta y seis años.

—En efecto.

—Usted es, evidentemente, su segunda esposa.

—No permito que nadie se inmiscuya en mis asuntos personales. Puede usted marcharse.

—Apuesto a que hay un seguro —continué impertérrito—. Si es usted lo bastante torpe para imaginarse que la policía no ha sospechado que tiene usted un amante joven y que ha intentado deshacerse de su maduro esposo para poder heredar y vivir su vida con el muchacho a quien ama, allá usted.

—Supongo, Mr. Lam, que todo esto lo dice para intimidarme a fin de que le contrate con un sueldo bastante elevado, ¿no?

—Se equivoca usted.

—¿Qué es lo que se propone, pues?

—Estoy trabajando en otro caso. Creo que su solución tiene mucho que ver con su esposo y con lo que pueda haberle ocurrido. ¿Está usted interesada?

—No —dijo, pero no parecía tener intención de abandonar la estancia.

—Si es usted culpable de algo, no se quede ahí para responder a mis preguntas. Aquí hay un teléfono. Si algo le pesa en su conciencia, llame a un buen abogado y cuénteselo todo, pero a nadie más.

—¿Y si no soy culpable de nada?

—Si usted no es culpable de nada, si no teme que la policía pueda averiguar algo, hable conmigo y tal vez yo sea capaz de ayudarla.

—Si no soy culpable de nada no necesito ayuda de nadie.

—Esto demuestra lo optimista que es usted. Cuando no tenga nada que hacer, tome el libro de Borchard *El inocente convicto*, y lea los sesenta y cinco casos de declaraciones falsas de culpabilidad que constan en el mismo, y se convencerá…

—No tengo tiempo para leer.

—Lo tendrá.

—¿Qué trata de insinuar?

—Si no se muestra un poco más precavida, es posible que pase muchas horas aburridas en una celda.

—Esto es una nueva y vulgar tentativa para asustarme.

—Lo es —admití.

—¿Por qué lo hace, si no quiere dinero?

—Lo que quiero es información.

—Y, sin embargo, usted mismo dice que no revele nada a nadie, que llame a mi abogado.

—Sólo si es usted culpable.

—¿Qué más desea saber, señor Lam?

—Garvanza —dije—. ¿Oyó pronunciar alguna vez este nombre a su marido?

Ahora no podía haber equívoco posible en el brillo de sus ojos; luego, su rostro volvió a ser impenetrable.

—Garvanza —dijo lentamente—. He oído pronunciar este

nombre en alguna parte.

—¿No le habló nunca su esposo de Garvanza?

—No, no recuerdo que lo hiciera. Raramente hablábamos de negocios. No estoy segura de si él conocía o no al señor Garvanza.

—Cuando mencioné el nombre de Meredith, quiso usted saber si era hombre o mujer. Cuando he pronunciado el de Garvanza, no ha dudado un segundo si era señor, señorita o señora Garvanza.

—O el pequeño Garvanza recién nacido —observó ella, sarcástica.

—Exacto.

—Temo que usted y yo no nos entenderemos, señor Lam.

—No veo razón alguna que lo impida. Creo que nos entendemos perfectamente.

—No opino lo mismo.

—Una vez que haya usted superado esta actitud de pretendida indignación con que quiere disimular el resbalón que ha cometido cuando yo pronuncié el nombre de Garvanza, creo que llegaremos a entendernos perfectamente.

Sus ojos color de pizarra me estudiaron durante cinco o seis segundos, que se me antojaron interminables minutos. Finalmente, dijo:

—Sí, señor Lam. Conocía a Gabby Garvanza. No sé hasta qué punto. Le oí hablar de él, y cuando leyó en los periódicos que habían atentado contra Garvanza en Los Ángeles, se quedó muy preocupado. Lo sé. George trató de ocultármelo, pero yo lo adiviné. Bien, ahora ya he respondido a su pregunta. ¿Qué más quiere saber?

—Veo que se ha vuelto más sensata. ¿Vino alguna vez Garvanza a visitarlo aquí, a su casa?

—Oí mencionar el nombre de Garvanza a mi marido. Y sabía que él lo conocía. No sé exactamente cuándo atentaron contra Garvanza… Déjeme recordar… Fue el jueves antes de que mi marido desapareciera. Estaba leyendo el periódico y de pronto lanzó una exclamación de asombro, un grito medio ahogado. Estábamos desayunándonos. Levanté la mirada y supuse que se había atragantado. Tosió y tomó un sorbo de café: continuó tosiendo, fingiendo que, efectivamente se había atragantado.

—¿Y qué hizo usted?

—Fingí creer su comedia. Me levanté y le di unos golpecitos en la espalda, le aconsejé que agachara la cabeza entre las rodillas, y cuando dejó de toser me sonrió y me dijo que se había atragantado.

—¿Usted sabía que estaba mintiendo?

—Desde luego.

—¿Y qué más?

—Cuando él se hubo marchado al despacho, doblé el periódico en la misma forma que él lo había estado leyendo y busqué la noticia que podía haberle alarmado. Comprendí que había sido la noticia referente al atentado contra Gabby Garvanza, un tahúr de Los Ángeles. No podía imaginar por qué aquello había podido sobresaltar de tal forma a George. El periódico decía que Garvanza se restablecía de sus heridas. Adiviné que algo estaba atormentando a George durante el domingo por la noche y el lunes. Cuando me dijo que iría a la mina el martes por la noche, tuve la seguridad de que el viaje estaba relacionado en alguna forma con lo que tanto le preocupaba. Comprenda, Mr. Lam; no tengo prueba alguna de todo lo que le digo. Se trata de intuición femenina y no sé por qué le estoy contando todo eso.

—Probablemente porque acerté al decirle que tenía usted un amante joven —dije—. Por consiguiente, le gustaría tener este asunto arreglado antes de que la policía comience a investigar.

—No comprendo cómo no le abofeteo a usted por las cosas que dice. A veces… no sé… parece usted sincero.

—No ha contestado usted todavía a mi pregunta.

—No, Mr. Lam. Está en un error. No tengo ningún amante y no me importa en absoluto lo que pueda investigar la policía.

—¿Y qué hay con respecto a su pasado?

Sus ojos se clavaron de nuevo en los míos.

—Eso ya no me agradaría tanto.

—¿Vulnerable?

—No pienso responder. Sea como fuere, le he dado toda la información que poseía porque creo que tal vez está usted sobre la pista verdadera. A pesar de que la policía no ha comenzado a sospechar de mí, no pasará mucho tiempo antes de que lo haga, y prefiero evitar esta fase del caso. Mi marido firmó un seguro a mi nombre hace seis semanas.

—¿Se lo ha dicho a la policía?

—No me lo han preguntado.

—Háblemе de esa mina del condado de Siskiyou.

—Pertenece a una de las empresas de mi marido. Posee diversas compañías.

—¿Dónde está situada?

—En el valle de Seiad. Es un lugar salvaje, al norte del condado de Siskiyou.

—¿Qué pasa con esa mina?

Sonrió. Su voz era la de una madre paciente.

—Trabaja gente en la mina. El mineral es cargado en vagonetas y transportado al ferrocarril. Lo cargan en vagones descubiertos y pasa a las fundiciones.

—¿Otra de las empresas de su esposo?

—Sí, él la supervisa.

—¿Y luego qué pasa?

—Ésta cotiza la cantidad de mineral.

—¿Grandes cantidades?

—Creo que sí. Mi marido gana mucho dinero.

—¿Quién lleva las cuentas de su esposo? ¿Tiene una oficina?

—No, mi marido no tiene una oficina en el sentido convencional de la palabra. Es un minero. Tiene la oficina bajo su sombrero. Sus cuentas las lleva un hombre especializado en impuestos… un tal Hartley L
. Channing. Encontrará su dirección en la guía telefónica.

—¿Sabe algo más que pueda serme de utilidad?

—Una cosa. Mi marido era terriblemente supersticioso.

—¿En qué sentido?

—Creía en el azar a ojos cerrados.

—Eso les ocurre a la mayoría de los mineros.

—Pero en mi marido llegaba a la superstición. No importa cuántas minas abriera o cerrara. Una de ellas, generalmente, la más productiva, tiene que llamarse *La puerta verde*, y así consta en los libros.

Reflexioné sobre estas últimas palabras. En San Francisco había un salón de juego conocido por *La puerta verde*. Me pregunté si ella y su marido estaban enterados de esto. Tal vez Bishop había tenido suerte cierta noche en el salón de juego y quería relacionar el nombre con sus compañías mineras, en la creencia de que le daría

suerte…

—¿Algo más? —pregunté.

—Pues, sí…, en cierto modo…

—Continúe.

—Cuando mi marido se marchó el martes por la noche, sabía que iba a enfrentarse con un peligro.

—¿Cómo lo sabía usted?

—Siempre le molestaba tener que dejarme sola.

—¿Por qué?

—He tratado de averiguarlo. Acaso porque nos llevamos tanta diferencia de edad… Bien, supongo que en tales casos, un hombre se siente más exclusivista que en otras circunstancias, y él era… un poco más aprensivo que los demás.

—¿Y qué?

—Siempre guardaba un revólver en el cajón de su mesa escritorio. Me había instruido convenientemente en su manejo.

—Prosiga.

—Cuando se marchó el martes por la noche se llevó el revólver consigo. Fue la primera vez que lo hizo al emprender un viaje.

—¿Y tenía la intención de hacer todo el viaje de noche?

—Por lo menos, durante una buena parte de la noche.

—¿Y no le parece lógico que en tal caso se llevara el revólver consigo?

—Las veces anteriores también había viajado de noche, pero jamás llevaba armas. Siempre dejaba el revólver para que yo lo tuviera a mi alcance.

—¿Le dijo su marido que se llevaba el revólver?

—No.

—Entonces, ¿cómo lo supo usted?

—Porque miré en el cajón después de haberse marchado él, y no estaba.

—¿Lo había visto allí hacía poco?

—Dos días antes. Lo sé de cierto.

—¿Sabe usted si su marido lo llevaba encima o lo metió en la cartera?

—No.

—¿Ha identificado el contenido de la maleta?

—Sí.

—¿Cómo, cuándo y dónde?

—Me llevaron a Petaluma. El coche estaba allí.

—¿Era el coche de su esposo?

—Sí.

—¿Dónde lo encontró la policía de Berkeley?

—No. Lo tenían en un local de la jefatura.

—¿Es que hay alguien allí complicado?

—No sea estúpido. Estudian el asunto desde todos los ángulos posibles. Si yo tuviera un amante joven, como usted sugiere, Y hubiese conspirado para quitar a George de en medio, la conspiración hubiese tenido lugar aquí y mi amante estaría a mi lado. Por este motivo trabaja en el asunto la policía de Berkeley. Pretende colaborar con el *sheriff* del condado de Sonoma, pero yo sé perfectamente detrás de qué andan.

—Dígame algo de la maleta.

—Estaba exactamente como yo la empaqueté.

—¿Hacía usted siempre las maletas de su esposo?

—Era una de las obligaciones que acepté cuando me casé.

—¿Desde cuando estaba usted casada con él?

—Desde hace unos ocho meses.

—¿Cómo lo conoció?

—A causa de mi trabajo.

—¿Se lo ofreció él?

Sonrió y denegó con un movimiento de cabeza.

—¿Bishop era viudo?

—No, pero tuvo una primera esposa.

—¿Qué fue de ella?

—Se divorciaron.

—¿Cuándo?

—Cuando ella comenzó a recelar…

—¿Fue un divorcio en toda regla?

—En efecto. En caso contrario, no me hubiese podido casar legalmente.

—Usted no hubiese aceptado, en caso contrario, ¿verdad?

Me miró fijamente a los ojos.

—¿Y usted?

—No sé. Soy yo el que pregunta.

—He mantenido los ojos abiertos durante mucho tiempo y

acepté este negocio con la decisión de jugar limpio, siempre que jugasen limpio conmigo.

—¿Y lo hicieron?

—Creo que sí.

—¿Ha sido usted celosa?

—No.

—¿Por qué no?

—No creo que hubiese motivo para serlo; y aun habiendo motivo, no valdría la pena alterar mi presión sanguínea por algo que no se puede… evitar.

—Está bien —dije—. Volveré a visitarla.

—¿Cuándo?

—No lo sé todavía.

—Para su gobierno le diré que la policía vigila la casa. Parece sustentar la opinión de que se trata de un caso muy oscuro. Y ahora vigilan por si vuelve George o se acerca por aquí otro hombre; me lo han dado a entender.

—En este caso se habrán enterado ya de mi presencia.

—Es muy posible.

—¿Dice usted que las cosas de su marido estaban tal como usted las empaquetó?

—Sí.

—¿No había sacado nada de la maleta?

—No.

—En este caso, ¿nadie ha removido el contenido de la maleta ni de la cartera de mano?

—No lo creo.

—¿Tiene idea la policía de que usted sabe lo que ellos piensan de usted?

—No podría decirlo.

—¿Le han preguntado… con respecto a su vida matrimonial?

—Me han interrogado, pero no sobre este particular.

—¿Cuánto dinero llevaba encima su marido?

—Solía llevar algunos miles de dólares, en un cinturón.

—¿Sabe algo más que pueda ser de utilidad?

—Nada, excepto lo que ya le he contado.

—Gracias —dije, y me dirigí hacia la puerta.

—¿No irá usted a repetir a la policía lo que yo le he contado con

respecto a… Garvanza?

Negué con un movimiento de cabeza.

—A fin de cuentas, sólo se trata de una sospecha…, de una sospecha muy vaga.

—Eso es todo.

—Sin embargo, creo que estoy en lo cierto.

—Y yo también —dije y salí.

capítulo doce

JOHN Carver Billings, segundo, debió de pasar sus buenos dos días de profundas meditaciones antes de dar con la coartada por la cual nos contrató para «que la descubriéramos».

La policía tardó menos de dos horas en rebatirla.

Las últimas noticias transmitidas por la radio anunciaban que la policía de Los Ángeles, un tanto escéptica con respecto a la coartada del joven Billings en el caso del asesinato de Maurine Auburn, había rogado a la de San Francisco que comprobara la veracidad de sus declaraciones.

San Francisco se dedicó inmediatamente a esta labor.

Las dos muchachas habían sido «localizadas» por una agencia de detectives privados que trabajaba para John Carver Billings, segundo, y fueron interrogadas por la policía.

Una de las muchachas se había comprado vestidos nuevos y había emprendido un viaje de vacaciones a América del Sur. De momento, no podía echársele mano. La segunda, Sylvia Tucker, de veintitrés años, empleada como manicura en una peluquería, había intentado al principio mantenerse firme en su declaración; pero cuando la policía le expuso que tenía pruebas concretas de que había estado en San Francisco el martes por la noche, confesó que la coartada era falsa y admitió que ella y su amiga habían sido pagadas generosamente por el hijo del banquero para que testimoniaran haber estado con él el martes por la noche.

Afirmaba ignorar cuáles habían sido las intenciones que había perseguido el joven Billings.

John Carver Billings, segundo, rechazó la declaración de la muchacha insistiendo en que decía la verdad; pero la policía estaba convencida de lo contrario, y el joven Billings se vio apresado en su propia trampa. John Carver Billings, segundo, hijo de un conocido

financiero de San Francisco, se había convertido, por lo tanto, en el sospechoso número uno del asesinato de Maurine Auburn.

Me había puesto ya el pijama en la semioscuridad de mi mísera habitación de hotel, pero después de oír la radio me volví a vestir, llamé un taxi y me dirigí a la vivienda de los Billings.

Las luces estaban encendidas. Frente a la casa había varios coches, tanto de la policía como de la Prensa. De cuando en cuando, veía brillar un relampagueo a través de las ventanas, señal evidente de que los periodistas estaban sacando fotografías.

Pagué la carrera, me oculté entre las sombras y esperé durante mucho rato, hasta que se hubo marchado el último coche.

No tenía la menor idea de si la policía vigilaba o no la casa. No quise arriesgarme. Di la vuelta y probé la puerta posterior.

Estaba cerrada.

La hoja de mi cortaplumas me demostró que la llave estaba en la cerradura. La puerta dejaba una gran rendija en la parte inferior. Había visto un armario para frutas en compota en el porche trasero; lo abrí y exploré los estantes. Estaban recubiertos de papel de embalar, pardo, levanté los jarros de compota, saqué el papel de embalar de uno de los estantes, lo deslicé por debajo de la puerta y luego empujé la llave con la hoja del cortaplumas.

La llave cayó sobre el papel. Suavemente, fui tirando del papel hasta sacar la llave.

Abrí la puerta trasera, volví a colocar cuidadosamente la llave en la cerradura interior, puse de nuevo el papel de embalar en el estante, coloque sobre él las compotas y atravesé en silencio la cocina desierta, en dirección a la parte iluminada de la casa.

No se veía ninguna luz en el amplio comedor, pero en la biblioteca, por el contrario, se distinguía un resplandor débil y varios sillones cómodos.

La puerta que daba de la biblioteca a un despacho, estaba abierta. En el despacho se hallaban dos hombres. Podía oír sus voces bajas.

Durante unos instantes permanecí inmóvil, escuchando.

Era evidente que John Carver Billings, segundo, y su padre sostenían una conferencia en voz baja.

No podía oír lo que estaban diciendo ni tampoco lo intenté.

Un súbito impulso me hizo esperar un momento más dramático.

Me acomodé en uno de los mullidos sillones tapizados de rojo que estaba un poco alejado del centro de la habitación y esperé.

Al cabo de unos instantes, el joven Billings y su padre penetraron en la biblioteca.

Oí al joven Billings decir algo que no pude entender. Su padre respondió con un monosílabo, y luego percibí las últimas frases de Billings, segundo.

—… ese maldito detective.

Sin moverme de mi sitio dije:

—Ya le advertí que se portaba como un enfermo que va a ver al médico para que le recete penicilina.

No podía verlos desde donde estaba, pero el silencio me reveló que se habían quedado petrificados. Luego oí decir al padre:

—¿Quién es? ¿Qué truco es éste?

—Están metidos en un terrible lío —dije—. Veamos si se puede hacer algo por ustedes.

Localizaron mi voz.

El hijo dio la vuelta a la mesa rápidamente, a fin de poderse plantar delante de mí.

—¡Maldito truhán! —gritó.

Encendí un cigarrillo.

El joven Billings dio un paso amenazador.

—Maldito sea, Lam. Éste es el único placer que voy a tener en todo este condenado asunto, puesto que le voy…

—Espera, John —dijo el padre, con voz autoritaria.

—Si ustedes hubiesen puesto las cartas sobre la mesa y desde el principio nos hubieran rogado que los ayudáramos en el caso Bishop, hubiéramos ahorrado mucho tiempo.

El joven Billings, que había adoptado una actitud amenazadora, dio la impresión de que se iba a desplomar.

—¿Qué diablos se propone insinuar usted con eso del caso Bishop?

—Bishop ha desaparecido. Su hijo ha intentado fabricarse una coartada. Tal como veo yo la situación, la respuesta es: George Bishop. Bien, ¿y ahora qué tienen que decirme?

—Nada —respondió el joven Billings, recuperando el dominio de sí mismo—. ¿Cómo ha entrado aquí?

—Por la puerta.

—¿Qué puerta?

—La puerta posterior.

—Mentira, estaba cerrada.

—No lo estaba cuando yo entré —le dije.

—Echa una mirada —dijo el padre, en voz baja pero autoritaria —. Si está abierta, ciérrala, por amor del cielo. No queremos ver entrar y salir a más gente.

El hijo dudó unos instantes.

—Sé que está cerrada, papá.

—Asegúrate bien —dijo el anciano, huraño.

El hijo cruzó el comedor y entró en la cocina. Yo dije:

—Está metido en un lío, pero tal vez lo podamos ayudar, todavía…, si disponemos del tiempo necesario.

Iba a decir algo, pero lo pensó mejor. Guardó silencio y esperó.

—Al cabo de unos instantes regresó el hijo.

—¿Y bien?

—La llave está en la cerradura, papá. Tal vez me olvidé de darle vuelta, pero estaba convencido de haberlo hecho después de haber salido los criados.

—Creo que será mejor que charlemos un momento, John —dijo el padre.

—Si Lam no hubiese hablado con la policía, no habría sucedido nada —dijo John—. Nosotros…

—¡John! —exclamó el anciano con voz crispada.

John guardó silencio, como si la exclamación del padre hubiera sido un latigazo.

Durante unos segundos reinó un profundo silencio. Continué fumando. A pesar de que intentaba dominarme, mi mano temblaba. Deseaba que nadie se diera cuenta. Aquello era hundirse o salvarse; la situación no admitía términos medios. Si llamaban a la policía, estaba listo. Esta vez me acusarían de chantaje. No habría salvación posible para mí.

—Creo que será mejor que tú y yo charlemos un momento, John —repitió el padre, encaminándose al despacho y dejándome solo sentado en la biblioteca.

Luché contra la tentación de marcharme de allí. Ahora que había colocado la apuesta en el centro de la mesa, me preguntaba si las cartas que sostenía en la mano eran las buenas. Si decidían

llamar a la policía, estaba perdido. Si no lo hacían, me vería obligado a trabajar en un caso terriblemente complicado, en el que había muy pocas esperanzas de salir airoso.

A pesar de que el sillón era sumamente cómodo y mullido, me sentía sobre ascuas. El sudor perlaba mi frente y mis manos. Estaba enojado conmigo mismo por tener que hacer esfuerzos para dominar mis nervios…, pero el sudor continuaba.

John Carver Billings, primero, volvió a entrar en la biblioteca y se sentó en un sillón frente a mí.

—Lam, creo que vamos a poder confiar en usted…, después de haber aclarado un punto.

—¿Cuál es?

—Queremos tener la certeza de que las dudas de la policía con respecto a la coartada presentada por mi hijo, no fueron inspiradas por su parte o por la agencia de usted.

—Escúcheme —dije con amargura—. Su hijo se gastó una respetable suma de dinero tratando de procurarse una coartada, una coartada tan inconsistente como un papel de fumar. No servía para nada. Yo lo sabía. Y él también hubiese debido reflexionar sobre ello. Intenté averiguar por qué necesitaba esta coartada y proporcionarle algunas medidas de protección legal, en lugar de confiar en el castillo de naipes que él había urdido. Como resultado de todo eso, me anularon el cheque de quinientos dólares. La policía me busca por chantaje. Es posible que anulen mi licencia como detective. Mi socio está tan asustado, que ha disuelto la sociedad y ha ordenado al Banco que no se pague ningún cheque extendido por mí. Esto es lo que he sacado por tratar de ayudar a su hijo, en lugar de darme por satisfecho con el dinero recibido y dejar que él continuara arreglándoselas por su propia cuenta. ¿Le parece que respondo a su pregunta?

John Carver Billings asintió con un lento movimiento de cabeza.

—Gracias, Mr. Lam; es la respuesta a mi pregunta.

—Ustedes han perdido tres o cuatro días preciosos —dije—, y posiblemente varios miles de dólares en efectivo. El tiro, empero, les ha salido por la culata. ¿Quiere que hablemos claro?

—¿Qué sabe usted de Bishop? —preguntó Billings.

—No mucho. Casi todo lo que sé lo he leído en los periódicos.

—Los periódicos no decían nada de nosotros.

—Los periódicos no —asentí—, pero ustedes se han metido en terribles quebraderos de cabeza para encontrar una coartada para el martes por la noche. La policía lo sabe. Yo lo sé… La pregunta es: ¿por qué? Al principio, creí que se trataba de un accidente de coche, tras el cual había emprendido la fuga. Ahora creo que se trata de algo más serio. La noche del martes no se cometió ningún crimen del que se tenga noticias; por consiguiente, empecé a hacer averiguaciones por mi cuenta para descubrir si había sino asesinada alguna persona sin que estuviera enterada la policía.

—¿Y qué averiguó?

—Encontré a George Bishop.

—¿Quiere usted decir que ha encontrado, que ha encontrado…?

—No —lo interrumpí—. No me interprete mal. Yo he descubierto el caso Bishop. Fui a visitar a la señora Bishop.

—¿Y qué le ha dicho ella?

—La interrogué preguntándole si tenía un amante y si había planeado deliberadamente la muerte de su esposo. Creí que aquí era donde su hijo entraba en escena. No podía permitirse un escándalo y deseaba a la mujer.

—¿Y qué dijo ella? —preguntó el anciano Billings.

—Lo que se puede suponer.

—Lo que usted pueda suponer y lo que yo pueda suponer, son dos cosas muy diferentes.

—Como usted quiera. Pues lo que yo suponía.

—Esto no significa gran cosa para mí —dijo.

—Tampoco para mí.

Guardó silencio mientras me estudiaba detenidamente. Luego dijo:

—Está usted siguiendo una pista falsa, Lam.

En aquel momento el silencio era la mejor arma. Por eso permanecí callado.

Billings carraspeó.

—Lo que le voy a contar, Lam, debe guardarlo como el mayor secreto.

Di una chupada a mi cigarrillo.

—Esta situación se ha vuelto sumamente molesta para mí, personalmente —dijo John Carver Billings.

—Esto lo comprendo muy bien —observé—. Exactamente, ¿qué

ocurrió el martes por la noche?

—No fui testigo presencial del hecho. La información se la debo a mi hijo.

—¿Qué información?

—Poseemos un yate —dijo—, un yate de lujo de setenta y cinco pies. Lo llamamos *Billingboy* y está anclado en uno de los clubs náuticos más aristocráticos del país.

—Continúe.

—El martes, mi hijo persuadió a Sylvia Tucker, una joven manicura muy atractiva, para que llamase a la tienda donde trabajaba y dijese que sufría una jaqueca y que no podía ir a trabajar. Luego se fueron a dar un paseo en el yate. Estuvieron juntos hasta las cuatro de la tarde, aproximadamente, y luego mi hijo la acompañó a su departamento. Tomaron unas copas y mi hijo la dejó allí. Él sabía perfectamente que no me gustan sus relaciones con Sylvia y menos aún estos paseos en el yate, por lo cual temía entrevistarse conmigo. Por este motivo se detuvo en varios locales a tomar unas copas, para ganar confianza en sí mismo; luego se dijo que podía arreglar las cosas de tal modo que yo no me enterase de nada. Decidió, pues, volver al yate para cambiarse de ropa y dar la impresión de que había pasado la mayor parte del día trabajando en la embarcación. Ahora, a fin de que pueda comprender lo que sigue, Mr. Lam, será necesario que le explique sobre la naturaleza de este club náutico.

—Continúe usted.

—El club está situado en un lugar asequible a todos los que merodean por allí; pero, claro está, nosotros no queremos que personas extrañas suban a bordo de nuestros yates. No comprenden o no aprecian el cuidado que hay que tener con ellos. Los clavos de los zapatos, por ejemplo, destrozarían de un modo irreparable la madera pulimentada de estas embarcaciones de lujo.

—¿Quiere decir que el club está convenientemente cercado para que el público quede excluido?

—Exacto.

—¿Qué más?

—Hay una alta valla por la parte de tierra que rodea todo el club; una valla de alambre dispuesta de tal forma que nadie pueda saltarla. Las tres alambradas superiores están colocadas de manera

que no pueden salvarse.

—Siga usted.

—Sólo hay una puerta de entrada. Siempre hay allí un guarda para comprobar la identidad de los que entran y salen. Esto lo hacemos por dos razones: para impedir que ningún extraño pueda entrar en el club, y para saber en todo momento quiénes de los socios están dentro si los llaman.

—En otras palabras, ¿cuándo alguien va al club, el guarda anota su entrada y su salida?

—Así es. La hora de llegada y cuando se vuelve a marchar. Hay un libro destinado expresamente a este fin; de la misma manera que se registran las entradas y salidas de los empleados en una oficina.

—¿No resulta muy molesto en ciertas ocasiones?

—Tenga en cuenta que se trata de un club muy conservador. En otro club, tal vez lo resultara, a la larga. Aquellos que tienden a celebrar grandes orgías a bordo de sus yates, suelen ser miembros de otros clubs menos severos en su reglamento.

—Está bien. Continúe. ¿Qué sucedió?

—Volvamos al martes por la noche. Mi hijo se fue al yate decidido a prepararlo todo para que yo tuviera la impresión de que había estado allí durante todo el día; por ello cuando vio que el guarda estaba enfrascado en una conversación telefónica de espaldas a la puerta, le pareció una oportunidad providencial. Hay instalado un timbre eléctrico que suena cuando alguien, sea el que sea, baja por la rampa que conduce al muelle. Por alguna razón desconocida, el timbre no funcionaba en aquel momento. Mi hijo subió al yate. Nadie lo vio. Nadie supo que estuvo allí. Nadie puede probar que estuvo allí. Esto debe recordarlo en todo momento, Mr. Lam.

—Está bien, ¿qué más?

—Cuando mi hijo subió al yate y abrió la puerta y entró en el camarote principal, encontró…, bien, se encontró en una situación muy comprometida.

—¿En qué situación?

—El cuerpo de George Justin Bishop estaba tumbado en el suelo. Había sido asesinado con arma de fuego, y la muerte debió de ocurrir una hora antes de la llegada de mi hijo al yate, poco más o menos.

Digerí aquella noticia. El sudor comenzó de nuevo. Mis manos estaban húmedas. Un bonito asesinato, y yo estaba liado con el joven Billings en lo referente a la coartada y en todo lo demás.

—Mi hijo tomó una decisión —continuó Billings—. No fue una decisión muy recomendable. Sin embargo, ahora que no hay remedio, tenemos que aceptarla como un hecho consumado.

Mi silencio le dio a entender de forma bien evidente lo que yo pensaba.

—Debe comprender —continuó Billings rápidamente—, que mi hijo temió al principio que yo estuviera complicado en ello.

—¿En qué sentido?

—Habíamos tenido ciertas diferencias con Bishop.

—¿De qué naturaleza fueron estas diferencias?

—De orden financiero.

—¿Le debía usted alguna suma?

—Dios Santo, no, Mr. Lam. No debo dinero a nadie.

—¿Qué pasaba pues?

—Bishop era un empresario de minas.

—¿Le debía él dinero?

—Sí, pero no era ése el problema. O sea, debía dinero al Banco. No personalmente, pero sí como primer accionista del «Skyhook Mining and Development Syndicate».

—Continúe.

—Temo que los detalles nos llevarían demasiado tiempo.

—Siga usted. Ahora disponemos de tiempo. Tal vez más tarde ya no.

—Es una historia muy larga.

—Cuénteme sólo los puntos sobresalientes.

—Bishop tenía un carácter muy peculiar. Era uno de los depositarios más fuertes del Banco del que yo soy presidente. Tenía, además, grandes intereses en varias empresas mineras, la naturaleza de las cuales no comprendía claramente. La verdad es que cuando comenzamos a investigar las actividades de estas minas, cada vez nos fueron resultando más y más misteriosas.

—¿Qué hay del dinero que él le debía?

—Bien, como ya he mencionado, poseía tal vez una docena de diversas compañías de las cuales ejercía la dirección, pero cuyas acciones se ofrecían al público.

—¿Con permiso de la comisión administradora?

—¡Oh, desde luego! Tenía permiso para vender las acciones. Son consideradas acciones altamente especulativas y siempre se vigila que los empresarios no puedan ganar dinero a expensas del público. Sin embargo, ahora que el Banco había comenzado las investigaciones, descubrimos que todas sus compañías se regían por el mismo sistema.

—¿Cuál?

—Se constituyen las sociedades y se pide prestado dinero al Banco para su ulterior desarrollo. Se lleva a cabo un cierto trabajo inicial y, luego la mina muestra tendencia a no producir y…

—¿Y qué hay con respecto a los empréstitos?

—Los empréstitos son pagados puntualmente.

—¿Y los accionistas?

—Esto es lo curioso del caso, Mr. Lam. Es algo que no llego a entender.

—Continúe.

—Parte de las acciones son vendidas al público. No una gran cantidad, la mayor parte queda depositada bajo plica. Luego, aparentemente… y no me enteré de ello hasta hace cuarenta y ocho horas, cuando recibí el informe de nuestra comisión investigadora…, las acciones son compradas por alguien que paga a los accionistas lo que éstos pagaron por ellas.

—Supongamos que los accionistas no quieren desprenderse de las mismas…

—Las acciones que no se recuperan…

—Un momento, usted ha dicho que no se recuperan. ¿Qué significa eso?

—Tenemos motivos más que suficientes para creer que la persona que compra estas acciones es un representante de George Justin Bishop.

—Está bien. ¿Y qué pasa con aquellos que no quieren vender?

—Se les permite quedarse con las acciones durante otros seis meses o un año, y luego se les repite la oferta. O venden las acciones o éstas pierden todo su valor. La mina languidece sin que se lleve a cabo el menor trabajo en ella.

—¿Y con qué fin se llevan a cabo esas transacciones? Deben representar una grave pérdida.

—En efecto. No sólo hay que contar con los gastos legales, sino también con las comisiones de compra y venta. Sin embargo, no se lleva a cabo mucha publicidad para la negociación de las acciones, que se venden en cada caso por correo, después de la publicación de un anuncio. Después de haber vendido una pequeña parte de las mismas, cesa la venta. Luego, la empresa inicia una época de languidez, después de la cual las acciones son recuperadas.

—Todo esto carece de sentido —observé.

—Exactamente.

—Está bien. Cuénteme algo de este «Skyhook Mining and Development Syndicate».

—Nos encontramos con una situación muy peculiar. La organización de esta empresa aparentemente, siguió el mismo sistema. Se le concedió permiso para vender las acciones a la par, con un quince por ciento de comisión para el vendedor, pero con el compromiso de que todo el dinero iría a parar a los fondos de la empresa y que no podría realizarse ningún desembolso hasta haberse cumplido ciertos requisitos que afectan al desarrollo de la naturaleza del trabajo.

—¿Y cómo quedaba asegurado el dinero para los trabajadores iniciales?

—La venta de las acciones, según acuerdo de la comisión de la empresa, se efectuaría a través de un sindicato, y el quince por ciento, más las contribuciones hechas por los organizadores en forma de un empréstito, se destinaría a los trabajadores iniciales.

—¿Para que los accionistas viajaran gratis?

—Si quiere decirlo con estas palabras, así era, en efecto. Se permitió a la empresa endosar una nota firmada por George Justin Bishop con el compromiso de que todo el dinero iría a parar al fondo de la empresa.

—¿A cuánto ascendía la nota?

—A veinticinco mil dólares.

—¿Y qué ocurrió?

—Algo muy extraño. El nombre llamó la atención del público que invierte dinero en acciones. Las ofertas se hacían por correo, pero el público reaccionó muy favorablemente. Según tenemos entendido, el cincuenta por ciento de las acciones del fondo fueron vendidas en las condiciones estipuladas por las autoridades

financieras.

—¿O sea, que se trataba de una variante del sistema empleado hasta aquel momento por las empresas de Bishop?

—Sí, señor. Así fue.

—¿Y qué ocurrió luego?

—Luego —continuó Billings—, Bishop rehusó en redondo aceptar la nota. Sacó hasta el último centavo de nuestro Banco y declaró que no tenía fondos para afrontar la nota y que teníamos que dirigirnos a la empresa para que ésta, como endosante, devolviera el préstamo.

—¿Y qué pasó con el dinero de la empresa?

—Había sido gastado en los trabajos iniciales de desarrollo. Mr. Lam, me disgusta hablar de esto, porque podría arruinarnos si llegara a ser del dominio público.

—¿Por qué?

—El Banco inició una serie de investigaciones a fondo a través de ciertos conductos que están al alcance de un Banco, pero que están vedados al público en general, y de los cuales no quiero hablar.

—Está bien, ¿cuál fue el resultado de estas investigaciones?

—El mineral era expedido desde la «Skyhook» y transportado en vagonetas descubiertas a la compañía de fundiciones de George Justin Bishop.

—¿Y qué ocurrió luego?

—Ahora viene lo increíble del caso —dijo Billings—. El mineral era triturado en finas partículas y usado luego para pavimentar carreteras, efectuar obras de terraplenado y otros trabajos por el estilo.

—¿O sea, el mineral era enviado desde la montaña, triturado y luego transportado pagando fletes, para terminar como roca desmenuzada?

—Exacto.

—Debe de haber algún error en todo eso.

—No hay error ninguno. Hemos descubierto que lo mismo se hacía en las demás minas que estaban en explotación. El mineral era enviado a la compañía fundidora y refinadora, y ésta lo convertía en grava para carreteras.

—En otras palabras, Bishop era un estafador.

—Yo no trato de presentar esto como una acusación. Lo cierto es que este proceder no es muy normal en el mundo de los negocios.

—¿Y cuánto pagaba la fundición por esta roca que sólo servía para las carreteras?

—Diversas sumas —respondió Billings—, hasta que la compañía minera tenía dinero suficiente para devolver el empréstito que se le había hecho. A continuación, la mina dejaba de ser explotada; ya no se embarcaba mineral; se había saldado el empréstito y la compañía, virtualmente, quedaba disuelta y todos los accionistas tenían opción a que se les devolviera el dinero que habían invertido en las acciones y que habían quedado en depósito durante el período de un año.

—Fue usted, claro está, a ver al jefe del sindicato.

—No, señor. No fui.

—¿Por qué?

—Porque, en cierto modo, el Banco estaba mezclado en estas transacciones. Tal vez hubiéramos debido ejercer una supervisión más exacta sobre estas empresas, pero puesto que Bishop solía tener una gran cuenta en nuestro Banco y sus varias cuentas corrientes eran muy activas, aceptamos su buena fe.

—Pero cuando ustedes descubrieron el engaño…

—Pedimos a Bishop que nos diera una explicación.

—¿Le dieron a entender lo que habían descubierto?

—En parte, nos enterarnos de todo esto después…, cuando ya era demasiado tarde. Pero Bishop sabía que estábamos realizando la investigación.

—¿Se enteró usted de algo de esto antes del martes?

—Sí. El martes sabíamos ya lo bastante para recelar de él… para ponernos en guardia.

—¿Y rogó a Bishop que se entrevistara con usted para aclarar el asunto?

—Sí.

—¿A qué hora lo citó usted?

Billings carraspeó.

—El martes por la noche.

—¿Dónde?

—En mi casa.

—Está bien. Volvamos ahora al yate. Su hijo encontró el cadáver

de Bishop a bordo. ¿Qué hizo?

—Se dio cuenta de que, afortunadamente, nadie sabía que él estaba a bordo.

—¿A qué hora sucedía eso?

—Después de oscurecer.

—¿Y qué hizo?

—Se cambió de ropa. Tenemos un camarote cada uno y en cada camarote hay un armario ropero pequeño. Mi hijo pudo cambiarse de ropa sin llamar la atención de nadie.

»Se puso un bañador, se metió la llave del coche en el bolsillo del bañador, cerró el yate y se deslizó sobre la borda. Siguiendo el canal nadó hasta la playa que no pertenece al club. Allí salió, dando la impresión de un hombre que acaba de tomar su baño vespertino. Caminando audazmente frente a las pocas personas que, en su mayoría, contemplaban el mar desde unos automóviles parados, fue a buscar su coche, puso el motor en marcha, regresó a casa, tomó una ducha, secó su bañador y se vistió.

—¿Y luego?

—Yo había asistido a una conferencia de negocios y, desgraciadamente, tuvo que esperar mi regreso.

—Continúe.

—Eran ya casi las once cuando yo llegué.

—¿Y qué hizo usted?

—Mi hijo me contó todo lo que había ocurrido. Le advertí que su decisión había sido errónea y que debió avisar inmediatamente a la policía.

—¿Y llamó usted a la policía?

—No. Preferí que fuera el guarda del club náutico quien descubriera el cadáver.

—¿Qué hizo, pues?

—Llamé al guarda, le dije que subiera a bordo de mi yate y que recogiera una cartera de mano y me la mandara por un taxi.

—¿Y qué ocurrió?

—Estaba convencido de que cuando entrara en el camarote encontraría el cadáver e informaría a la policía.

—¿Y no lo hizo así?

—El cadáver no estaba allí.

—¿Cómo lo sabe usted?

—El guarda de noche me mandó la cartera por un taxi, tal como yo le había dicho que hiciera. Esto me preocupó en extremo. Interrogué cuidadosamente a mi hijo pensando que había subido a bordo de otro yate o que había imaginado algo que en realidad no existía. Luego, a la mañana siguiente, fui personalmente al club, subí a bordo e hice una inspección.

—¿Y qué encontró?

—Ninguna señal de que hubiese habido un cadáver en el camarote. No había nadie. Todo estaba tal como lo había dejado la última vez.

—¿Cómo subió a bordo el guarda de noche?

—Tenía una llave. No es obligatorio dejar la llave en el club, pero la junta prefiere que se haga. En caso de fuego o de alguna necesidad urgente, los guardas pueden subir a bordo y apartarlos.

—¿Y qué sucedió luego?

—Mi hijo estaba preocupado, porque en realidad no sabíamos lo que había ocurrido. Decidió que lo mejor que podía hacer era asegurarse una buena coartada para el martes por la noche.

—¿Y usted ya tenía una?

—¡Oh, sí! Celebraba una conferencia con un socio. Uno de los directores del Banco.

—Deme su nombre y dirección.

—Supongo, Mr. Lam, que no irá usted a dudar…

—No dudo. Estoy investigando. ¿Cuál es su nombre dirección?

—Waldo W. Jefferson. Es uno de los directores del Banco. Tiene su despacho en el mismo edificio.

—¿Pueden subir invitados al yate? —pregunté—. ¿Son registrados también sus nombres?

—No, sólo los propietarios; pero se toma nota del número de invitados, es decir, consta que el propietario subió a bordo con dos invitados, tres o cuatro…, o los que sean.

—Está bien, vayamos ahora a visitar el yate. Pueden ustedes registrarme como invitado.

—Pero si yo ya he examinado el yate a conciencia, Mr. Lam. No hay allí ninguna prueba.

—Tal vez ninguna que usted haya advertido, pero si en el yate había un cadáver y la policía llega a sospecharlo, puede estar convencido de que encontrará una serie de pruebas cuya existencia

jamás hubiese podido usted sospechar.

Una expresión de satisfecha suficiencia iluminó su rostro.

—No hay nada, Mr. Lam.

—Tal vez.

—¿Qué es lo que espera encontrar usted allí, Mr. Lam? ¿Qué es lo que pretende buscar?

Repuse:

—Asistí durante un tiempo a las clases de Frances G. Lee sobre investigación criminal.

—Ya supongo que tiene usted suficientes y merecidos títulos profesionales, Mr. Lam. Sin embargo, no veo para qué los saca usted a relucir en este momento.

Continué como si no me hubiese interrumpido:

—Pidieron un voluntario que quisiera quitarse la chaqueta y arremangarse la camisa. Tenían una probeta llena de sangre humana. Mancharon con esa sangre las manos y los brazos del voluntario.

—Ni en mis brazos ni en mis manos había manchas de sangre —atajó él con dignidad.

—Y luego —proseguí—, lo invitaron a lavarse la sangre, usando agua y jabón, con los que se frotó a conciencia, haciendo todo cuanto pudo porque desapareciesen las manchas de sangre.

—Supongo que desaparecerían, ¿verdad?

—Desde luego.

—¿Y después qué?

—Nada —dije.

—¿Qué quiere usted decir nada?

—La clase continuó como si tal cosa.

—¿Quiere decir que lo obligaron a mancharse de sangre y luego a quitársela, y nada más?

—Exactamente.

—La verdad, no lo comprendo, Lam.

—Luego, al día siguiente, le preguntaron si había tomado un baño, y él respondió afirmativamente. Le preguntaron si se había frotado especialmente manos y brazos, dedicándoles una atención especial, y él admitió que así lo había hecho, que pensó que querían hacerle alguna jugarreta, y por eso se lavó a fondo.

—¿Y entonces qué?

—Nada.

—Lam, ¿adónde quiere usted ir a parar?

—Al tercer día hicieron lo mismo —dije.

—¿Él había tomado otro baño?

—Sí.

—¿Frotándose también brazos y manos?

—Sí.

—Vamos, Lam, que no comprendo a dónde quiere ir a parar. Se sale usted por la tangente y…

—Y entonces —proseguí—, lo arremangaron, le aplicaron un reactivo y en todos los sitios donde la sangre había tocado sus brazos y manos apareció una mancha azul oscuro.

John Carver Billings permanecía sentado, tan quieto como un ratón sobre un estante de la despensa, en el momento de abrirse una puerta. Lo observé mientras asimilaba lo que yo le había cantado, y vi que no le hacía maldita la gracia.

De pronto se enderezó y dijo con su voz tranquila, precisa y flemática de banquero:

—Muy bien, Mr. Lam; vamos ahora mismo al yate.

capítulo trece

LUJOSOS palacios flotantes de madera de teca y caoba, brillantes y barnizados, se mecían silenciosamente junto al muelle mostrando su latón pulido, esperando pacientemente que sus propietarios los llevaran por la bahía durante unas cuantas horas de recreo a fin de semana, o, si aquéllos eran más atrevidos, hacia alta mar, donde las aguas se encrespaban y se encontraban ya las grandes olas del océano.

Algunos de ellos eran tan grandes que era necesaria una tripulación para gobernarlos; otros eran de construcción moderna, con mecanismos tan perfectos que, en caso de necesidad, un solo hombre podía conducirlos.

Era tal como Billings me había contado. El club náutico resultaba prácticamente inaccesible a quien no fuera miembro de él. La alta valla de barrotes de acero estaba coronada por tres alambradas que formaban una barrera infranqueable, y frente a la puerta de entrada había una especie de rampa. Cuando la pisamos, sonó una señal de alarma, y el guarda de noche que estaba de servicio saludó respetuosamente a Billings.

—Buenas noches, señor —y, al tiempo de saludarle, le alargó un libro.

Billings escribió su nombre y en una columna contigua anotó «un invitado».

El guarda de noche apuntó la hora.

Iba a decir algo, pero Billings le atajó:

—Luego, Bob, más tarde —y me condujo hacia la rampa desde donde se oía el suave murmullo del agua y se veían cabrillear las luces reflejadas en ella. Nuestros pies producían un sordo eco sobre las tablas del pontón. Nos rodeaba una atmósfera fantástica y lúgubre. Ninguno de los dos pronunció una sola palabra.

Llegamos junto a un hermoso casco coronado por una obra muerta de teca y de brillante latón. El camarote superior tenía ventanas cuadradas provistas de gruesos vidrios. Había una línea de portas de adorno colocadas más abajo.

—Éste es —dijo Billings—. Por favor, espere en la orla hasta que yo haya abierto la puerta del camarote; no pise la cubierta con esos zapatos que lleva.

Subimos a bordo. Billings metió la llave en un candado. Levantó una escotilla corredera y apareció la escalera de la cámara, de caucho y latón luciente. Dio vuelta a un conmutador y el camarote quedó brillantemente iluminado.

—Fue aquí —dijo Billings.

Miré en torno, dándome cuenta de la lujosa atmósfera que se respiraba en aquel camarote. Por todas partes relucía el dinero.

Pisé una alfombra. Tuve la sensación de andar sobre una gruesa capa de musgo, en un bosque. Toda la decoración concordaba con el color, que había sido cuidadosamente estudiado. Costosos tapices cerraban el interior del camarote a toda mirada curiosa. Sillones, libros, una hermosa radio…, todos los artículos de confort que cabían dentro de un camarote de yate.

—¿Dónde estaba el cuerpo? —pregunté.

—Por lo que me ha contado mi hijo, estaba aquí… Usted mismo puede observar que no hay la menor mancha en la alfombra.

Me arrodillé, poniéndome luego a cuatro patas.

—No es necesario que lo haga —me dijo Billings—. No hay la menor mancha en la alfombra.

Continué arrodillado, escudriñando. Vi que Billings comenzaba a enojarse.

—Ni la menor mancha en el suelo —convine finalmente.

—Debió usted aceptar mi palabra a este respecto —dijo.

—No hay la menor mancha en la alfombra —proseguí—, porque ésta es completamente nueva y hace muy poco que ha sido instalada aquí.

—¿Qué diablos está diciendo? —preguntó—. Esta alfombra está aquí desde que…

Disentí con un movimiento de cabeza y desplacé de su sitio uno de los sillones. El lugar donde las patas del sillón habían dejado huellas en la gruesa alfombra, era claramente visible.

—La alfombra está aquí desde que este sillón fue colocado en este sitio —observé.

—Se trata de una alfombra muy buena. Vuelve inmediatamente a su posición original. Encontrará usted que…

—Lo sé, pero es completamente imposible eliminar las huellas que dejan los sillones en las alfombras. Observará lo mismo con respecto a cada uno de los otros sillones. Y, además, fíjese en esta fotografía donde se le ve a usted sentado en este camarote y leyendo —le dije señalando una fotografía enmarcada—; no se puede ver el color de la alfombra, pero sí el dibujo. Y no cabe duda de que no es el mismo.

Se veía una profunda consternación en su rostro, cuando fijó la mirada en la fotografía.

Di la vuelta al camarote fijando la mirada en todos los rincones, pasando la mano por todos los recovecos.

—Observará usted, Mr. Billings, que se percibe un débil olor, como si se hubiese fregado algo con un trapo húmedo y…, un momento… ¿Qué es esto? —exclamé.

—¿Qué?

—Aquí, en este rincón, a unos cincuenta centímetros del suelo.

—No me había fijado —dijo inclinándose hacia adelante.

—Lo sospechaba, pero será mejor que ahora se fije en ello.

—¿Qué es?

—Un agujerito redondo con un anillo oscuro muy peculiar en su perímetro externo. Es aproximadamente del tamaño de una bala del calibre treinta y ocho, y aquí hay también una mota muy pequeña, de color pardusco, semejante a un resto de tejido animal que hubiese quedado prendido de la bala y que penetró a medias en el agujero.

John Carver Billings se me quedó mirando en silencio.

—Y ahora —continué yo en tono indiferente—, si, tal como usted ha dicho, estaba citado con Bishop el martes por la noche, ¿cómo es que pasó usted la velada en compañía de Mr. Waldo W. Jefferson? *¿Cómo sabía usted que Mr. Bishop no podría acudir a la cita?*

Billings me miró como si le hubiesen echado un cubo de agua fría y salada a la cara. Emitió un suspiro y luego permaneció inmóvil, con la boca entreabierta.

En aquel momento tuve conciencia de un ruido.

Era un ruido peculiar, como el provocado por muchas pisadas de hombres. Instantes después, percibimos el murmullo de voces humanas, voces que parecían proceder de la parte exterior del yate, pero que quedaban amortiguadas por las paredes del camarote, llegándonos sólo como el rumor de conversación entre fuertes voces masculinas.

John Carver Billings ascendió por los peldaños que conducían a cubierta y entreabrió la escotilla.

—¿Quién es usted? —preguntó una voz.

Antes de que Billings pudiera responder, oí la voz del guarda de noche que decía:

—Es Mr. Billings, señor, John Carver Billings. Hace sólo unos momentos que ha llegado.

—¿Va a dar un paseo, amigo? —preguntó una voz autoritaria.

—Es Mr. John Carver Billings, el banquero —dijo el guarda de noche.

—¡Oh! —exclamó la voz insistente, esta vez en un tono de respeto.

Los pasos se alejaron. El guarda de noche se quedó atrás para dar una explicación.

—Quería explicárselo, señor, pero usted no me dio tiempo. Parece ser que han encontrado un cadáver a bordo del *Effie A*. El guarda fue atraído por un olor sumamente desagradable. Como usted tal vez sabe, el propietario del yate está de vacaciones. Parece ser que alguien forzó la cerradura… Temo que todo esto dará lugar a una fea publicidad, señor, pero el club no podía hacer otra cosa que avisar a la policía.

—Comprendo —dijo Billings—. ¿El propietario del yate no está aquí?

—No, señor. Está de viaje por Europa. La embarcación estaba cerrada y…

—¿Nadie la pidió prestada?

—No, señor. Nadie.

John Carver Billings dijo con impaciencia:

—Bien, cumpla usted con su deber, pero procure que no me molesten. Ayude en lo posible a la policía. —Cerró de golpe la puerta y entró de nuevo en el camarote.

Tenía el rostro pálido como la cera. Evitó mirarme a los ojos.

—Voy a tener mucho trabajo y, además, tendré que hacerlo a toda prisa. Necesitaré algún dinero —le dije.

Sacó su cartera del bolsillo, la abrió y comenzó a sacar billetes de cien dólares. Yo añadí:

—Su hijo anuló el cheque que debía haber cobrado nuestra agencia en Los Ángeles y…

—Crea que lo lamento de veras. Es éste un asunto que vamos a remediar ahora mismo, Mr. Lam. Daré órdenes al Banco…

—No dé instrucciones de ninguna clase al Banco, ahora —le dije —, el pago ha sido anulado. Déjelo así. Pero puede usted añadir quinientos dólares al dinero que me dará ahora para gastos.

—¿Dinero para gastos?

—En efecto. Voy a tener muchos gastos. Añada usted quinientos dólares al resto.

Asintió con un ligero movimiento de cabeza y continuó sacando dinero.

Al fijarme en el bulto que hacía la carrera, comprendí que estaba preparado para un caso como aquél. Era dinero para salir del paso, y había una cantidad impresionante. Esto, el agujero que había hecho la bala en la pared del camarote y la alfombra nueva me decían todo lo que necesitaba saber.

capítulo catorce

EN cierta ocasión hice un favor a aquel corredor de Bolsa, un favor que no olvidaría fácilmente; de modo que cuando lo llamé a las ocho de la mañana, se mostró inmediatamente dispuesto a hacer lo que yo le pidiera.

—Tengo mil trescientos cincuenta dólares en efectivo —le dije.

—Muy bien, Lam.

—Quiero que invierta usted trescientos cincuenta en acciones del «Skyhook Mining and Development Syndicate».

—Jamás he oído hablar de eso, Lam.

—Entérese, pues. Localice las acciones. Las quiero y las necesito urgentemente.

—Sí. ¿Y los mil dólares restantes?

—Los trescientos cincuenta dólares, a nombre de Elsie Brand —dije—. Y mil dólares más de las mismas acciones a nombre de la sociedad «Cool y Lam». Quiero que localice usted las acciones y quiero que lo primero que haga usted esta mañana, sea comprarlas…

—Un momento —me interrumpió—, estoy mirando en un fichero… Un momento, aquí está. Son acciones que se venden por correo, Lam. Tal vez tarde un poco en averiguar quiénes son los que poseen esta clase de acciones y…

—No tengo mucho tiempo que perder —objeté—. Están autorizadas oficialmente. Las acciones quedan en depósito durante un año, en el curso del cual los accionistas pueden devolverlas, si lo desean, y durante este año hay que hacer algún trabajo de desarrollo, de lo contrario la venta quedaría invalidada.

—¿Y bien?

—Póngase en contacto con el depositario. Dígale que está usted en condiciones de ofrecer a sus clientes un beneficio razonable y

que desea ciertos informes. No le diga para quién ni por qué. Dígale que si no consigue la información por este conducto, la conseguirá por otro. Luego llame por teléfono y compre las acciones en cuestión.

—¿Hasta dónde puedo subir?

—Hasta el doble del valor a la par. Si no puede conseguirlas a este precio, desista. Recuerde que hay una nota de la empresa que está pendiente de pago. El Banco todavía no ha hecho nada porque iba firmada por Bishop. Ahora que él ha muerto, tendrá que hacer algo. El depositario tiene que estar enterado de esto. Los accionistas también deberían saberlo. Si no lo saben, comuníqueselo usted.

—De acuerdo —me contestó—. Me pondré a trabajar inmediatamente.

—Ahora mismo —insistí.

—Ahora mismo.

Leí los periódicos de la mañana. Con grandes titulares anunciaban:

EL CADAVER DE UN NEGOCIANTE EN MINAS HA SIDO > HALLADO EN EL YATE DE UN MILLONARIO.

Era lógico que los periodistas de la ciudad dieran la máxima preferencia al crimen.

Erickson B. Payne, el millonario soltero propietario del yate, se hallaba de vacaciones en Europa. No cabía la menor duda de que durante las últimas cuatro semanas no había pisado tierra americana y, aparte del duplicado que se guardaba en la caja fuerte del club, no había otras llaves del yate. Sin embargo, la policía descubrió que el candado del yate había sido forzado y que otro nuevo había sido colocado en su lugar, con el objeto de que el guarda de noche que hacía la ronda no pudiese observar nada anormal.

La policía sustentaba la teoría de que el minero había sido asesinado en algún otro lugar y que el cadáver había sido transportado al club náutico, pero el gran misterio consistía en cómo el cadáver pudo ser transportado hasta el club náutico.

Leí por tercera vez la noticia mientras esperaba en el despacho de

Hartley L
. Channing.

Era una oficina sumamente agradable, con el nombre de Hartley L
. Channing, contable, grabado en el cristal esmerilado de la puerta. Me recibió una muchacha de aspecto frío pero agradable, muy astuta al parecer, de tez sonrosada y grandes ojos azules.

Estaba leyendo una revista cuando yo entré en la oficina, una revista que tenía medio escondida en el cajón de la mesa. Cuando le dije que tenía la intención de esperar a Mr. Channing, abrió cansadamente otro cajón, sacó una hoja de papel que metió en la máquina de escribir y comenzó a teclear con precisión mecánica pero sin ningún entusiasmo particular.

Eran las nueve y cinco cuando entré en la oficina, y la muchacha, continuó tecleando sin interrupción durante un cuarto de hora.

Hartley Channing entró a las nueve y veinte en punto.

—¡Hola! —me saludó—. ¿En qué puedo servirle?

—Me llamo Lam. Deseo hablar con usted sobre ciertos impuestos.

—Muy bien. Entre.

Me invitó a pasar a su despacho particular.

Tan pronto como crucé el umbral, la mecanógrafa cesó en su trabajo.

—Siéntese, Lam. ¿En qué puedo servirle?

Era un individuo elegantemente vestido; las uñas se las había hecho pocos días antes, llevaba una lujosa corbata pintada a mano, un traje hecho a medida de tejido importado y zapatos igualmente hechos a medida.

—Usted cuidaba de los asuntos de Mr. Bishop, ¿no es cierto?

Sus ojos adquirieron inmediatamente una expresión de extrema frialdad.

—Sí —dijo escuetamente.

—Ha sido una lástima lo que le ha sucedido.

—Creo que hay cierto misterio en torno al caso.

—¿Ha leído los periódicos de la mañana?

—No —respondió, pero inmediatamente comprendí que estaba mintiendo—. He estado ocupado en otros asuntos y…

—Pues ya no existe tal misterio.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que han encontrado su cadáver a bordo de un yate en un club náutico.

—¿De modo que ha muerto?

—Sí.

—¿Ha sido identificado?

—Sí.

—¿Cómo murió?

—Dos heridas de bala. Una en el cuerpo y otra que le atravesó la cabeza.

—Terrible. Una mala noticia… Lo siento mucho… Sin embargo, usted quería consultarme con respecto a…

—Impuestos.

—¿De qué se trata, Mr. Lam?

—Deseo averiguar cuanto sepa usted del tinglado que montó Bishop.

—¿Qué quiere decir, Mr. Lam?

—Si usted llevaba sus libros y sus cuentas, sabe exactamente a qué me refiero.

—No me gusta su actitud, Mr. Lam. ¿Me permite preguntarle si su visita es oficial?

—No, no es oficial. Es personal y amistosa.

—¿Quién es usted?

—Un detective de Los Ángeles, un detective privado.

—No creo que tenga nada que hablar con usted, Lam.

—Escúcheme, amigo. Las apuestas están hechas. No nos andemos por las ramas. Usted está mezclado en este asunto. No sé todavía hasta qué extremos.

—No sé de qué me habla, Lam, y no me gusta su modo de hablar. Tendré que pedirle que se vaya.

Yo proseguí:

—Bishop llevaba a cabo muchas actividades. Era astuto. Decidió pagar sus impuestos sin revelar su procedencia. De forma que pretendió dedicarse a una serie de empresas mineras que no valían ni un centavo.

—Bishop en su vida estafó a nadie.

—Claro que no. Tuvo demasiado cuidado en no hacerlo. Si lo

hubiese hecho, habría sido detenido; se hubiese presentado una demanda a las autoridades financieras correspondientes, y hubiese perdido toda posibilidad de actuar… No, no estafó a nadie. Sólo se decidió a acaparar dólares. Fundó varias compañías, comunicó los beneficios ficticios que le producían y luego comenzó a jugar con los fondos y las acciones, de modo que nadie supiese nunca lo que ocurría en realidad. Sin embargo, siempre tuvo buen cuidado en declarar sus ingresos. Lo único que no hizo, sin embargo, fue declarar la fuente de tales ingresos… Ahora bien, mirándolo desde mi punto de vista, sólo hay una respuesta posible a todo ello.

Channing cogió un lápiz y comenzó a juguetear nerviosamente con él.

—No tengo el menor interés en discutir los asuntos de míster Bishop con una persona que no esté directamente interesada en los mismos o autorizada para discutirlos.

—Primero los discutirá conmigo y luego los discutirá con la policía. Tal vez no lo sepa, usted, amigo, pero está metido en un terrible lío.

—Me ha querido intimidar varias veces, Lam, y ya le he dicho que esto no me gusta. Y cada vez me gusta menos.

Empujó su silla hacia atrás y se puso de pie.

Era un tipo alto y robusto, de constitución atlética. Un poco grueso, pero de hombros fornidos.

—Márchese y no vuelva por aquí.

—Bishop estaba planeando una jugada rápida. No lo hubiese hecho sin consultar antes con usted, y, tal como yo veo la situación, usted no la hubiese aceptado a base de su sueldo normal. Estoy convencido de que está usted metido en el ajo.

—Está bien, hemos terminado. Ahora voy a hacerle daño.

Dio la vuelta a la mesa.

Continué sentado en mi silla, perfectamente quieto.

—¡Vamos, fuera de aquí! —dijo, y me cogió por el cuello de la chaqueta con su mano izquierda—. ¡De pie!

Metió su dedo pulgar bajo mi mentón.

No cabía la menor duda de que sabía lo que se hacía. Conocía el nervio exacto donde aplicar el pulgar para obligar a un hombre a levantarse de su silla.

Rápidamente me puse en pie. Me obligó a dirigirme hacia la

puerta.

—Usted mismo se lo ha buscado, amigo —dijo—. Ahora pagará las consecuencias y se tomará la medicina como un hombrecito.

Dirigió la mano hacia el picaporte, sosteniéndome al extremo de su brazo.

El picaporte giró e, inmediatamente, oí el rumor de la máquina de escribir al otro lado de la puerta.

—Tal vez tenga usted una coartada por lo que se refiere al asesinato de Bishop —dije yo en aquel momento—. O tal vez no la tenga. Pero esto no quiere decir que esté usted protegido con respecto a la muerte de Maurine Auburn, y Gabby Garvanza no está para bromas. Cuando yo le diga…

Apartó la mano del picaporte como si le hubiese pasado la corriente.

Durante un rato permaneció completamente inmóvil, contemplándome con expresión fría, con ojos azules que no reflejaban más emoción que las teclas de una máquina de calcular. Luego me soltó, dio de nuevo la vuelta en torno a la mesa, tomó otra vez el lápiz y me dijo:

—Siéntese, Mr. Lam.

—Si quiere evitarse una serie de líos, empiece a hablar ahora mismo.

—Puede decirle usted a Gabby que no sé nada en absoluto con respecto a la muerte de Maurine; y es la verdad.

—No es prudente interponerse en el camino de Gabby.

—Yo no me interpongo en su camino.

Se tiró nerviosamente de las mangas de la camisa, cogió de nuevo el lápiz, jugueteó con él, sacó luego su pañuelo, se sonó, se secó el sudor de la frente, volvió a meter el pañuelo en su bolsillo y carraspeó.

—Vamos, cuénteme todo lo que sepa —insistí.

—No sé nada de lo que se refiere a Maurine.

—¿Y supone usted que un juez lo creería?

—Al diablo con los jueces. ¿Qué tengo yo que ver con eso?

Le sonreí, con una fría sonrisa de triunfo.

—Si usted se interpone en el camino de Gabby, y él puede acusarlo de haber cometido un asesinato, lo hará; y hará que el Estado cuide de usted, cosa que usted sabe tan bien como yo

mismo.

Su traje seguía siendo elegante, pero él parecía haber empequeñecido dentro de aquel traje hecho a medida. El traje parecía haber sido cortado dos tallas más grande.

—Veamos. Usted trabaja para Gabby Garvanza… —dijo.

—Yo no le he dicho para quién trabajaba —le interrumpí bruscamente.

Vi cómo abría sus ojos. Había en ellos una expresión de cierto alivio.

—Pero poseo ciertas noticias que Gabby Garvanza arde en deseos de conocer. Y quiero saber todo lo relacionado con respecto a Bishop. Vamos, cuente ya lo que sepa.

El hombre estaba intimidado. El hecho de que, Gabby pudiera acusarlo de asesinato, lo tenía completamente horrorizado, hasta el extremo de no dejarle pensar cuál podía ser mi verdadero interés en el caso. Su propio miedo lo había sugestionado.

—Lo único que sé es lo que hace referencia a su contabilidad. Lo dispusimos de tal forma que todos los ingresos de Bishop procedieran de sus minas.

—¿Y las compañías mineras? —pregunté.

—Entre las diversas actividades de las mismas —dijo—, figuraba *La puerta verde*. No había nada en sus estatutos que lo prohibiera. No había razón para que una compañía no pudiera hacer lo que creyera más conveniente. Ahora voy a decirle lo siguiente. Cuando Gabby Garvanza decidió trasladarse a San Francisco, algunos individuos creyeron poder ponerle trabas en su camino, pero ésta no era la intención de Bishop. Bishop y yo queríamos jugar limpio con él. Si él estaba decidido a garantizamos su protección, nosotros estábamos dispuestos a pagar a cambio de ella. Poco nos importaba quién recibía el dinero, o a dónde iba a parar. Lo único que deseábamos era tranquilidad, y estábamos dispuestos a pagarla a quien pudiera prestarnos los mejores servicios. Ésa es toda la verdad, Mr. Lam. Jamás me interpuse en el camino de Gabby, ni tampoco lo hizo Bishop.

—¿Conocía usted bien a Maurine? —le pregunté.

—Usted ya está enterado de esto… o, al menos, Gabby lo sabe. Yo fui quien le presentó a Maurine. La conocía a fondo.

—¿Y qué hay con respecto a la señora Bishop? —pregunté.

También Bishop la conocía muy bien.

—Irene no se mete en estos negocios.

—Quiero saber algo con respecto a su pasado.

—¿No lo sabe acaso?

—No.

Trató de dominarse y casi lo logró.

—Para trabajar con Gabby Garvanza, hay muchas cosas de las que usted no está enterado.

—Y hay muchas cosas de las que si lo estoy. Tengo ciertas historias muy interesantes que contarle a Gabby. Bien, háble me ahora de Irene.

Por alguna razón, el hombre se atemorizó sólo con oír mencionar el nombre de Gabby. Mi entrada y las preguntas directas concernientes a Maurine lo tenían atemorizado.

—Irene era una artista de variedades. Era una de esas mujeres que medio se desnudan sobre el tablado. Bishop la vio una vez en una fiesta y se enamoraron. Él estaba loco por ella, y ella…, pues bien, ella supo seguir magníficamente el juego.

—Luego, ¿fue una boda legal?

—¿Legal? Diablos, fue una boda con todas las de la ley. Irene tuvo buen cuidado de que así fuera. Contrató al abogado más listo de la ciudad para que cuidara de todos los detalles. Insistió en que fuera una boda legal. Él tuvo que pagar una indemnización a su mujer. Irene puede no aparentarlo, pero es lista como ella sola.

—¿Quién mató a Maurine Auburn?

—Juro que no lo sé, Lam. Se lo digo sinceramente, no lo sé. Yo fui el primer sorprendido al enterarme. Me causó una terrible impresión. Yo… A mí me gustaba la muchacha.

—¿Quién mató a Bishop?

—No lo sé. Y créame que me gustaría saber quién fue. Póngase en mi lugar… Realmente, no sé dónde estoy. Y, por cierto, no es una situación agradable la mía, sabiendo que me pueden señalar con el dedo. No es agradable, se lo aseguro. Dígale a Gabby que quiero verlo. He intentado en vano ponerme en contacto con él. Él puede ayudarme.

Yo me reí.

Volvió a secarse el rostro.

—¿Qué sucederá ahora con *La puerta verde*?

—No habrá ninguna resistencia por mi parte en cuanto a lo que Gabby tenga a bien decidir. Claro está, siempre que él logre ponerse de acuerdo con los demás… Pero supongo que, tratándose de Gabby, no habrá ninguna dificultad.

—¿Qué sabe usted de John Carver Billings?

—Billings es una buena persona. Es el banquero. Lo utilizábamos a veces. No suele dirigir muchas preguntas. Por este motivo acostumbrábamos tener siempre bastante dinero en su Banco.

—¿Y había algún motivo para que no dirigiera preguntas?

—Creo que sí. George sabía algo sucio del muchacho.

—¿Y qué hay acerca del asunto de que deseaba entablar un juicio hipotecario contra la «Skyhook Mining and Development Syndicate»?

—¡Ah! —exclamó Channing—. Le dije mil veces a George que era una locura, lo peor que podía hacer. Esto iba a provocar necesariamente una investigación. Incluso podía llegar a arruinar todo el sistema económico que él había construido.

—¿Y no le hizo caso?

—No. No me hizo caso… Quería tener archivado ese juicio. Decía que le importaba un bledo lo que ocurriese, pero quería tenerlo archivado… Me gustaría poder charlar un rato con Gabby… cuando él quiera…

—¿Qué hay de la viuda?

El hombre rió.

—¿Qué tiene que ver con todo eso?

—Tal vez mucho.

—No cometa ningún error, Mr. Lam. Dígale a Gabby Garvanza que soy yo quien va a cuidarse de *La puerta verde*.

—¿Y qué sacará Irene?

—¿Irene continuará participando en el negocio? —dijo—. Fue una artista muy buena de variedades. Tiene *ello*, y dio lo que tenía, pero le falta talla. A partir de esta noche, seré yo quien mande en el negocio. Ella ya tiene lo suyo.

Volvía a manifestar parte de su antiguo aplomo.

—¿Y los socios de las empresas?

—Esto desaparecerá, liquidado en una nube de guarismos.

—No se mueva de aquí hasta las dos de la tarde —le dije—. No salga bajo ningún pretexto y no hable con nadie de lo que hemos

tratado. Si Gabby desea verlo, ya le indicará dónde puede encontrarlo.

Estas últimas palabras volvieron a asustarlo. El hecho de enfrentarse con Gabby parecía no ser de su agrado.

—Dígale que me telefonee.

—Creía que quería usted verlo.

—En efecto, pero estoy terriblemente ocupado. Ahora que ya es seguro que George ha muerto, no cabe la menor duda de que pronto vendrá la policía y…

—Creía que usted quería ver a Gabby.

—En efecto, en efecto…, pero también tengo otras cosas que hacer.

—¿Quiere que le diga a Gabby que está usted demasiado ocupado para entrevistarse con él?

—¡No! ¡No! No lo decía en este sentido.

—Pues creí interpretarlo así.

—Póngase usted en mi situación, Lam.

—Pues yo no lo haría —le dije y me puse de pie y salí de la estancia, mientras el hombre se secaba el sudor de la frente.

La mecanógrafa volvía a teclear en la máquina. Ni siquiera levantó la mirada.

capítulo quince

LA señora de George Justin Bishop me miró con expresión cansada.

—De nuevo usted —dijo.

—Así es.

Esbozó una fatigada sonrisa.

—La oveja negra.

Negué con un movimiento de cabeza.

—No, el explorador. Descubrí muchas cosas ayer. Y pienso descubrir otras en el día de hoy.

—¿Con respecto a mí?

—Sí.

—Y como siempre; de un modo desinteresado, ¿no es cierto? —dijo con un cierto tono de sarcasmo en la voz.

—Se equivoca de nuevo.

—Escúcheme, Lam —me dijo—. He estado levantada toda la noche. He sido interrogada infinidad de veces. Tuve que identificar el cuerpo… de mi marido. Mi médico quiso darme un soporífero para que perdiera el mundo de vista y dejaran de importunarme. Le dije que resistiría todas las pruebas… No sabía lo que irían a hacer conmigo, dormida. Pero estoy cansada, terriblemente cansada.

—Creo que puedo ayudarla —le dije—. No hay ningún mal en intentarlo. Su esposo no se dedicaba en absoluto al negocio de minas.

—No sea estúpido. Poseía una docena de empresas mineras situadas en diversos lugares, toda clase de denuncias y de localizaciones y…

—Y las usaba para camuflar sus ingresos, sin decir de dónde procedían.

—¿Y de dónde procedían?

—De un lugar de San Francisco llamado *La puerta verde*.

—¿Y qué es esto?

—Una casa de juego.

—Siéntese —me invitó.

Tomé asiento.

Ella se sentó frente a mí.

—Hartley L. Channing tiene intención de quedarse con el negocio.

—Siempre me pareció muy correcto —dijo ella.

—Escúcheme, Irene —le dije—, usted tiene experiencia de la vida. Usted era una artista de *cabaret* y de variedades. Debe saber en estos momentos en qué situación se encuentra.

—Veo que no ha perdido usted el tiempo durmiendo.

—No, he dado unas cuantas vueltas por ahí.

—¿Y quién le ha facilitado estos bajos pormenores?

—Se quedaría usted sorprendida si lo supiese.

—Tal vez no.

—Sea como sea —dije—, hay otras cosas de las que tenemos que charlar. ¿Cuál es su situación financiera?

—Usted no se anda por las ramas, ¿eh?

—Nunca.

—¿Y por qué tengo que explicarle esto?

—Porque probablemente soy el único que va a jugar limpio con usted… Si es que de paso puedo beneficiarme también yo… Pero una cosa es cierta, Irene; yo no pienso engañarla.

—No —dijo ella lentamente—, ya lo supongo. ¿Cuál es su nombre de pila?

—Donald.

—De acuerdo, Donald. Cuando una tiene que presentarse cada noche frente a un grupo de estúpidos y quitarse cuatro o cinco veces las ropas, una llega a cansarse. George vino a verme y se enamoró perdidamente de mí. Al principio, no creí que pudiera tratarse de algo seguro a la larga, pero luego advertí que él iba con intenciones serias. Fue entonces cuando me di cuenta de lo que se trataba y decidí continuar el juego. Su esposa trató de llevarlo a los tribunales, y vi que él tenía un miedo terrible de tener que pagarle una indemnización. Le insinué que podíamos llegar a un acuerdo premarital para que no creyera que lo iba a engañar cuando se divorciara de su esposa. La idea le gustó.

—¿Y luego?

—Su abogado redactó el acuerdo.

—¿Cuáles eran sus términos?

—Un completo contrato de propiedad. Me otorgaba cosas substanciales, para que yo…

—¿Cuánto?

—Diez mil dólares como de mi exclusiva y separada propiedad.

—¿Y a qué se comprometía usted a su vez?

—Que esta cantidad incluía una indemnización temporal, la minuta del abogado, una indemnización permanente… todo…, un contrato completo de propiedad.

—¿Pero en caso de que él muriese?

—No lo sé —respondió—. Nunca lo consideré desde este punto de vista, pero creo recordar que él tenía derecho a disponer de su propiedad del modo que quisiera.

—¿Hizo testamento?

—No lo sé.

—¿Dónde lo guardaría, si lo hubiese dejado?

—En manos de su abogado.

—¿Tenía alguien más a quien pudiera legar esta propiedad?

Se encogió de hombros.

—¿Siguió él llevando la cruz a cuestas después que el acuerdo tuvo fuerza legal?

—Sí, yo ya tuve buen cuidado de que así fuera.

—Es usted lista.

—No se equivoque con respecto a mí, Donald; yo tengo…, tal vez no en el sentido que usted cree, pero tengo mi experiencia. Sé cómo desnudarme en público y consigo poner en vilo a los espectadores, que se agolpan para verme. Y créame, se trata de un arte. Si no, vaya a ver a una de estas novatas y luego a una verdadera artista, y notará la diferencia.

—Bien —la interrumpí—, volvamos a la primera pregunta. ¿Cuál es su actual situación financiera?

—Él firmó una póliza de seguros y yo continué aferrada a los diez mil dólares que estipulamos en un principio.

—¿Cuántos quedaban?

—¿Qué le parece si le dijera que casi todos?

—¿Y sus vestidos, además?

—George lo compraba casi todo. Él me estimulaba a que ahorrara los diez mil dólares. Quería que esta suma estuviera lo más intacta posible.

—Cuando empiece usted a ver más claro el asunto, se dará cuenta de que los negocios de su marido eran un total embuste y que lo único que realmente le pertenecía era *La puerta verde*, de donde procedía el dinero con el cual él lo pagaba todo… ¿Ha oído hablar alguna vez de una casa de juego que tuviera validez testamentaria?

—No.

—Probablemente no lo oirá jamás.

—¿Y eso qué?

Dije:

—Su marido tuvo buen cuidado en disponer las cosas de modo que jamás pudiera relacionarse su nombre con *La puerta verde*. Tenía sus asuntos en manos de un contable que piensa siempre en primera persona del singular. Es posible que su marido guardase algún dinero en efectivo en alguna caja fuerte, y es posible que Hartley Channing sepa dónde se halla ésta. Acaso encuentre usted la caja fuerte llena de dinero, y también es posible que no la encuentre; pero no cabe la menor duda de que, en vista de su pasado, le van a dirigir una serie de preguntas…, muchas preguntas…, y que el asunto del seguro va a ser sumamente molesto.

—Lo sé —dijo ella, cansadamente—. Por eso no quiero irme a dormir por ahora. Deseo saber las respuestas a algunas de esas preguntas.

—Poseen todo un lado de la colina.

Asintió con un movimiento de cabeza.

—Rellenaban con piedras y grava el pequeño precipicio, ¿no?

—Sí; George quería construir un campo de tenis allí y quería usar roca triturada para que el subsuelo tuviera buen desagüe.

—Echemos una mirada a las cosas que tenía su marido en el garaje.

—¿Por qué?

—Tal vez encontremos una artesa de lavar oro.

—¡Oh, desde luego! George tenía allí unos sacos de dormir y una o dos de esas artesas, un mortero con su mano, que usaba para

desmenuzar la roca, y una lámpara de soldar y varios aparatos para hacer pruebas. Los guardaba en unas estanterías de un armario especial del garaje.

—Vamos a echar una mirada.

—¿Por qué?

—Tengo curiosidad.

—Pues yo no.

—Trato de ayudarla, Irene.

—¿Y qué pide en compensación?

—Tal vez nada.

—No sea estúpido —me dijo—. Hace muchos años que conozco a los hombres. Siempre quieren algo. ¿Qué es lo que quiere usted?

—Tal vez un pedazo del pastel.

—¿Y con qué me quedo yo?

—Con el resto del pastel.

Me miró durante un minuto y luego dijo:

—Supongo que ser detective privado es también un arte, como lo es ser artista de *cabaret*; y probablemente requiere algo más de equipo… en sitios diferentes. Vamos, Donald.

Me condujo al garaje y abrió una puerta.

Había allí muchas cosas revueltas.

Cogí un mortero con su mano y una artesa o gamella de lavar oro.

—Llamaremos la atención si me ven aquí con usted —dije—. Tome este cubo, y vea dónde están las piedras que debían servir de relleno, escoja unas cuantas y tráigamelas. Trate de traer una buena muestra de todos los tipos de roca que hay allí. Elija todos los colores que pueda encontrar. A ser posible, una muestra de cada color.

Me miró durante unos instantes sin decir nada, luego tomó el cubo y salió al patio, dejando a un lado la piscina y dirigiéndose al fondo de la propiedad, donde los camiones habían descargado la roca que debía servir de relleno. Comenzó a escoger fragmentos aquí y allí.

Cuando volvió, yo ya tenía preparado mi laboratorio. Empecé a desmenuzar rocas en el mortero hasta conseguir reducirlas a polvo fino.

—¿Puede decirme a qué viene todo este trabajo?

—Voy a hacer unas pruebas de minería.

—¿Cree que va a encontrar diamantes en esta grava que ha sido destinada para relleno de un pequeño precipicio?

—Diamantes, no —contesté—; pero tal vez oro… Casi estoy seguro de ello. De lo contrario, sufriré un terrible desengaño.

Llené de agua un recipiente galvanizado que encontré en el garaje, me apoyé en una caja y empecé a lavar el mineral.

Ella se inclinó sobre mis hombros y me miró trabajar.

Pronto quedó lavado el material que se hallaba en la superficie y comencé a examinar el depósito de arena negra que había quedado en el fondo del recipiente.

Tenía que ser un trabajo meticuloso, sobre todo teniendo en cuenta las condiciones en que lo estaba haciendo. Una pequeña diferencia en el color podía hacer que el valor de una mina cambiara de un modo total.

El oro es un metal muy hermoso, pero ningún joyero ha sido capaz de hacer que lo sea tanto como cuando se ve por primera vez en un lavado de mineral, descansando sobre un fondo de arena negra.

Dejé correr el agua y, finalmente, vi relucir el oro en el fondo del recipiente, en forma de una larga corriente cuneiforme, en el extremo superior del pequeño delta.

Había contado con encontrarlo, pero no en aquellas cantidades.

Era como si hubiese casi dos partes de arena negra y una parte de oro.

Detrás de mí, Irene lanzó una exclamación de sorpresa.

—Siempre que se lava oro en una gamella, ocurre lo mismo. Aunque sólo se tenga oro por valor de diez centavos, parece como si valiera dos millones de dólares.

—¡Donald! —exclamó, y luego murmuró—: ¡Donald!

Hice un movimiento con la artesa y arrojé un puñado de oro en la tina. Luego lavé la artesa y la puse aparte.

—Donald, ¿no va a salvar este oro?

Escurrí el agua de la artesa, tiré los desechos al cubo y dije:

—Esto traería complicaciones. Arroje estas rocas al patio, Irene.

Tomó la cesta y arrojó las rocas al montón de donde las había sacado, volvió y se quedó mirándome con una expresión de gran asombro en su rostro cansado.

—Saque sus diez mil dólares del Banco y compre acciones de la «Skyhook Mining and Development Syndicate».

—Pero si es la compañía de mi marido…

—Desde luego. La última que creó. De allí es de donde proceden estas rocas.

—¿Y cómo lo sabía usted Donald? Hay otras cinco o seis empresas que le pertenecían.

—Pero estas piedras proceden de allí, puesto que quería evitar que el Banco se la hipotecara.

—¿Y por qué quería hacerlo?

—Porque así podría escribir una carta optimista a los accionistas diciéndoles que, a pesar de que la empresa se hallaba temporalmente en una situación financiera poco favorable, debido a que el Banco insistía en que se pagara el crédito concedido no se desanimaran, puesto que la mina ofrecía buenas perspectivas, y no vendieran sus acciones.

—¿Y bien? —preguntó ella.

—El efecto sería causar el pánico entre los accionistas. Todos ellos exigirían la devolución del dinero. Todos los que estuviesen en posesión de acciones estarían dispuestos a venderlas por lo que les dieran en el mercado.

—¿Y a qué iba a conducir todo esto? ¿Quiere decírmelo?

—Claro. El hombre es un animal de costumbres. Si la gente invierte dinero en acciones de una mina es porque cree que los beneficios proceden de la mina. Si reciben un cheque de una fundición, es porque creen que los beneficios proceden de fundir el mineral. Su marido poseía una fundición. Le daba buenos beneficios. Poseía minas que suministraban el material a la fundición. A nadie se le ocurrió pensar que sólo se trataba de mineral de piedra y que la fundición sacaba sus beneficios de una casa de juego.

Ella me miró fijamente.

—En este caso, ¿es preferible comprar acciones de la fundición?

—De la empresa minera, Irene.

—¿Pero dónde adquirir las acciones? ¿Cómo sabré dónde se pueden comprar?

—Tengo la sospecha de que su marido ya hizo algo en este sentido. Vayamos a echar una ojeada.

No tuvimos que buscar mucho. En uno de los cajones del escritorio de George Bishop encontramos el borrador de una carta dirigida a los accionistas instándolos a no perder la confianza en la Compañía, a pesar de que iban a enfrentarse con un período financiero adverso, pero que acabarían saliendo a flote. El Banco insistía en el pago de una deuda contraída con objeto de reunir capital, pero la mina ofrecía cada vez mejores perspectivas y aquellos que no se desprendieran de sus acciones podían estar seguros de hacer un bonito beneficio con el tiempo, sacando un ciento cincuenta por ciento o tal vez más de su inversión original.

Era una carta redactada con mucha astucia.

Encontramos la lista de las direcciones a las cuales había de ser mandada la carta, con el número de acciones que poseía cada uno de los accionistas.

—¿Se atreve? —pregunté—. Parece ser que se vendieron alrededor de unos treinta mil dólares en acciones. Seguramente se podrán adquirir por quince o veinte mil dólares todas juntas. Pero usted descubrirá que su marido continuaba ejerciendo el dominio sobre la compañía. Si va a heredar sus propiedades, no es necesario que compre nada; en caso contrario, es mejor que invierta sus ahorros en estas acciones.

—Creo que voy a heredar —dijo ella.

Di la vuelta al escritorio.

En uno de los cajones encontré media docena de tarjetas de grueso cartón verde con una complicada filigrana. Eran pases en blanco para *La puerta verde*, y llevaban la firma de
Hartley L
. Channing.

Ella los contempló en silencio.

Me metí las tarjetas en el bolsillo.

—Tal vez me sean de alguna utilidad —le dije.

Ella no respondió.

—¿Tiene usted alguna coartada para el martes por la noche? —le pregunté de repente.

—No…, ninguna que pueda presentar.

—¿Tiene un amigo joven?

Ella dudó.

—¿Sí o no?

—No en el sentido que se imagina usted. Cuando me casé con George decidí serle fiel.

—¿Y no se encontraba muy sola, pasando él tanto tiempo fuera?

Me miró a los ojos.

—Donald —me dijo—, yo soy artista de *cabaret*, de esas que se desnudan ante el público; soy una exhibicionista. Cuando una lleva la profesión en la sangre no es posible abandonarla. Sentía un profundo desprecio por los espectadores como personas, pero este grupo de individuos tan despreciables formaban una unidad, un público. Me gustaba oír subir los aplausos y las aclamaciones del teatro sumido en las sombras y romperse contra el decorado en una ola de sonido. Sabía lo que aplaudían. No era mi representación, era mi cuerpo. Querían que me quitara más ropas de las que autoriza la Ley. Aplaudían, pataleaban y enronquecían gritando.

—¿No sabían ellos que no se podía usted quitar más prendas sin correr el peligro de ir a la cárcel?

—De esto se trataba, precisamente, Donald. Pero en esto se revelan las buenas artistas. Yo hacía que lo olvidasen, con mi trabajo. Una buena artista puede aparentar estar indecisa, dudando en quitarse una pieza más, sólo para satisfacer a aquel auditorio particular. Estar inmóvil en el escenario, aparentando luchar consigo misma, y esta actitud provoca los aplausos más frenéticos… Le aseguro que es un arte saber actuar de esta forma.

—¿Y lo echaba de menos?

—Donald, lo echaba de menos de un modo terrible.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con el hecho de dónde estaba usted el martes por la noche?

—Muchísimo.

—Continúe —dije.

—Sabía que George se marchaba de viaje. Tengo varios amigos del teatro en los *cabarets*. Antiguos compañeros míos… Pues bien, cuando George se hubo marchado, fui al teatro, me coloqué una máscara y di una representación, como *El misterio enmascarado*. Me divertí mucho… y también la gerencia del *cabaret*. El público enloqueció. Tenía una coartada perfecta si quería hacer uso de ella…, un par de centenares de testigos presenciales.

—Sin embargo, llevaba puesta una máscara. No le podían ver el rostro.

—Es cierto, pero una docena o más de los artistas que actuaron aquella noche sabían que yo era *El misterio enmascarado*, y el público sabía que yo estaba allí… Salí dos veces a escena.

—¿Había hecho esto en alguna ocasión anterior?

—¿Quiere decir desde que me casé con George?

—Sí.

—No; ésta fue la primera vez.

—No me gusta, Irene. Todo da la impresión de que había querido construir una coartada, mientras su amigo se dedicaba a eliminar a su marido. Para ser una coartada no preparada, es demasiado buena.

—Lo sé —admitió ella—. Pensé en ello, y en lo que usted pensaría.

—La policía también será de la misma opinión —continué—. Y éste es el punto principal. ¿Qué ha contado usted a la policía?

—Les dije que estaba en casa y en la cama.

—¿Estuvo levantada toda la noche?

—Sí.

—¿De modo que habrá dormido muy poco durante estos últimos días?

—Sí.

—Llame a su médico. Dígale que está nerviosa y agotada. Dígale que tiene necesidad de descansar y que quiere dormir veinticuatro horas seguidas. Si ellos la interrogan y no se dan por satisfechos con sus respuestas, la arrestarán.

—Lo sé.

—Está bien. Si está usted dormida, no puede hablar, y si cuando despierte recuerda haber dicho algo que la pueda perjudicar, siempre podrá alegar que los efectos de la droga no le permitían razonar correctamente. Y con su cuerpo, no hay ningún jurado en este mundo que no le diera la razón. Pero si no toma ninguna droga, no dormirá. Y en este caso será más fácil que cometa un error en sus respuestas, y estos errores serán más difíciles de subsanar. De modo que deme la lista de los accionistas y todo el dinero que quiera invertir en las acciones de esta compañía, y trataremos de añadir algo a su fortuna privada.

—¿Y qué sacará usted de todo esto?

La miré fijamente a los ojos.

—El cincuenta por ciento del beneficio neto.

—Ahora —dijo, emitiendo un suspiro de alivio— es cuando confío en usted.

—¿Por qué?

—Antes no sabía lo que quería —dijo ella—. Y desconfío de los hombres hasta que no sé lo que quieren.

capítulo dieciséis

LOS periódicos de San Francisco publicaron ediciones especiales cuando John Carver Billings y su hijo fueron detenidos.

Uno de los periódicos llegó al extremo de publicar los titulares en tinta roja:

BANQUERO DETENIDO POR EL ASESINATO
DE
BISHOP
.

La evidencia que ha descubierto la policía fue circunstancial, pero decisiva.

La policía ha llegado a la conclusión de que el crimen no tuvo lugar en el yate donde fue encontrado el cadáver.

Un experto en dactiloscopia ha identificado las huellas de unos dedos ensangrentados encontradas sobre un pasamanos de latón, como pertenecientes a tres dedos de la mano derecha de John Carver Billings.

El candado del yate fue roto y sustituido por otro nuevo. La policía hizo averiguaciones en todas las tiendas de ferretería de la vecindad y encontró a un comerciante que recordaba haber vendido el candado el miércoles por la tarde. La policía le mostró una fotografía de John Carver Billings, y el comerciante lo reconoció «inmediatamente y sin ninguna clase de dudas», según expresión de la policía.

Buzos de la policía han descubierto un revólver del calibre 38 en el fondo de la bahía, debajo mismo del yate del banquero. El número del revólver ha revelado que fue vendido a John Carver Billings con permiso de la policía, «para su defensa personal». Los

peritos en balística han demostrado que el proyectil que fue encontrado en el cuerpo de George Bishop fue disparado con este revólver.

Otra de las balas atravesó el cuerpo y ha sido encontrada empotrada en un agujero en un rincón del camarote principal del yate de Billings, el Billingboy. La policía levantó la alfombra del camarote y encontró huellas de sangre en el suelo, a pesar de que se habían hecho todos los esfuerzos imaginables para hacerlas desaparecer.

Sin embargo, los reactivos químicos usados por la policía han permitido revelar estas huellas.

La alfombra que cubría el suelo del camarote era nueva y precisamente fue comprado por John Carver Billings el jueves por la mariana. Finalmente, al examinar el garaje del rico banquero, la policía descubrió la alfombra original que cubría el suelo del camarote. Estaba manchada de sangre y conservaba unos pelos prendidos en ella. El examen microscópico ha revelado que estos cabellos eran idénticos en color, diámetro y aspecto a los de la cabeza de George Justin Bishop. Un perito de la policía ha declarado que, sin género de dudas, los cabellos pertenecen a Bishop.

La policía no ha logrado averiguar hasta el momento el motivo del crimen, pero se sabe que existían graves divergencias de opinión entre Bishop y el banquero, a causa de ciertos asuntos relacionados con unas operaciones de una compañía minera que había pedido dinero prestado al Banco de Billings.

Cuando fueron preguntados a este respecto, tanto el padre como el hijo adujeron ciertas coartadas, pero la policía ha comprobado que ambas eran falsas. El viejo Billings declaró haber celebrado una conferencia con uno de los directores de su Banco, llamado Waldo W. Jefferson, el martes por la noche, cuando, al parecer, fue cometido el crimen. Sin embargo, apremiado a preguntas por la policía, Jefferson acabó por confesar que John Carver Billings le había pedido como favor personal que jurase que habían estado celebrando una conferencia el martes por la noche, para así poder disponer de una coartada en el caso de que la necesitara.

Billings explicó a Jefferson que tenía razones personales para

poder necesitar una coartada para el martes por la noche, y Jefferson, que confiaba ciegamente en la integridad del presidente del Banco, estaba convencido de que sólo podía tratarse de un asunto matrimonial, de carácter íntimo. Por este motivo había consentido en facilitarle la coartada. Pero un crimen era un asunto muy diferente, y cuando la policía le presentó las pruebas que había logrado reunir, el hombre confesó de plano.

Me dirigí al club náutico.

Encontré allí a unos trescientos espectadores, impelidos por una malsana curiosidad y atisbando a través de la reja, sin rumbo fijo, contemplando los yates desde diferentes ángulos.

Los coches oficiales iban y venían. Expertos de la policía estaban a bordo de los yates, buscando huellas dactilares y empleando diversas clases de polvos.

De vez en cuando, algún fotógrafo aficionado trataba de cruzar la verja, pero era detenido por un guardián de aspecto importante, que le pedía su pase. Y en el caso de que no pudiera exhibir ningún pase, el guardián hacia una señal a alguno de los oficiales de la policía, que se encargaba de alejar al fotógrafo importuno.

Permanecí allí durante una hora. Finalmente, uno de los policías relevó al guardián del club, que se alejó de allí para tomar una taza de café y yo le seguí.

—Necesito saber ciertas cosas —le dije—, y no soy de aquellos que piden un favor gratuitamente.

Me miró de reojo.

—La policía me ha prohibido decir nada.

—¡Oh, no se trata del asesinato! —dije yo, riendo—. No, eso no se lo preguntaría. Se trata de algo muy distinto.

—¿Qué?

—Intento averiguar algo que hace referencia a uno de los yates.

—¿Cuál?

—Ésta es precisamente la razón por la que me dirijo a usted. No sé de cuál se trata. Sólo sé que llevaba la insignia del club y salió a navegar el martes por la tarde, hace una semana. Pues supongo que no hay muchos yates que salgan a dar un paseo un día por la tarde, a media semana.

—Está en un error —contestó él, sonriendo—. El miércoles por

la tarde son muchos los que salen.

—¿Y el lunes?

—Creo que ninguno.

—¿Y el martes?

—Muy pocos.

—¿Toman ustedes relación de los yates que salen?

—No.

—Sin embargo, toman nota de las personas que cruzan la cerca.

—En efecto.

—En este caso, consultando los nombres de las personas que cruzaron la verja, podrá decirme algo con respecto a los yates que abandonaron el embarcadero.

—La policía se ha quedado con el libro de registro. Lo necesitan como prueba. He tenido que comenzar otro.

—Es una lástima.

—Es lo mismo, pero me imposibilita facilitarle esa información.

—El martes por la tarde —dije, sacando un billete de veinte dólares.

—Me gusta el billete —dijo—, pero no puedo ayudarle.

—¿Por qué?

—Porque no tengo los libros. La policía se los ha llevado.

—¿Cómo se llama usted?

—Danby.

—¿A qué hora termina su trabajo?

—A las seis de la tarde.

—Podríamos encontrarnos y yo lo llevaría en coche a un lugar donde tal vez me podría señalar a una persona.

—¿A quién?

—A un hombre que usted conoce. No sé cómo se llama. Quiero saber quién es. Ahora le daré los veinte dólares; luego le daré más.

Danby meditó profundamente.

—Mientras tanto, me gustaría conocer algunos detalles con respecto al trabajo que hace usted aquí.

—¿Qué?

—Usted no puede estar siempre en su puesto —le dije—. Habrá momentos en que estará vuelto de espaldas a la puerta, en que abandonará su lugar, en que…

—Escúcheme —me interrumpió—, habla usted igual que los

policías. No hay nadie que pueda subir a bordo de uno de esos yates sin que el guardián se entere. Si el guardián abandona su puesto, aun cuando sólo sea por treinta segundos, colocamos una barrera en la verja interior y conectamos un timbre que nos advertiría inmediatamente de la presencia del que pisase el embarcadero. Los miembros del club insisten en que ningún extraño puede entrar en el recinto. En cierta ocasión tuvieron grandes quebraderos de cabeza por un caso de divorcio. La mujer deseaba obtener ciertas pruebas. Esto ocurrió hace un par de años. Los detectives consiguieron escabullirse al interior y registrar un yate. Se produjo un verdadero escándalo… Desde entonces, los socios dispusieron las cosas de tal modo que nadie ajeno al club puede entrar en ninguno de los yates bajo ningún pretexto.

—¿Y no representa una molestia para los socios si alguna vez no le encuentran a usted en su puesto?

—Casi siempre estoy en mi puesto. Para eso me contrataron. Si tengo que abandonar la gatita durante unos instantes, cierro la verja interior y nadie puede pasar. Y si llega un socio, sabe que sólo me he alejado por cuestión de minutos, y sabe también que si logra cruzar la verja, en el momento en que pise el embarcadero sonará el timbre. Por este motivo, entran en mi garita y esperan. No creo que ninguno de los socios haya tenido que esperar nunca más de dos minutos. Para eso estoy allí, para eso me pagan.

Le alargué el billete de veinte dólares.

—Lo esperaré hoy a las seis, Danby. Sólo tendrá que subir a mi coche.

Miró el billete por los dos lados, como si temiese que fuese falso; luego se metió en un restaurante sin darme siquiera las gracias.

Me marché de allí y fui a ver a mi corredor de Bolsa.

—¿Cómo va eso de las acciones de minas? —le pregunté.

—Estoy comprando mucho y muy barato… Lam, le aconsejo que no lo haga.

—¿Por qué?

—Esas acciones no tienen ningún valor. En primer lugar, las emiten por correspondencia. En segundo lugar, la mina ha perdido dinero en cada uno de los cargamentos que han salido de allá. En tercer lugar, debe una gran suma de dinero a un Banco. Y en cuarto lugar, el hombre que estaba detrás de todo esto era Bishop, y ya no

cuenta. Si buscase la peor inversión que se puede hacer en este mundo, no le podría aconsejar otra más ruinosa que ésta.

Sonreí.

—Eso me explica todo lo que yo deseaba saber —me dijo—. ¿Está conforme en que compre unas cuantas acciones por cuenta propia?

—No haga una oferta fuerte —le advertí.

—Tonterías, Lam; ni con una máquina a presión haría usted subir los precios de estas acciones.

—¿Tiene muchas ofertas?

—Cantidades inmensas.

—Continúe comprando, pues —le dije. Y abandoné la oficina.

A la hora convenida fui a recoger a Danby. No se mostró demasiado contento al verme.

—Tal vez no le guste eso a la policía —dijo.

—La policía no le dará dinero.

—La policía suele ponerse muy molesta cuando hay cosas que no le gustan.

—Aquí tiene cincuenta dólares —le dije—. ¿Le compensa suficientemente de cualquier molestia posible?

El hombre miró el dinero con expresión ávida.

—Faltan aún diez —dijo. Añadí otros diez dólares y él se embolsó lentamente el dinero.

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Dar unas vueltas en coche.

—¿Por dónde?

—Hasta donde podamos estacionar el coche y permanecer sentados.

—¿Y qué más?

—Si ve a alguien a quien conozca, me lo dice.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

Abandonamos rápidamente Van Ness Avenue, cruzamos Market Street, seguimos la carretera hasta Daly City y aminoré la marcha cuando nos acercamos a *La puerta verde*.

Era, en verdad, un lugar sumamente interesante, muy bien disimulado.

Años atrás, San Francisco inició un tipo de construcción especial:

pequeños almacenes para tiendas en la planta baja y dos pisos en la parte superior, con convencionales ventanas ojivales, un estilo arquitectónico muy propio de San Francisco y que se reconoce en seguida.

La puerta verde se hallaba en uno de estos edificios.

En uno de los lados se hallaba una droguería que vivía de los clientes de la vecindad que, sin duda alguna, pagaban sus cuentas el sábado. La venta a crédito es el único medio de defenderse que tienen esos pequeños comercios, frente a los grandes mercados al contado donde se compra a granel y no hay que llevar libros ni contar con clientes morosos.

Al otro lado había una tintorería. Entre ambas tiendas se encontraba *La puerta verde*, un lugar sin pretensiones de ninguna clase, únicamente con las puertas pintadas de un color verde especial.

Di unas vueltas a fin de orientarme.

Al parecer, se había pedido a los conductores que estacionasen sus coches a media manzana de allí.

Los taxis podían detenerse frente al edificio, y cerca de allí, en lugares donde no llamaban la atención, vi estacionados tres magníficos coches de lujo. En la calle, frente a *La puerta verde*, sólo se veían unos pocos automóviles de segunda mano que seguramente pertenecían a los vecinos de aquel barrio.

Los dos pisos situados encima de *La puerta verde*, eran iguales a todos los demás del vecindario. Uno de ellos mostraba el letrero de *Se alquila* en una de sus ventanas, pero el nombre del administrador se había borrado hacía diez años. Las otras ventanas estaban veladas por visillos o persianas, algunas mostraban tiestos con flores en el alféizar y, en general, daban la impresión de ser viviendas ocupadas por personas de condición humilde y temperamentos diferentes, pero todas ellas con ingresos muy bajos y ansiosas de pagar un alquiler barato.

Aquella apariencia, sin embargo, era ficticia. Se trataba de un decorado con vistas a la calle. Un trabajo bien logrado.

Los establecimientos que funcionan bajo la protección de la policía no necesitan un disfraz tan cuidadoso, sólo algo que dé el camelo al público, un disfraz que permita trabajar con desahogo… lo suficiente para pegársela a cualquier detective aficionado que

quiera descubrir la timba, en el caso de que viva en aquella vecindad.

En el caso de *La puerta verde* parecía como si se hubiese hecho un hábil intento por ocultarla, lo cual podía o no indicar una ausencia de protección por parte de la policía.

Las tiendas situadas a ambos lados de *La puerta verde* eran, desde luego, establecimientos que disfrutaban de una renta muy baja. Por lo tanto, era evidente que se había dado a entender a sus respectivos dueños que constituía una gran virtud para un pequeño comerciante ocuparse únicamente de sus asuntos.

Situé el coche en un lugar desde donde podíamos divisar *La puerta verde* y nos apoyamos contra el respaldo del asiento dispuestos a esperar.

Fue una espera muy larga.

Al principio, Danby me dirigió unas cuantas preguntas. Le di a entender que la persona por la cual yo estaba interesado iría a la droguería.

La niebla comenzó a bajar de las colinas. Los blancos vellones eran impelidos por la brisa marina. Me sentía muy animado, como suele ocurrirme en San Francisco, sobre todo cuando se presenta la neblina.

Un taxi se detuvo frente a *La puerta verde* y dos hombres bajaron de él, empujaron la puerta y entraron.

Al parecer no había ningún vigilante y la puerta estaba abierta.

—¿Conoce a alguno de los dos? —le pregunté a Danby.

—No, jamás los había visto. Pero no han entrado en la droguería. Han subido a uno de los pisos.

—En efecto —asentí.

Continuamos esperando.

Un lujoso coche dio vueltas a la esquina, se detuvo unas cuantas casas más lejos y bajaron de él un hombre y una mujer.

Dejé a Danby sentado en el coche, me acerqué a una parada de la esquina y compré un par de bocadillos.

Danby comenzaba a impacientarse.

—¿Cuánto va a durar eso? —preguntó.

—Hasta medianoche.

—Un momento. Eso no fue lo convenido. El trato era otro.

—Usted ya supo chalanear, cuando se trató de ello.

—De acuerdo, pero yo no creía que fuese así.

—¿Y qué creía, pues?

—Pues creí que pensaba dar unas vueltas en coche y…

—Apéese y pasee —lo invité.

Tampoco pareció gustarle esta idea.

—¿Quiere decir que recorra la calle de un extremo a otro hasta medianoche?

—Si lo prefiere usted.

—Me quedo aquí.

Guardamos silencio durante largo rato. Otro taxi paró frente a la casa, luego entraron en el edificio cuatro hombres que, al parecer, habían dejado su coche en otra calle. Uno de ellos echó una mirada inquisitiva hacia nuestro coche y luego cruzaron la calle hacia el garito.

Aquello no me gustó. Alguien de *La puerta verde* debía de haber advertido nuestra presencia y enviaba a una delegación para echarnos una mirada.

Miré a Danby y me pregunté que diría en el caso de comprender que su retribución también incluía una prima por un buen trabajo.

Se trataba de un sujeto gruñón que se había apresurado a tomar mi dinero, para desear luego no haber contraído obligación alguna.

—Esto se pone feo —dijo Danby al cabo de un rato—. Si el club descubre lo que estoy haciendo… me costará hallar una explicación convincente.

—¿Y bien? ¿Dónde encontrará el club a otro hombre que posea su experiencia, alguien que conozca personalmente a todos los socios y todas las teclas del negocio? Además, aunque lo descubran, ¿qué? Estoy seguro de que continuarán pagándole lo mismo que el primer día que entró a trabajar allí, sin saber que los salarios han subido una enormidad.

—No, me han subido el sueldo un par de veces.

—¿Cuánto?

—Una vez un quince por ciento, y la segunda un diez por ciento.

—¿Y eso en qué plazo de tiempo?

—Cinco años.

Reí sarcásticamente, Danby comenzó a reflexionar sobre si realmente le pagaban un sueldo demasiado bajo y abusaban de él. Vi que la idea le agradaba. A mí, también; de esta forma tenía su

mente ocupada en algo.

Consulté mi reloj de pulsera. Eran, exactamente, las nueve y cuarto de la noche.

Apareció un coche que se estacionó allí mismo. Era un modelo cupé de hacía tres años, pero en muy buen estado. Se veía muy cuidado, como el conductor, al que parecía no importarle un bledo estacionar el coche delante mismo de *La puerta verde*. Salió del coche, miró a un lado y a otro de la calle y, finalmente entró en el club.

Danby se volvió hacia mí:

—Ése es Horace B. Catlin. Si me ve aquí…

—¿Sabe usted conducir? —le interrumpí.

—Sí.

—¿Ese individuo es socio del club náutico?

—En efecto.

—Espere usted aquí. Si no he regresado dentro de una hora, lleve el coche a esta dirección, pregunte por el encargado y cuéntele todo lo que hemos hecho esta noche.

Tomó la tarjeta con la dirección y la miró lleno de curiosidad.

—Déjeme pensar —dijo—. Eso está… está en… Trato de recordar la travesía…

—No se preocupe ahora —le dije—. Métase la tarjeta en el bolsillo, asegúrese de que le recibe la persona con quien tiene que hablar y cuéntele toda la historia. Son las nueve y cuarto. Si a las diez y cuarto no he vuelto, vaya a contarlo todo.

Bajé del coche, arrojé el sombrero sobre el asiento, atravesé la calle con la cabeza descubierta y antes de entrar en *La puerta verde* miré hacia atrás.

Danby estaba sentado en el coche, estudiando la tarjeta que le había dado.

Confiaba en que no se diera cuenta de que la dirección era la de la Jefatura de Policía hasta que hubiese llegado allí.

Di vuelta al pestillo y empujé la puerta verde que giró sobre unos goznes bien engrasados.

Entré en un pequeño vestíbulo. Unos peldaños desgastados, sin alfombra, crujientes y agrietados, conducían a otra puerta.

Levanté la mano para llamar, pero entonces comprobé que no era necesario. Había cruzado un rayo de luz invisible, y se abrió una

pequeña mirilla en la puerta. Un par de ojos me examinaban a través de un cristal que por lo menos debía de tener una pulgada de grueso.

—¿Tiene pase? —me preguntó una voz que, evidentemente, hablaba por un micrófono.

Saqué a relucir una de las tarjetas que había encontrado en el domicilio de Bishop. Yo mismo había escrito mi nombre en ella.

Desde el otro lado del grueso cristal, los ojos examinaron la tarjeta. Oí de nuevo la voz a través del micrófono que decía con impaciencia:

—Bien, échela en el buzón.

Me di cuenta en aquel momento de la existencia de una estrecha ranura en la gruesa puerta.

Metí la tarjeta en aquélla.

Se hizo un profundo silencio, luego oí funcionar un mecanismo eléctrico que descorría el cerrojo. La pesada puerta se deslizó a un lado, corriendo sobre ruedas por un raíl de acero. El sordo rumor y la vibración de la escalera al mover la puerta me mostraron la razón del micrófono y de la voz amplificada. Aquella puerta era casi tan recia como la de una cámara acorazada. Al echar una mirada de curiosidad en torno me di cuenta de que los peldaños eran lo único construido con madera que había en aquel pequeño vestíbulo.

Había cruzado la puerta verde y había penetrado en una especie de habitación de acero en donde los visitantes eran examinados.

Aunque la policía hubiese ido equipada con picos y martillos, poco hubiese podido hacer para derribar aquellas defensas.

—Bien —dijo la voz impaciente—. ¡Entre ya!

Entré y no vi a nadie. No había la menor duda de que el guardián se había vuelto a encerrar en su garita a prueba de balas y que en aquel momento estaba jugueteando con su revólver y apuntándome con él. Crucé el raíl hundido por donde se había deslizado la puerta.

Aquél era un mundo completamente distinto. Mis pies pisaban una gruesa y suave alfombra. La estancia estaba iluminada por la luz indirecta. Se respiraba allí una atmósfera de riqueza fortuita y fácil, tan necesaria en una casa de juego de alta categoría.

Todo había sido previsto para prender desde el principio a los clientes en una atmósfera de riqueza y de posición social.

Son numerosas las personas a quienes les gusta relacionarse con medios sociales más elevados que los que ellos suelen frecuentar y que se consideran muy honradas si son admitidas en lugares especializados en robarles el dinero.

Este ambiente es una inversión muy saneada y no cuesta tanto dinero como pueda parecer a simple vista. Basta con unos cuantos detalles. Por ejemplo, los cuadros sólidamente enmarcados y convenientemente iluminados por bombillas con pantallas. Si el cliente no sabe apreciar el valor de los cuadros, lo atribuye avergonzado a su propia ignorancia artística. En realidad, tales cuadros son copias de veinte dólares en marcos de cincuenta, y una iluminación por valor de diez dólares.

El cliente que sabe apreciar mejor el valor de los marcos que el de la pintura, está convencido de que se trata de auténticas obras maestras. En caso contrario, ¿para qué tanto marco y tanta iluminación?

Los restantes detalles son aún más simples. Alfombras de vivos colores, con una capa de caucho debajo y el artístico decorado de los cortinajes. Con luz indirecta, el conjunto proporciona la impresión de que ha costado miles y miles de dólares. A la luz del día, se vería inmediatamente el engaño.

Entré en unas habitaciones y vi exactamente lo que había esperado encontrar.

La primera estancia era un pequeño bar. Contenía algunas mesas, sillas tapizadas, reservados, luz indirecta y una suave música de fondo.

Dos o tres parejas estaban sentadas ante las mesas. Tres individuos ocupaban la del rincón del bar. Sobre la mesa se veían dos botellas de champaña y un montón de billetes de banco. Al parecer, estaban celebrando algún gran éxito financiero.

Me pregunté si también ellos formaban parte de aquel decorado tan especial.

Un individuo frío pero cortés me devolvió la tarjeta que yo había entregado al cancerbero.

—¿Me permite preguntarle lo que busca, Mr. Lam?

—Exactamente lo que hay aquí —respondí.

La mirada se suavizó un tanto.

—¿Me permite preguntarle de dónde ha sacado el pase? ¿Quién

responde por usted?

—El pase está debidamente firmado.

—Lo sé, pero a veces los pases firmados se entregan a diferentes personas para su distribución.

—Éste me lo entregó el propietario.

Me miró, algo sorprendido.

—¿Conoce usted personalmente a Mr. Channing?

—En efecto.

—En este caso la situación es enteramente distinta —dijo el hombre—. Entre, Mr. Lam.

Antes de que pudiera dar un paso, se volvió de nuevo en tono de disculpa y me dijo:

—Temo que no me quede otro remedio que cumplir con las obligaciones que impone el reglamento. ¿Me permite ver su licencia de conductor para comprobar que es usted la persona inscrita en el pase?

—¡Oh, sí, desde luego! —asentí. Saqué mi cartera del bolsillo y le mostré el permiso de conducción.

—De Los Ángeles, ¿eh?

—En efecto.

—Por este motivo no lograba identificarlo. ¿Se va a quedar mucho tiempo en nuestra ciudad, Mr. Lam?

—No mucho. Y deseo distraerme, jugando un poco, mientras permanezca aquí. Soy muy conocido en casa de Al, en Los Ángeles.

—¡Oh! —exclamó—. ¿Cómo está Al?

—Yo no le conozco personalmente —respondí—. Sólo su casa. Pero sí conozco al gerente…

Me detuve de pronto, como si hubiese estado a punto de cometer una indiscreción.

—¿Decía usted? —me preguntó.

Yo sonreí.

—Si usted conoce a la persona a la cual me refiero, conocerá también su nombre. Y si no lo conoce, de nada sirve decirle su nombre.

Él soltó, una carcajada.

—¿Quiere algún crédito, Mr. Lam; o cualquier otro arreglo, para que podamos canjear sus cheques?

—Creo que llevo bastante efectivo encima para esta noche.

—Pero si tiene interés en…

—En el caso de que se me acabe el dinero, entraré a ver personalmente a Channing.

—De acuerdo. Pase, Mr. Lam.

Me indicó una puerta del extremo opuesto del bar.

Atravesé el salón, empujé la puerta y de nuevo me encontré en un vestíbulo. En uno de los extremos se veían las puertas que conducían a los lavabos. Un negro prestaba sus servicios allí.

Oí tres veces seguidas un zumbido.

El criado negro, vestido con chaqueta blanca, se puso de pie y sin pronunciar palabra pulsó un resorte. Se abrió una puerta disimulada en la pared.

Entré en el salón de juego. En aquel momento había poca gente. Lo más probable era que los verdaderos clientes apareciesen más tarde, después de la cena o del teatro.

De nuevo se respiraba un ambiente de lujo refinado. Había allí las acostumbradas mesas de ruleta, bacará y póquer. Seis o siete de los presentes iban vestidos de etiqueta y hacían apuestas muy elevadas, con ese aire altivo que los ingenuos atribuyen a los jugadores de categoría. Comprendí inmediatamente que aquellos individuos sólo estaban allí para dar ambiente al salón de juego a una hora en que todavía no habían llegado los principales clientes de la casa.

Horace B. Catlin no se hallaba entre los presentes.

Si la noticia de la muerte de George J. Bishop había afectado a alguien en aquella casa de juego, no se observaba de ello la menor demostración externa. El juego proseguía con el correcto decoro de un club aristocrático donde los jugadores eran unos caballeros y la pérdida de unos cuantos cientos de dólares no era más que uno de esos divertidos incidentes de la vida que sólo merecen un ligero encogimiento de espaldas por parte de las personas educadas.

Más tarde, cuando el juego se animase, algunos de los jugadores a sueldo de la casa perderían grandes sumas con una sonrisa de superioridad, para empezar luego a poner grandes cantidades de fichas con un refinado mohín o alzando ligeramente una ceja, para indicar un completo dominio de sus emociones.

Los ingenuos que no soportarían la emoción de ganar diez centavos, se sentirían tentados de imitar a sus «aristocráticos»

vecinos de mesa, y contemplarían asimismo sus pérdidas con una sonrisa de superioridad, esperando en vano una «racha de suerte» que les permitiera desquitarse.

Desde luego, hay unas cuantas casas de juego en los Estados Unidos en las que se juega con seriedad y sin hacer trampas. Pero *La puerta verde* no me pareció una de ellas.

Seguí el juego durante un rato y luego compré fichas por valor de veinte dólares. El individuo que estaba al frente de la ruleta lucía un anillo de diamantes en sus manos perfectamente cuidadas y muy hábiles, que manejaban las fichas con una despreocupada soltura. Su actitud daba a entender claramente que tenía la manga muy ancha y que si uno de los clientes sólo compraba fichas por valor de veinte dólares, la casa nada tenía que objetar. Allí no establecían diferencias y pretendían regirse por un sistema democrático.

Aposté cinco dólares al rojo, y salió negro. Doblé mi apuesta al rojo. Salió rojo y me pagaron doble. Aposté dos dólares al número tres, y salió el treinta. Aposté otros dos dólares al número tres, y esta vez salió el siete.

Volví a apostar dos dólares al número tres y esta vez salió el tres. El *croupier* me pagó, dirigiéndome una mirada llena de curiosidad. Algunos de los presentes comenzaron a interesarse por mi juego.

Dejé dos dólares en el número tres y aposté dos dólares al veinte.

Salió el veinte y el *croupier* volvió a pagarme.

Se detuvo para ajustarse el nudo de la corbata.

Puse dos dólares en el cinco.

Percibí una risita femenina muy nerviosa. Vi unos hombros desnudos cuando una mano colocó una ficha sobre el tapete verde. El brazo casi me rozó la mejilla. Una juvenil visión dijo:

—Espero que no me juzgará impulsiva, pero con una suerte como la suya no voy a perderme la oportunidad de ver si me presta una poca.

—No faltaba más —dije cortésmente. Volví la mirada hacia ella.

Era una rubia de nariz respingona, con unos labios rojos y llenos y un cuerpo que a buen seguro podía ganar muchos premios en un concurso de beldades en traje de baño.

Me sonrió con amabilidad, pero súbitamente se mostró muy

reservada y fría, como si de pronto se hubiese dado cuenta de que en realidad no sabía quién era yo y que nuestras relaciones se debían sólo a estar uno al lado del otro en una mesa de ruleta.

Giró la rueda. La bolita dio innumerables saltitos y salió el número siete.

Aposté dos dólares al número diez. La rubia colocó su ficha exactamente encima de la mía.

Perdimos.

Aposté dos dólares al número veintisiete. La rubia dudó unos instantes, pero luego apostó también un dólar al mismo número.

Giró la rueda. La bolita dio muchos saltitos, y salió el número doce.

Oí exhalar un suspiro a la rubia. Aposté dos dólares al número siete y un dólar al número tres.

La rubia dudó. Luego, tratando de ocultar valerosamente que aquél era su último dólar, apostó al número tres, colocando su ficha directamente encima de la mía.

La bolita dio muchas vueltas y, por fin, se detuvo. La rubia lo vio antes que yo. Emitió un ligero grito y me asió por el brazo en un éxtasis de entusiasmo que no logró ocultar.

—¡Hemos ganado! —exclamó—. ¡Hemos ganado!

El *croupier* le dirigió una mirada paternal, divertida y nos pagó.

Volvimos a apostar juntos tres o cuatro veces; luego volvimos a ganar.

Yo comenzaba ya a tener un buen montoncito de fichas delante de mí.

La rubia sacó nerviosamente una pitillera de su bolso negro, golpeó el cigarrillo contra la plata bruñida y se lo llevó a la boca.

Yo encendí una cerilla.

Ella se inclinó hacia adelante, para que le diera fuego.

Me fijé en sus largas pestañas, en su mirada pérfida pero llena de interés mientras me examinaba.

—Gracias —dijo. Y al cabo de un instante añadió—: Por todo.

—No me lo agradezca —le dije.

—Son muchas las personas que no me hubiesen permitido compartir…, bien, su suerte.

Su mirada era de aquéllas que impulsaban a los hombres a decir que uno está dispuesto a compartir lo que sea con una mujer así, y

de modo permanente.

Me limité a sonreír.

Su mano permaneció apoyada en la mía por un instante, mientras arreglaba sus fichas al borde de la mesa.

Súbitamente, dijo:

—¡Significa tanto para mí! Estaba arruinada hasta mi último dólar.

Perdimos tres o cuatro apuestas más; luego aposté cinco dólares a un número. Ella tuvo un súbito presentimiento y colocó diez dólares sobre mi puesta.

Ganamos.

Esta vez abogó un grito de alegría, pero cuando me miró, sus ojos brillaban. De nuevo puso su mano en mi brazo, apretando sus dedos.

El *croupier* nos pagó y pareció fruncir el ceño al entregarle sus fichas a la rubia. Era un montoncito de fichas muy tentador.

Ella se apoyó contra mí. Noté que temblaba.

—Tengo que sentarme unos momentos —murmuró—. Por favor…, por favor… ¿Qué tengo que hacer con tantas, con tantas fichas?

—Cambiarlas —dijo el *croupier* con expresión fría—. Y luego puede volver a comprar más para continuar jugando.

—¡Oh, yo…! Muy bien.

Su cuerpo se apoyaba pesadamente contra el mío, como si sus piernas ya no la sostuvieran.

—Por favor, ¿me acompaña hasta una silla?

Dirigí una rápida mirada a mi montón de fichas y al suyo.

El *croupier* vio mi mirada y asintió con un movimiento de cabeza.

—Yo cuidaré de esto —dijo haciendo un gesto como quien no da la menor importancia al dinero.

Tomé a la muchacha por el brazo y la acompañé hasta una mesa del bar.

Un camarero se inclinó solícito hacia nosotros apenas tomamos asiento.

—Creo que tenemos motivos sobrados para celebrarlo —dije—. ¿Qué le parece un poco de champaña?

—¡Oh, me encantaría! Tengo… ¡tengo que beber algo! ¡Oh, esto

significa tanto para mí! ¿Podría usted…?

—Desde luego, si usted lo desea. Me ocuparé de su dinero. ¿Sabe cuánto tiene en fichas?

Negó con un movimiento de cabeza.

—En este caso, es preferible que cuide usted misma de sus transacciones financieras.

—Pero si yo no tendría ni una sola ficha de no haber sido por usted, señor…

—Lam.

—Me llamo Marvin —dijo ella, sonriendo—. Mis amigos me llaman Diane.

—Yo me llamo Donald.

—Donald, estoy demasiado agotada para volver a la sala. Mis piernas no me llevarían. Yo… me gustaría que viera mis piernas.

—Es una buena idea —dije.

—¡Oh! —contestó ella, dándome un golpecito—. No lo he dicho en ese sentido.

Uno de los empleados de la ruleta se acercó a nuestra mesa con semblante grave.

—¿Desean que cambiemos sus fichas en caja —preguntó—, o prefieren que se las traigamos al bar? Pueden usarlas para pagar cualquier cosa que tomen en la casa.

—Tráigalas —dijo ella, precipitadamente—. Podría usted… Bien. ¿Podrían mandárnoslas aquí?

—Ciertamente.

El hombre se inclinó, se desvaneció y al cabo de un momento volvió a aparecer con una caja de plástico en la que habían sido colocadas mis fichas y un estuche de madera pulida con las fichas de la muchacha.

—Nos hemos tomado la libertad de cambiar algunas de las fichas para que no hagan tanto bulto —nos dijo—. Las azules representan veinte dólares cada una.

—Estas fichas azules… ¿valen veinte dólares cada una?

—En efecto, así es.

Las manos de la muchacha acariciaron los cantos dorados de las fichas.

—Cada una representa veinte dólares —dijo en un susurro.

El camarero trajo una botella de champaña. La descorchó, sacó

los pedacitos de hielo de nuestras copas y las llenó hasta el borde.

Brindamos.

—Suerte —dije yo.

—Suerte para usted también —respondió ella—. Usted es mi suerte.

Tomamos unos sorbos. Sus ojos me estudiaban. De pronto, exclamó:

—¡Estoy entre la espada y la pared!

—¿Qué quiere decir?

—Necesito dinero; aquí sólo tengo la mitad de lo que necesito… Voy a ser sincera. Había perdido todo lo que tenía. Reuní hasta mi último dólar, vine aquí y lo invertí todo en fichas. Estaba dispuesta a conseguir lo que necesitaba o a arruinarme por completo. Y luego…

Guardó silencio.

—¿Y luego? —pregunté.

—No lo sé. Me hubiera vendido o me hubiese matado…

No dije nada.

Ella siguió estudiándome.

—¿Qué debo hacer ahora? ¿Debo marcharme de aquí, y tratar de conseguir el dinero de otra forma, o debo continuar jugando?

—No pienso darle ningún consejo a este respecto —dije.

—Usted ha sido mi inspiración, mi suerte, ha hecho que ganara. Todo me iba de mal en peor hasta que llegó usted.

Continué guardando silencio.

De pronto, el gerente se acercó a nuestra mesa.

—¿No le importaría pasar un momento por el despacho? —preguntó a Diane.

—¡Oh! —exclamó lo muchacha, llevándose el puño, con los nudillos llanos, a la boca—. ¿Qué es lo que habré hecho ahora?

El gerente le sonrió, tranquilizadoramente.

—Nada —dijo—. Me han rogado que la invite a usted a pasar, *miss* Marvin. El jefe también tiene interés en saludar a Mr. Lam.

Consulté mi reloj de pulsera. Habían transcurrido treinta y cinco minutos desde que había entrado en la casa. Aún no había visto a Horace B. Catlin.

Súbitamente, Diane empujó su silla hacia atrás.

—Vamos —dijo—. Cuanto antes hayamos terminado, mejor.

—¿De qué se trata? —pregunté.

—Seguramente, de algo relacionado con mi crédito…, algo…, no lo sé.

El gerente nos acompañó con deferencia hasta una puerta muy grande que lucía un letrero: *Particular*.

La puerta se abrió sin que él la empujara; seguramente había apretado con el pie un botón secreto.

—Por aquí, por favor —dijo, haciéndose a un lado.

Seguí a Diane.

El gerente no entró. La puerta se cerró detrás de nosotros.

Me volví. La puerta no tenía tirador.

Había unos sillones muy cómodos colocados en semicírculo alrededor de una mesa, sobre la cual se veían vasos y botellas, un sifón y hielo.

Se abrió una puerta al extremo opuesto de donde nos encontrábamos, y
Hartley L
. Channing dijo:

—Por aquí, hagan el favor.

Entramos.

Channing nos estrechó la mano a los dos.

—¿Cómo está usted, Lam? —preguntó.

—Bien —contesté.

No dijo nada a Diane.

Ésta cruzó otra puerta, y yo la seguí.

Era una habitación que hacía las veces de salón y de despacho. Había allí un aparato de televisión, una radiogramola, una caja fuerte, un fichero, una mesa escritorio y varios sillones. Anaqueles, luz indirecta, pero ni una sola ventana. Una instalación de aire acondicionado mantenía el ambiente siempre fresco y sumamente agradable.

Channing se volvió hacia Diane y le dijo:

—Puedes marcharte, Diane. Éste no es un pez gordo.

La muchacha se volvió hacia él, indignada.

—¿Y por qué diablos no me han avisado? Yo…

—No te excites —contestó él—. Ha sido un error… Ahora, olvida que has visto a este hombre, olvida que has estado aquí, olvídalo todo…

Diane salió sin decirme una sola palabra, cerrando la puerta de golpe detrás de ella.

No pude saber si ella conocía el resorte secreto para abrir aquella puerta que no tenía picaporte, ni si Channing lo había manejado desde su mesa.

Channing y yo nos miramos fijamente por encima de la mesa.

—Me gustaría ver el pase gracias al cual ha logrado entrar aquí, Lam.

Sonreí.

—¿Bien? —dijo alargando su mano—. ¡Estoy esperando!

—El pase era lo bastante bueno para que me permitieran entrar —respondí—. ¿No le basta?

—No.

No me moví.

Channing frunció el ceño.

—Supongo que no será usted tan ingenuo como para ignorar que soy yo el que domina la situación.

—Supongo que no será usted tan ingenuo como para esperar que le diga lo que estoy pensando.

—Esto no nos llevará a ninguna parte.

—Me ha traído hasta aquí.

—Puede que no le resulte muy beneficioso.

Consulté mi reloj de bolsillo. Todavía me quedaban diecinueve minutos.

—Tal vez será mejor que hablemos sin rodeos y lleguemos a un resultado positivo —dije.

—Quiero ver el pase.

No respondí.

No vi que Channing hiciera ademán alguno. Seguramente había un botón escondido bajo la mesa. De pronto, se abrió la puerta y en el umbral apareció un hombre.

—Mr. Lam exhibió un pase cuando entró aquí —dijo Channing.

El recién llegado no dijo nada.

—No quiere enseñármelo —continuó Channing—. Y yo tengo mucho interés en verlo.

El hombre avanzó unos pasos, sonriendo, sereno.

—El pase, Mr. Lam —ordenó.

No hice ni un solo movimiento.

El hombre se detuvo, vacilando perceptiblemente, junto a mi silla.

Channing hizo una señal con la cabeza.

El hombre se inclinó hacia adelante y me asió por la muñeca.

Trate de libertar mi brazo. Pero la mano que me aprisionaba parecía de acero.

Mientras me sujetaba fuertemente la muñeca, me golpeó el codo con la otra mano. Mi brazo se dobló, y él lo apretó contra mi espalda.

—El pase —dijo Channing.

Me incliné hacia adelante, tratando de disminuir la tensión y aliviar el dolor.

—¡Maldita sea! —exclamó Channing, y se acercó a mí para cachearme.

Yo no podía hacer el menor movimiento.

Channing metió la mano en el bolsillo interior de mi chaqueta y sacó mi cartera. Extrajo el pase del que yo me había servido para entrar en aquella casa de juego. Iba a devolver la cartera a mi bolsillo, pero lo pensó mejor y se la llevó a su mesa.

—Gracias, Bill —dijo.

El hombre soltó mi muñeca. Me dejé caer de nuevo en la silla. Sentí un dolor terrible en el brazo, como si me lo hubieran dislocado. Channing iba a decirle a Bill que ya se podía marchar, pero lo pensó mejor y le dijo:

—No te alejes de aquí, Bill.

Channing se volvió hacia mí y dijo:

—Lam, no me gusta su comportamiento. Ha estado usted sentado en un coche frente a la casa durante varias horas en compañía de otro individuo. Su acompañante todavía lo está esperando. Supongo que si no regresa usted a su lado dentro de un plazo prudencial, vendrá a buscarlo o llamará a la policía, ¿no es cierto?

—Es usted el que habla. Yo lo escucho.

—Supongo que se imagina que eso constituye un buen seguro de vida.

—Yo me ocuparé de mis asuntos —respondí—. Ocúpese usted de los suyos.

Examinó cuidadosamente el pase.

—El pase es auténtico —dijo—. No sólo lleva mi firma, sino incluso una pequeña marca secreta que usted no sería capaz de reconocer. No cabe la menor duda, el pase es auténtico. ¿Dónde lo consiguió?

—Me lo dieron.

Movió la cabeza.

—Estos pases no se reparten tan a la ligera.

No dije nada.

Volvió a estudiar la tarjeta y me miró fijamente. No me gustó la expresión que vi en sus ojos.

—Lam —dijo finalmente—, no le voy a decir por qué lo sé, pero éste es uno de los pases que fueron entregados a George Bishop para que los distribuyera entre sus amigos más escogidos. Por lo general, George solía guardar en secreto sus relaciones con esta casa, pero disponía de unos pases especialmente marcados para las personas en quienes podía confiar. Éste es uno de los pases… Ahora bien, ¿de dónde lo sacó usted?

—Me lo dieron.

—Lam, es posible, aunque no lo creo, que haya hablado usted con Irene; y no me gustaría en absoluto.

No dije nada.

Tomó mi cartera, comenzó a sacar su contenido y, de pronto, se quedó inmóvil.

—¡Maldita sea! —exclamó finalmente—. Hay cuatro pases más… ¡Y todos ellos fueron entregados a George Bishop!

Me di cuenta en aquel momento de lo estúpido que había sido guardándome aquellos pases en la cartera. Indudablemente tenían una marca secreta.

Durante diez o quince segundos guardó un profundo silencio. Consulté de nuevo mi reloj de pulsera. Todavía disponía de once minutos, y luego Danby iría a ver a la policía; eso es, si se atenía a las instrucciones que yo le había dado. Deseé vivamente que así fuera. No me interesaba que la policía interviniera en aquella fase de mi investigación, pero temía que el asunto pudiera escapárseme de las manos.

Súbitamente, Channing dijo:

—Bill, hay un hombre esperando en el coche de este individuo. Había creído que era un botones que guardaba un seguro de vida

para este sujeto, pero quiero saber quién es.

—¿Sí? —preguntó Bill.

—Ve y tráelo —ordenó Channing.

—¿Y si no quiere subir?

—Te he dicho que lo traigas.

Bill se encaminó hacia la puerta. Tenía que aprovechar aquellos diez minutos y medio que me quedaban.

—Tal vez sea mejor hablar antes —dije.

—Hablaremos luego —dijo Channing.

Me puse de pie.

—Ya estoy cansado de todo eso.

Esperaba que Bill se vería obligado a hacerme una nueva llave de judo y con ello ganaría yo tiempo.

Bill dirigió una mirada interrogativa a Channing.

—Haz lo que te he dicho, Bill —dijo Channing, y sacó un revólver del 38, que colocó sobre la mesa. De nuevo se volvió hacia mí—. Creo que voy a llegar a una conclusión con respecto a usted dentro de muy pocos minutos. ¿De modo que es verdaderamente un detective privado? ¿En qué diablos está usted trabajando, y por quién trabaja usted?

La puerta se cerró detrás de Bill. Comprendí que estaba perdido. Hubiese debido limitar el plazo de tiempo a media hora, entrar y salir.

Y, realmente, deseaba tan poco como el propio Channing ver a la policía en aquel lugar. Éste fue, posiblemente, el motivo de que alargase el plazo al máximo de una hora. Mi intención había sido entrar allí, obtener la información y volver a salir en el plazo de otra media hora.

Y hubiese llevado a cabo mi propósito, de no haber sido por Diane Marvin. El hecho de que el *croupier* le hubiese indicado que me invitara a jugar, me había dado una falsa sensación de seguridad.

Channing estuvo reflexionando unos instantes y luego me arrojó la cartera, que fue a caer sobre mis rodillas.

—Métasela en el bolsillo —dijo—. No quiero que se lleve la impresión de que le quitamos nada por la fuerza. Encontrará todo lo que llevaba en su cartera. Sólo quería echar una mirada a su contenido…, ¿y no sabe cuánto me alegro de haberlo hecho?

—Está bien —dije—. ¿Y ahora qué?

—Esperaremos.

—Estaba tomando champaña con su adorable amiguita —dije—. Supongo que todavía queda algo en la botella. Yo…

—Olvídelo, Lam —dijo con esplendidez—, no pensamos cobrársela. A propósito, voy a decir que la traigan aquí para celebrar un brindis.

—¿Qué brindis?

—Cállese, tengo que pensar.

Pasaron unos instantes hasta que oímos una voz por un dictáfono.

—Bill está en la puerta. Dice que le haga saber que viene acompañado de un hombre.

—Dile que haga pasar a su hombre a la oficina número dos, y que conecten el altavoz. Interrogadlo allí. Podéis ayudarlo. Quiero saber quién es ese individuo y qué estaba haciendo ahí fuera.

Supongo —continuó Channing, dirigiéndose esta vez a mí— que se trata de uno de los hombres de su agencia.

No respondí.

—No le gusta hablar, ¿eh?

—Mis clientes me pagan para que les proporcione información, no para dársela a otros.

—A propósito, ¿quiénes son sus dientes?

Sonreí.

—Supongo —dijo en voz baja, como hablando consigo mismo— que Irene es más astuta de lo que sospechábamos.

Seguí callando.

—Si Irene quiere meternos en un lío —dijo, enarcando las cejas —, se buscará uno sucio y por demás peligroso… para ella. No sacará nada. No cometa un error, Lam; ahora me he hecho cargo de todo el negocio, y no hay nadie capaz de meter baza. No existe documento alguno que certifique que George Bishop estuviese ligado con este establecimiento. Nadie puede demostrar que no lo he montado con mi propio dinero, y nadie puede reclamar nada para la viuda de George. No tiene una sola probabilidad contra un millón.

Esperamos durante unos minutos. Luego dijo:

—Me gustaría saber si usted trabaja o no para ella.

Súbitamente se encendió una luz. Channing alargó la mano y conectó un enchufe. Se volvió hacia mí.

—Podemos escuchar lo que dicen en la habitación contigua, pero ellos no pueden oír lo que se habla aquí.

Casi al mismo tiempo oímos:

—Me llamo Danby, y no tenía ningún interés en venir. Los voy a denunciar. No pueden tratarme de esta forma. Esto es un secuestro.

—Danby, ¿eh? ¿Y a qué te dedicas, amigo?

—Eso no le importa.

—Déjame ver tu licencia de conductor.

Percibimos un ligero rumor de lucha y una voz que decía:

—*Okey*, aquí está. Frank Danby. Su número de registro y…

—¿Qué dirección consta en ella?

—La de un club náutico.

—¡Dios mío, ahora lo comprendo! —exclamó Channing, poniéndose de pie como si le hubiesen pinchado.

Cruzó la habitación, abrió la puerta y desapareció como un bólido.

Me levanté y me acerqué a la mesa.

Se había llevado el revólver.

Eché una ojeada rápida por todos los cajones del escritorio. No había ningún otro revólver por allí. Sólo una caja de balas del calibre 38, una pipa, una bolsa de tabaco, dos cajetillas de cigarrillos, una caja de cigarros puros, goma de mascar y una botellita de tinta.

Con excepción de las balas del calibre 38, era una mesa que la policía hubiese podido registrar a cualquier hora del día, sin encontrar nada sospechoso.

Súbitamente, oí la voz de Channing en la habitación contigua:

—¿Qué ocurre?

Oí la voz de Danby, seguro de sí mismo y desafiante.

—He sido secuestrado. ¿Quién es usted?

—¡Secuestrado! —exclamó Channing.

—Esto es lo que he dicho. Este individuo me ha obligado a entrar aquí. Llevaba un revólver en el bolsillo.

—¿De qué se trata, Bill? —preguntó Channing.

Bill contestó:

—No era ninguna pistola, sino un lápiz. En broma, le apunté con

él, sin sacarlo del bolsillo de la chaqueta.

—¿Pero qué es lo que ocurre? —preguntó Channing.

—Nada, excepto que este hombre estaba frente a la casa, vigilando a todos los que entraban. Sospeché que esperaba ver salir a alguna persona con los bolsillos llenos para seguirla y robarla.

—Esto es muy serio —dijo Channing—. Será mejor que no le dejemos marchar.

—¡Tonterías! —exclamó Danby, pero su voz revelaba claramente que estaba asustado—. Ustedes no tienen nada contra mí. Vine para identificar a un individuo.

—¿A quién?

—No sabía exactamente a quién; cuando reconocí a Mr. Catlin, el individuo que me hizo venir me dejó solo en el coche.

La risa de Channing sonó divertida y de buen humor.

—¡Oh, debió de tratarse de Donald Lam!

—Ése es el nombre que me dio —dijo Danby—. Se llama Lam. Me dijo que esperase fuera durante una hora, transcurrida la cual debía ir a visitar a un amigo suyo.

Channing volvió a reír.

—Es una vergüenza. Me dejó una nota para que se la entregara, pero no tenía la menor idea de que fuera usted la persona… Verá…, me dijo que era usted su chófer.

—¿Qué es lo que dijo?

—Lam encontró al hombre con quien deseaba hablar y salió por la puerta trasera. Al principio, creyó que el individuo en cuestión le pondría alguna dificultad, pero luego se convenció de lo contrario. Parece ser que Lam es un detective privado. No sé si usted lo sabía… Conozco a Lam desde hace más de diez años y sé que es un hombre honrado y cabal.

—¿Y qué le ocurría con Mr. Catlin? —preguntó Danby.

—Nada en absoluto. Catlin ayuda a Lam. Catlin tenía que señalar a la persona que éste buscaba. Debí habérselo advertido antes, pero estaba muy ocupado. Lam me dijo que volviera usted con el coche al club náutico o que tomara un taxi. Lo que usted prefiera. Me entregó cinco dólares para pagarle el taxi. Ha salido hace unos veinte minutos.

—¿Y esos cinco dólares son para que vuelva con el coche al club o para que tome un taxi?

Comprendí que ya no había nada que hacer, por más que esperase allí. Comencé a recorrer la estancia, tratando de encontrar una salida.

Busqué algún resorte en la mesa para hallar la forma de abrir la puerta. Traté de recordar lo que había hecho Channing para ponerla en movimiento, antes de salir corriendo del despacho.

Súbitamente, se abrió. Estaba seguro de haber apretado el botón exacto y había cruzado ya media estancia, cuando comprendí que habían abierto la puerta desde fuera.

Bill entró. Al parecer, Channing le había hecho una señal.

Bill sonrió y me dijo:

—Siéntese, Lam.

Traté de pasar por su lado rápidamente y salí antes de que la puerta se cerrara.

Pero Bill me asió por el brazo, me hizo dar media vuelta, me agarró fuertemente la muñeca, y dijo:

—Aquí, en esta silla, Lam.

Le golpeé en el estómago con todas mis fuerzas. La sorpresa le hizo retroceder unos pasos. Esto, y la fuerza del golpe, me dieron libertad de acción por un segundo. Me arrojé contra la puerta, que se estaba cerrando.

Bill se arrojó contra mí, pero yo ya había abierto la puerta y salí corriendo rápidamente a la oficina exterior, con Bill pisándome los talones.

La puerta se abrió.

Bill dio un grito de advertencia. Me lancé contra la puerta en el mismo instante en que Channing entraba. Chocamos violentamente.

Le hice retroceder, pero Bill ya me había alcanzado. Me sujetó fuertemente por el cuello de la chaqueta. Sentí un vértigo y mis rodillas se doblaron. Vi que Bill levantaba el brazo; su rostro carecía de expresión, incluso parecía aburrido.

Luego, dejó caer el brazo.

Hubo un cegador relámpago en mi cerebro y caí de bruces en el suelo.

capítulo diecisiete

CUANDO volví en mí no tenía la menor idea de qué hora era. Estaba tumbado sobre una cama, en una habitación pequeña y mísera, donde había un lecho metálico, una silla, un armario, un lavabo y un ropero.

Era la clase de muebles que se encuentran por poco precio en una tienda de segunda mano; algo muy diferente de aquel lujo llamativo de la casa de juego… Y, sin embargo, estaba convencido de que todavía me encontraba en el mismo edificio.

Bill estaba sentado en la silla, leyendo una novela policíaca. La silla estaba debajo mismo de una lámpara eléctrica provista con una pantalla verde y que pendía del techo al extremo de un cordón igualmente verde.

Moví la cabeza y la habitación comenzó a dar vueltas en torno a mí, como si me encontrase en un camarote en alta mar.

Me sentía muy mal.

Bill dio vuelta a la hoja de su novela, luego fijó su mirada en mí, vio que había abierto los ojos, introdujo su dedo índice entre las páginas como señal, dejó de leer y me sonrió.

—¿Cómo se encuentra, compañero?

—Deshecho.

—Dentro de un ratito se encontrará mucho mejor.

Se puso de pie, sacó una botella, la descorchó y la sostuvo debajo de mi nariz.

Eran sales olorosas, que inmediatamente me reanimaron.

—Vamos, no se excite —me dijo Bill, con simpatía—. No está herido. Sólo un poco maltrecho. Pronto se sentirá bien.

Gradualmente, el mareo me fue abandonando. La habitación ya no daba vueltas en torno a mí, pero todavía sentía un dolor sordo en el lado derecho de la cabeza, encima de la oreja.

—Bien, ¿a qué viene todo eso? —pregunté.

Bill leyó un par de párrafos interesantes de la novelucha antes de responder a mi pregunta.

—Me han ordenado que no hable.

—¿Y qué más le han ordenado?

—Impedir que se mueva usted de aquí.

—Si se me ocurriera ponerme de pie y querer salir, eso podría acarrearle serias dificultades.

—¿Por qué motivo?

—¡Por secuestro!

Sonrió.

—No se fatigue hablando, amigo.

Me senté al borde de la cama.

Bill me observó con creciente interés.

Lentamente, me levanté.

Bill volvió a dejar la novela.

—Escúcheme, Lam —me dijo—; es usted un chico simpático, pero se ha metido en un lío. Sea ahora lo bastante sensato para no complicarse más la vida.

—¿Qué planes tiene Channing?

—No creo que se haya decidido todavía.

—Dentro de poco tendrá que dejarme marchar.

Bill dejó de sonreír.

—No esté tan seguro. Usted ignora muchas cosas que yo sé.

—¿Cuáles?

—Le he dicho que no pienso hablar. Ahora, cállese ya. Quiero leer. No pienso hablar, ni tampoco escuchar lo que usted pueda decirme.

—Trabaja para Channing, ¿no es cierto?

—En efecto.

—¿Le gusta el trabajo?

—No está mal.

—La fidelidad es una gran cosa —dije—, pero el instinto de conservación nos enseña a veces a actuar de otra forma. Será mejor que empiece ya a pensar en sí mismo.

Estalló en una ruidosa carcajada.

—¡Vaya, vaya, quién está hablando! Creo que debería ser usted quien comenzase a meditar. Y mejor sería que lo hubiese hecho

antes de entrar aquí.

—¿Cree que soy tan loco como para haber venido sin saber a qué me exponía?

Vi interés en sus ojos.

—Pues no calculó todas las probabilidades. Creyó que todo saldría bien.

—No trate de engañarse. Usted sabe perfectamente lo que se esconde detrás de todo eso. Gabby Garvanza quería intervenir. Lo que pasó es que el individuo que disparó contra él estaba un poco nervioso y las balas no dieron en el blanco. Pues bien, Gabby Garvanza está ya perfectamente y se halla en estos momentos en San Francisco ¿Y a qué cree usted que ha venido?

Bill cerró la novela.

—El verdadero propietario de esta casa era George Justin Bishop. Channing era sólo la cabeza de turco y el que llevaba la contabilidad. Maurine Auburn había sido la amiga de Bishop. La abandonó cuando se divorció de su esposa y se casó con Irene, la artista de *cabaret*. Bishop abandonó al mismo tiempo a su esposa y a su amiga. Esto demuestra lo enamorado que estaba de Irene. Maurine entabló relaciones con Gabby Garvanza, pero continuó enamorada de George Bishop. Se suponía que Maurine era la amiga de Gabby Garvanza. Alguien intentó eliminar a Gabby. Maurine fue testigo presencial del hecho. No recibió ninguna herida. No dispararon contra ella. No dijo nada… ¿Por qué?

Vi que Bill estaba pensando.

—La razón —continué— es que podía ser que ella apreciara mucho al individuo que disparó. Alguien a quien ella no quería ver entre rejas. Y él sabía que ella le amaba lo suficiente para no denunciarlo. Luego, Gabby se restableció, y Gabby sabía quién había disparado contra él. Gabby decidió venir a San Francisco y saldar cuentas con su agresor. Maurine quiso advertir a su amigo. Quería asegurarse de que el segundo atentado contra Gabby no fallaría. Recuerde lo que dijeron los periódicos acerca de los testigos que la vieron salir, abandonando a sus amigos…, a los que cuidaban de que no le sucediera nada, hombres pagados por Gabby. Ella pretendió darles esquinazo, hacer que se iba con un amigo que había encontrado por casualidad. Pues bien, yo he averiguado varias cosas de ese individuo. Era un aviador. Maurine lo eligió

conscientemente, y no salieron de allí para hacerse el amor. Se dirigieron a toda prisa al aeropuerto. El aviador la llevó a un lugar situado al norte de San Francisco, donde Maurine debía encontrarse con George Bishop para tener una entrevista secreta y hacer que Gabby Garvanza no saliera con vida del segundo atentado. Pero alguien estaba esperando allí. Alguien que tenía interés en eliminar a Bishop.

—¿Gabby Garvanza?

Me reí con sorna.

—Gabby no tenía necesidad de meterse en esos líos. ¿Quién era el más beneficiado por la muerte de Bishop?

Bill volvió a meditar y se agitó, inquieto.

—No me gusta lo que está explicando —dijo finalmente—. El simple hecho de tener que escucharlo, me podría meter en un compromiso.

—Y si no me escucha, se verá en un compromiso mayor. ¿Acaso cree que Gabby Garvanza es un estúpido? En este preciso momento, Gabby está en San Francisco. Hartley Channing fue el que planeó toda la jugada y cometió el asesinato.

—John Billings fue quien mató a Bishop —dijo Bill.

Sonreí y negué con un movimiento de cabeza.

—El cadáver de Bishop fue llevado al yate de Billings. Y lo hizo alguien que sabía que cuando se encontrara el cadáver, ya no buscarían a otro sospechoso más que al joven Billings. Billings creyó actuar de un modo muy astuto. Llevó el cuerpo al otro yate. Pero lo que él no supo era que Bishop había sido asesinado con un revólver de su propiedad, y que el asesino había arrojado el arma por la borda del yate. A Billings jamás se le ocurrió, pero fue lo primero que pensó la policía; buscar en el fondo de la bahía. Allí los buzos encontraron el revólver, con ayuda de un detector de metales, a los quince minutos de buscarlo. Gabby Garvanza está enterado de todo. Y bien, ¿qué cree usted que va a hacer ahora?

—¿Y cómo sabe usted que Gabby Garvanza está enterado de todo?

Sonreí.

—¿Y para quién diablos cree que trabajo?

Bill se irguió en la silla. Me estudió meticulosamente durante unos instantes, luego emitió un corto silbido.

Arrojó la novela sobre la silla y dijo:

—¿Qué es lo que desea, Lam? Si le dejo marchar de aquí, Channing me asesinará antes de que Gabby pueda intervenir.

—Déjeme telefonear.

—Es muy difícil.

—Hay cosas más difíciles. No crea por un solo instante que Gabby Garvanza no sabe lo que está ocurriendo. Si me elimina, las probabilidades que tiene usted de ver su próximo cumpleaños son una entre un millón, y me importa un pito que su cumpleaños sea pasado mañana.

Bill frunció el ceño.

—La policía dará con el aviador que trajo a Maurine… —dije.

—¡Cállese! —gritó Bill—. Quiero pensar. Si es usted tan listo como pretende, se callará durante los cinco próximos minutos.

Me recliné sobre la cama. La almohada que tenía bajo la nuca me alivió en cierto modo el dolor de cabeza.

No habían transcurrido ni dos minutos cuando Bill me dijo:

—Hay una cabina telefónica en el vestíbulo. Por amor de Dios, no haga ruido, y que nadie lo vea.

Salté de la cama. Bill me tomó por el brazo para sostenerme.

—¿Tiene dinero? —me preguntó.

Metí la mano en el bolsillo del pantalón y saqué unas monedas.

—Ya me basta —dije.

—De acuerdo —dijo Bill—. Actúa usted por cuenta propia. Si alguien nos descubre, le golpearé en el estómago y alegaré que trataba de huir.

Abrió la puerta, miró a uno y otro lado del corredor y luego me una señal con la cabeza.

Bajé al vestíbulo y penetré en la cabina telefónica, cerré la puerta y traté de recordar el número del hotel donde se alojaba Garvanza. El tener que consultar la guía, era un tormento para mis ojos y, además, no quería perder ni un minuto.

Recordé el número, eché la moneda y marqué. Cuando respondieron a mi llamada dije:

—George Granby, por favor.

Oí cómo me ponían la comunicación. Comprendiendo lo mucho que significaba para mí que Garvanza se pusiera al aparato y hablara conmigo, sentía temblar mi mano derecha y casi doblarse

mis rodillas, ante el simple pensamiento de que pudiera hallarse ausente.

El hombre que respondió a mi llamada era sin duda alguna el guardaespaldas que me había echado de allí.

—Que se ponga Gabby —le dije.

—¿Quién es usted?

—Soy el Papá Noel y estamos en navidades. Dile a Gabby que se ponga ahora mismo al aparato o Santa Claus no le dejará ningún regalo en el calcetín.

Le oí decir:

—Un chiflado que asegura ser Santa Claus le quiere decir algo. ¿Quiere hablar con él?

Oí que Gabby gruñía, y luego de nuevo el guardaespaldas.

—¿Su nombre verdadero?

—Soy Donald Lam, el detective privado a quien has echado esta tarde de la habitación.

—¡Oh! ¡Oh! —contestó el hombre.

—He terminado mis investigaciones. Le dije a Gabby que pronto le podría hacer un favor. Ahora estoy en condiciones de hacérselo.

—¿Cómo?

—Dándole cierta información sobre lo que he averiguado.

—Nos importa un comino tu información. Sabemos todo lo que deseamos saber.

—Será mejor que también se enteren ustedes de lo que yo sé, y sabrán quién mató a Maurine Auburn y por qué motivo. Pregúntale a Gabby si le interesa o no.

Esta vez no oí nada. No cabía la menor duda de que el guardaespaldas tapaba el micrófono con la palma de su mano, y después de un intervalo que se me antojó interminable, y después de habernos preguntado desde la Central: «¿Hablan, hablan?», oí la prudente voz de Gabby Garvanza, que me invitó:

—Empiece a hablar. Deme hechos. No importa lo que usted piense o deje de pensar. Deme hechos.

—Ya le dije que le podría facilitar datos y hacerle un favor —contesté—. Ahora, yo…

—Menos conversación. Al grano.

—Usted conoció a Maurine durante más de un año. ¿Cuántas veces se emborrachó lo suficiente para timarse con desconocidos?

Hacer que estaba ebria y darle esquinazo a los que la custodiaban, forma parte de la comedia. El individuo con el que salió era un aviador. La llevó a San Francisco.

—Cualquier loco sería capaz de sacar esa deducción, ahora que han encontrado su cadáver —dijo.

—Está bien —dije—, pero ella vino aquí por su propia voluntad, impulsada por una decisión que no meditó lo bastante y que no se atrevió a comunicarle, y no quería que nadie se enterase. Estaba citada con George Bishop. Ésta era la decisión.

—¿Eso es todo? —preguntó Gabby.

—Fue George Bishop el que disparó contra usted.

Silencio al otro lado de la línea.

—Maurine fue quien le señaló a Bishop.

—Habla demasiado —dijo Gabby.

—¿No deseaba hechos? Ahí los tiene.

—¿Tiene usted pruebas… con respecto a Maurine?

—Así es.

—Bien —dijo Gabby—. ¿Cuáles son?

—El hombre que mató a Bishop y a Maurine fue Hartley L. Channing. Quiere quedarse con *La puerta verde*. Sabía que una vez eliminado Bishop, y con un asesinato por aclarar, la policía no le permitiría a usted darse una vuelta por esta ciudad.

—¿Dónde está usted ahora?

—En estos instantes soy prisionero de Channing —contesté—. Creo que tiene la sana intención de rodearme con una mezcla de cemento y arrojarme luego al punto más profundo de la bahía de San Francisco. Me gustaría que usted pudiera hacer algo en mi favor antes de que…

—¿Cómo le han dejado usar el teléfono?

—Le comuniqué a mi guardián que tal vez iba a ser usted el nuevo jefe.

—Es usted un pícaro muy ingenuo.

—He hablado, ¿no?

—El que le está vigilando es Bill, ¿no es cierto?

Dudé durante unos instantes, y luego comprendí súbitamente por qué Bill se había mostrado tan comprensivo cuando le manifesté mi intención de hablar con Gabby Garvanza.

—El mismo —respondí.

—Está bien, déjeme hablar con él.

Dejé descolgado el auricular y volví de puntillas a mi habitación.

—El jefe quiere hablar contigo —dije a Bill.

Salió de la habitación sin decir una sola palabra, mientras yo me volvía a sentar en la cama. Quería hacerle una jugarreta. Tomé la novela que Bill estaba leyendo. Cuando regresó, estaba yo profundamente enfrascado en la lectura de la novela.

—Vamos —me dijo—, ya puede marcharse.

Lentamente, me levanté de la cama.

Me miró lleno de curiosidad.

—¿Cómo diablo sabía usted que yo era uno de los hombres de Gabby? —me preguntó.

No respondí. Había tentado la suerte y había ganado. Justa contrapartida por lo que me había hecho Danby. Traté de mostrarme modesto.

—Es usted terriblemente astuto —dijo Bill—. Bien, salgamos de ahí.

capítulo dieciocho

DESDE mi hotel barato llamé al cuartel general de la policía y pedí comunicación con el teniente Sheldon.

—Donald Lam al habla —dije.

—¡Maldita sea! —dijo Sheldon—. ¿Dónde está usted Donald?

Le di la dirección del hotel.

—¿Y qué hace ahí?

—Me estaba ocultando.

—¿De quién?

—Sé que es usted un hombre muy ocupado y no quería molestarlo mientras no fuese necesario. Sabía también que algunos de sus muchachos tenían la intención de arrastrarme a presencia de usted.

—Ya sabe que jamás me molesta su presencia, Donald. En efecto, quisiera verlo. Y cuanto antes, mejor. Había dado órdenes de que lo pescaran tan pronto como se dejara ver por aquí o en su despacho de Los Ángeles.

—Y yo también me alegraré mucho de verlo a usted, teniente.

—¿De veras?

—Poseo la información que usted necesitaba —le dije con aire satisfecho.

—¿Qué información? —preguntó receloso.

—Con respecto al accidente de coche.

—¡Oh! —exclamó.

—Además, puedo contarle también todo lo que sé del caso Bishop, y de esta forma podrá usted solucionar los dos casos. Cuando me venga usted a ver, póngase el uniforme nuevo, y será mejor que venga solo.

—¿Por qué?

—Los periodistas querrán retratarlo.

—Hay muchas cosas que me gustan de usted, Lam, pero hay un punto que me desagrada.

—¿Y cuál es?

—No sabe usted geografía. Usted cree que está en Los Ángeles.

—No; sé perfectamente dónde estamos. Hasta luego, teniente — y colgué el auricular.

No tuve que esperar más de diez minutos. No se había puesto el uniforme nuevo, pero temiendo una posible publicidad, llegó solo.

—Con respecto al accidente del coche… —comencé.

—¡Ah, sí!

—Tengo que ocultar la fuente que me proporcionó la información.

—No me gusta, Donald.

—Pero si le entrego una confesión, no será necesario que averigüe de dónde saqué los informes.

—No, si me proporciona la confesión.

—Bien, vámonos, y luego le contaré todo lo relacionado con el caso Bishop.

—¿Dónde vamos?

Le di el nombre y la dirección de Harvey B. Ludlow.

—Si es una trampa, Donald, se verá usted metido en un terrible apuro —me dijo—; lo podrán condenar por chantaje.

—Fui yo quien le llamó a usted, ¿no es cierto?

—Sí.

—Le dije dónde estaba, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cree que soy tonto?

—No tiene cara de serlo, pero recelo de todos los detectives privados que nos llegan de Los Ángeles.

No contesté. Era mejor guardar silencio.

Subimos al coche del teniente.

—¿Y qué hay del caso Bishop? —me preguntó al cabo de unos instantes.

—Tratemos primero del caso Ludlow. Si yo le proporciono pruebas y una confesión, me hará usted mucho más caso cuando hablemos del otro.

Fuimos a la residencia de Ludlow. Ludlow estaba en cama.

Harvey B. Ludlow era un individuo obeso, un corredor de Bolsa

retirado, y comenzó a temblar de pies a cabeza cuando vio el uniforme del teniente. Antes de que el teniente le hubiese dirigido media docena de palabras, ya cantaba de plano.

Ni fue necesario comprobar las características del coche del Ludlow. El hombre habló por los codos, como si hiciese tiempo que tuviese la necesidad de hacer una completa confesión.

Dijo que aquel día había tomado cuatro o cinco copas y que había asistido a una conferencia de negocios. Uno de los socios se había presentado en compañía de su secretaria para que ésta fuese tomando notas durante la conferencia, y Ludlow se había brindado a acompañarla a su casa. Se detuvieron a tomar unos cócteles, y Ludlow comenzó a observar a la secretaria. A ella no le gustaba su trabajo, sabía que Ludlow tenía mucho dinero y comenzó a responder a las miradas del hombre.

Ludlow no lo dijo con tanta claridad, pero comprendimos que el único ofrecimiento que él hubiese podido hacer para inducir a una muchacha era una oferta pecuniaria.

Cuando subieron al coche para ir al departamento de la muchacha, el hombre comenzó a experimentar el efecto de las copas que había tomado, y se sintió animado por una exagerada confianza en sí mismo que le hacía creer que se hallaba en mejor forma física de lo que realmente estaba. La muchacha escuchaba atentamente toda su cháchara.

Ésta fue la historia.

Ludlow había querido proteger su «buen nombre». Vio una posibilidad de salir huyendo y la aprovechó. Pero desde aquel momento, se había sentido dominado por un pánico terrible. Era un hombre de posición encumbrada y el accidente arrastraría consigo un considerable escándalo, por cuyo motivo el teniente Sheldon creyó mejor dejar aquel caso en manos de su capitán. Lo sacó de la cama.

Aparecieron los fotógrafos de la Prensa y fotografiaron al capitán inspeccionando el coche de Ludlow con un microscopio, dos fotografías de la esposa de Ludlow echándole los brazos al cuello y afirmando que ella siempre había estado al lado de su esposo, que jamás lo abandonaría, que todo aquello era una lamentable equivocación.

El teniente Sheldon y el capitán informaron ampliamente a la

Prensa de cómo habían llegado a la solución de aquel caso gracias a un meticuloso trabajo de eliminación, que habían vigilado y examinado el coche de Ludlow sin que éste tuviera la menor sospecha. El proceso de investigación había durado tres o cuatro días… Ésta era la forma cómo trabajaba la policía: de un modo eficiente, rápido y seguro, con precisión mortal.

Fue una bonita historia.

Nadie me presentó siquiera a los periodistas.

Después de haber tomado las fotografías, el capitán y el teniente Sheldon me llevaron en su coche a la jefatura de policía.

Cuando llegamos, Sheldon apoyó su mano en mi hombro. Éramos amigos.

Entramos en el despacho del capitán.

—Todavía no había tenido ocasión de hablarle de Donald Lam, capitán —dijo Sheldon.

—¿Fue usted quien nos puso sobre aviso en el caso Ludlow? —preguntó el capitán.

Sheldon lo miró con expresión de reproche.

—¡Oh, no, de esto cuidé yo mismo, capitán! —dijo—. Pero hacía algún tiempo que iba detrás de Lam.

—¿Por qué, teniente?

—Creo que sabe algo con respecto al caso Bishop.

El capitán dio un silbido.

—¿Me permite que me lo lleve a mi despacho y hablemos allí un rato sobre este caso, capitán? ¿No le importaría esperar un poco más?

—Diablos, no. ¿Cuánto tiempo va a tardar?

—Creo que lo mejor será que Donald y yo charlemos amistosamente sobre el asunto… Creo no precipitarme, capitán, si le digo que sospecho lo que ha ocurrido. Estaré en condiciones de poder señalar al asesino dentro de muy poco.

—Bien, ¿quién es?

El teniente Sheldon movió la cabeza:

—Donald Lam posee unos cuantos datos que casarán con los míos; por lo menos, creo que es así. Deme una media hora y volveré a su despacho con toda la historia… y todas las pruebas.

—No hable con nadie de todo eso, teniente —dijo el capitán—. Venga a verme directamente. Hable sólo con Lam y luego venga a

verme a mí. ¿Comprendido?

El teniente Sheldon lo miró fijamente a los ojos.

—Desde luego, comprendo, capitán.

—Está usted realizando un buen servicio —continuó el capitán —. Son así los oficiales que me gusta tener a mi lado. ¿Cree que habrá bastante con una media hora?

—Una media hora aproximadamente.

—Al jefe le interesará este asunto dijo el capitán.

Sheldon asintió con un movimiento de cabeza y me tomó del brazo.

—Vamos, Donald —dijo—. Creo que tiene usted cierta información que me puede ser de utilidad. Tal vez no sepa que puede ayudarme, pero ya me he formado una teoría bastante aceptable de lo ocurrido. Si me ofrece alguna nueva perspectiva, desde la cual pueda yo completar el cuadro que me he hecho… Hasta luego, capitán.

capítulo diecinueve

ME volví hacia el teniente Sheldon.

—Será necesario mandar a buscar a John Carver Billings.

—¿Al chico?

—No, al viejo.

—Los defiende uno de los mejores abogados de la ciudad. Les ha dado instrucciones para que no hablen y…

—No nos quedará más remedio que hacerlo venir a esta oficina.

Me miró fijamente a los ojos y dijo:

—Ya sabe, Donald, que estoy metido hasta el cuello en este asunto, y no quiero pensar ni un solo momento en tener que ir dentro de media hora al despacho del capitán y decirle: «No hay nada en concreto…». Ya puede imaginarse lo que eso significa para mí, y lo malo que resultaría también para usted, Donald.

—Dispone usted de media hora, teniente. Hasta el presente, le he demostrado con creces de lo que soy capaz. Mañana podrá usted dar una bonita información a la Prensa.

—Aún está por ver. ¿Está usted seguro de lo que va a hacer?

—Depende de la confianza que usted tenga en mí —respondí.

Tomó un auricular, marcó un número y dijo:

—Que hagan subir a John Carver Billings a mi oficina… Al viejo. Eso es… Rápido… No me importa un comino lo que diga su abogado; que suba aquí, de prisa. ¡Despertadlo!

Colgó el auricular.

—Me gustaría conocer su teoría, Donald.

—Escuche lo que tengo que decirle a Billings. Mande llamar a una taquígrafa para que tome su confesión.

—Donald, si realmente se sale con la suya… sería magnífico.

—Y lo será.

—¿Cree sinceramente que ha sido Billings?

—Ustedes casi le han puesto ya la soga al cuello.

—Una confesión suya es lo único que deseo en este mundo.

—Billings no tiene nada que ver con el asesinato —exclamé.

Había un afecto sincero en la mirada del teniente Sheldon.

—Tome un cigarro, Donald —me invitó—. Esos cigarros son muy buenos.

Diez minutos más tarde, John Carver Billings entraba en la oficina. Mantenía los labios firmemente apretados. Sus ojos estaban apagados, como si alguien hubiese extinguido la luz que antaño brillaba en ellos, pero se sentó muy erguido en su silla.

Advertí sorpresa en su rostro cuando me vio sentado allí, y luego se volvió hacia el teniente Sheldon:

—He recibido instrucciones de no responder a ninguna pregunta, a no ser en presencia de mi abogado y ateniéndome a sus instrucciones.

—Mr. Billings, creo que se nos ofrece la ocasión de solucionar este asunto.

Me miró fijamente y volvió a recitar:

—Mi abogado me ha dado instrucciones de no responder a ninguna pregunta, excepto en su presencia y ateniéndome a sus instrucciones.

—No responda, pues, a ninguna pregunta —le dije.

—He sido instruido en el sentido de no hablar de nada con nadie.

—No hable —le dije—. Limítese a escuchar.

Cerró la boca y los ojos, como queriendo mantenerse alejado de todo cuanto lo rodeaba en aquella oficina y todo cuanto estuviera relacionado con la misma.

Me volví hacia el teniente Sheldon.

—He aquí lo sucedido, teniente. George Justin Bishop era el propietario de *La puerta verde*. Es probable que oficialmente usted no esté enterado de la existencia de esta casa de juego, pero oficiosamente lo sabrá usted…

—Creí que un tal Channing era el que… —me interrumpió Sheldon.

—Channing era el contable de Bishop cuando inició sus negocios —le expliqué—. Cuando vio de lo que se trataba, se reservó una buena parte del pastel. Bishop aparentaba ser un negociante en

minas. No quería ocultar la cuantía de sus ingresos, pero sí que éstos procedían de una casa de juego. Por este motivo fundó una serie de sociedades; transportaba el mineral en bruto y cobraba sus buenos cheques de las fundiciones. Si alguien se hubiese tomado la molestia de investigar el asunto, pronto hubiese averiguado lo que sucedía en realidad; pero nadie se tomó esta molestia, ya que los libros de contabilidad aparecían más claros que el agua… A nadie se le hubiese ocurrido jamás que una fundición estaba dispuesta a pagar precios muy elevados por un mineral que no valía nada… Y siempre había una mina llamada *La puerta verde*.

—Continúe —dijo Sheldon.

—Antes de dedicarse al negocio del juego, Bishop se había dedicado al soborno y al chantaje. Una de sus víctimas fue el hijo de Billings. No sé de qué se sirvió. Ignoro el motivo, pero estoy seguro de que Mr. Billings podrá decírnoslo.

Sheldon dirigió una mirada inquisitiva a Billings.

Billings continuaba sentado en su silla, con los ojos cerrados y una expresión de firme resolución en su rostro, los labios muy apretados, como si temiera que se le escapara inadvertidamente una palabra que pudiera perjudicarlo. Su rostro tenía el color del cemento humedecido.

—Cuando Bishop comenzó su negocio en *La puerta verde*, ya no mostró tanta inclinación al chantaje. Lo que tenía entre manos era mucho mejor. Pero no olvidemos que Bishop podía esgrimir algo en contra del joven Billings. Lo sabía, y es muy posible que Channing también lo supiera. Es posible también que Channing no lo supiera. Fuera como fuese, Channing comenzó a inmiscuirse cada vez más en el negocio, cosa que agradaba cada vez menos a Bishop. Necesitaba alguien en quien confiar y que se cuidara del negocio, pero Channing se situó en una posición en que se cuidaba prácticamente de todo el negocio, y Bishop empezó a planear el modo de eliminar a Channing para que no continuara haciéndole sombra. Fue entonces cuando Gabby Garvanza decidió intervenir. Alguien trató de agujerearle el pellejo, pero no consiguió borrarlo del mapa.

—¿Sabe usted quién fue? —me preguntó Sheldon.

—Desde luego. Fue George Bishop. El hombre estaba convencido de haber realizado un buen trabajo. Cuando a la mañana siguiente

leyó en los periódicos que Gabby se restablecía, casi se murió del susto. Su viuda confirmará este detalle.

—Continúe, Lam.

—Hubo una época en que Bishop estuvo enamorado de Maurine Auburn. Fue Channing el que presentó a Maurine a Gabby Garvanza; luego, Bishop se casó con Irene, la artista de *cabaret*, y Maurine se lió con Gabby. Sin embargo, Maurine continuó siempre en buenas relaciones con Bishop. Entonces, los caminos de Bishop y de Gabby Garvanza se entrecruzaron. Bishop trató de eliminar a su rival, pero fue un trabajo de aficionado. Bishop era un jugador y un chantajista, pero no un asesino. No hizo un trabajo perfecto, de profesional. Cuando Bishop se fue recuperando paulatinamente de la impresión que le ocasionó saber que Gabby contaba todavía entre los vivos, decidió hacerle una nueva jugada antes de que Gabby pudiera valerse.

—Continúe —dijo Sheldon.

—Bishop quería que Maurine llevara a Gabby a un lugar donde pudiese estar seguro de que Gabby no escaparía a la muerte que le había destinado; de modo que decidieron que Maurine aparentaría que se enamoraba de un extraño y apuesto desconocido. Pero este extraño era un aviador alquilado por Bishop que, en realidad, estaba al servicio de Channing. No existe otra teoría posible. Channing sabía perfectamente que Bishop estaba cada vez más nervioso e impaciente y decidió que había llegado el momento de eliminarlo.

—Bien, dígame algo sobre el aviador —dijo el teniente.

—El aviador recibió instrucciones de Bishop, pero informó previamente a Channing. El aviador fue quien se hizo cargo de Maurine y la llevó a un lugar al norte de San Francisco, donde estaba esperando Bishop. Pero el único inconveniente fue que Channing también estaba esperando allí. Maurine subió a un coche en compañía de Bishop. Channing se deslizó al asiento posterior. Había dos pistolas. La que mató a Maurine era automática. Todavía no hemos dado con ella. El arma con que mataron a Bishop, fue un revólver que sacaron del camarote de Billings. El agujero que dejó la bala fue cuidadosamente preparado por el asesino para que sirviera de huella.

Sheldon me interrumpió:

—¿Quiere usted decir que Channing disparó por segunda vez contra Bishop en el yate de los Billings?

—En efecto, para que la bala quedara incrustada en la pared del camarote. El agujero hecho por una bala con tejido humano era una evidencia abrumadora contra los Billings. Debemos recordar que, mientras tanto, Bishop había solicitado un favor de Billings. Esta vez no se trataba de un chantaje; simplemente, de un favor. Pero se trataba de un favor que Billings no estaba dispuesto a conceder.

—¿Qué favor era éste? —preguntó Sheldon.

—Tanto va el cántaro a la fuente, que al final se rompe —contesté—. El viajante que llama a la puerta de sus posibles clientes, un día u otro recibirá un pedido.

—No comprendo —dijo Sheldon.

—Bishop había negociado con minas de oro, usando el material inútil para el pavimentado de carreteras o para arrojarlo al fondo de la bahía. El último transporte que sacó de la mina lo usó para rellenar un precipicio de su residencia. Alrededor de trescientos dólares la tonelada. No es un material muy rico que muestra oro a primera vista, pero basta con limpiarlo y aparece el material precioso.

El teniente Sheldon meditó estas últimas palabras.

Guardé silencio durante unos instantes, y luego continué:

—Bishop tenía la mayoría de las acciones. Algunas habían sido vendidas al público. La mayoría quedaban en depósito.

»Para comprender el comportamiento de Bishop hay que saber que necesitaba que la mayor parte de las acciones estuvieran el depósito durante un año. Luego, la compañía comenzaba sus trabajos.

»Antes de transcurrir el año, un grupo de exploradores determinaba que la mina en cuestión no poseía ningún valor, y Bishop enviaba este informe a los que habían comprado acciones, al parecer con gran disgusto por su parte, pero ateniéndose a las directrices de la comisión oficial.

»Claro está que los accionistas devolvían inmediatamente sus acciones, y cuando todo el mundo se había olvidado de la mina, comenzaba a ingresar los pagos de la fundición. Los libros de contabilidad presentaban un crédito a favor de *La puerta verde*. Siempre existía una mina con este nombre. Ningún inspector de

Hacienda llevaría su investigación más lejos. Bishop podía demostrar en todo momento que el dinero que ingresaba de *La puerta verde* procedía, en efecto, de una mina con este nombre. Las cosas estaban tan claras que nadie podía pedirles cuentas. Y si los inspectores de Hacienda creían que sus ingresos procedían de una mina, nadie podía acusarlo de haber cometido una falsedad.

»Era un nombre que solía llamar la atención del público. No había ningún experto en minería que pudiera alegar que la mina no fuese productiva.

»Y llegó el momento en que encontró una mina que era buena. Bishop quiso recuperar todas las acciones que había vendido y rogó a Billings que no le concedieran crédito sobre la deuda que había contraído con el Banco… Fue entonces cuando Billings comenzó a sospechar. No se avino al trato. Pero Bishop coaccionaba a Billings y usó de su coacción para conseguir lo que quería. Channing conocía las interioridades de todo el asunto. Cuando decidió eliminar a Bishop, se cercioró antes de que el crimen pudiese ser atribuido a Billings. Si la policía no encontraba una prueba concluyente, Channing sería el hombre de quien la policía podría sospechar.

»Horace B. Catlin es un hombre del que no sé muchas cosas. Estaba en una difícil situación financiera. Lo cierto es que visitaba con frecuencia *La puerta verde* y que allí contrajo elevados compromisos. Channing no informó de estos hechos a Bishop. Quería usar a Catlin para sus propios fines.

»El martes pasado, por la noche, Catlin trató de reducir sus deudas con Channing, y para tal fin le prestó su yate. Channing trasladó el cadáver de Bishop al yate de Catlin y dejó el coche de Bishop en una carretera lateral. Un avión llevó el cadáver de Maurine a la costa del sur con el fin de dar a entender a la policía que el individuo que había disparado contra Gabby Garvanza había matado a Maurine para verse libre de una posible denuncia por parte de la mujer.

»Su idea fue enterrar el cuerpo en un lugar donde pudiese ser descubierto… después de algún tiempo.

»Pero el cadáver de Bishop había de ser descubierto en el yate de Billings; de forma que la policía jamás llegase a sospechar de Channing.

»El club náutico tiene establecido el sistema de vigilar a todas las personas que entran y salen del club, pero no presta la menor atención a la gente que llega por mar o sale por mar. Todos los socios son personas de reconocida posición social que han sido anotados al cruzar la puerta de entrada… Channing condujo el yate de Catlin al club, después de haber anochecido, metió el cadáver de Bishop en el yate de Billings e hizo lo que resultó ser la jugada más astuta de todas… Arrojó el arma por la borda del yate de Billings, sospechando que a los Billings jamás se le ocurriría ir a buscar allí el arma cuando descubrieran el cadáver de Bishop. Pero Channing sabía que la policía haría descender a un buzo para tratar de hallar el arma.

—Bonita historia —dijo Sheldon.

—Channing planeó seguramente que el cadáver fuera descubierto uno o dos días después, pero el joven Billings destruyó sus planes. Billings y su padre fueron al yate por un motivo u otro. Subieron a bordo sin que nadie se diera cuenta de su presencia, ya que aquel día no funcionó el sistema eléctrico de alarma y Danby, el guardián, estaba de espaldas a la puerta, hablando por teléfono, cuando ellos entraron. Cuando encontraron el cadáver, comprendieron inmediatamente que la policía los acusaría de haber cometido aquel crimen. Sabían que pronto se averiguaría que Bishop había querido hacerles víctimas de un chantaje y que todas las acusaciones recaerían sobre ellos. Por este motivo trataron de borrar todas las pruebas. Pero lo hicieron como unos malos aficionados. Lo primero que intentaron fue quitar de allí el cadáver. Lo arrojaron a uno de los yates contiguo al de ellos, para cuyo fin tuvieron que violentar la puerta. Como temían que el guardián se diera cuenta, compraron un nuevo candado. Había sangre en la alfombra. La quitaron y la substituyeron por otra. Pero todo lo que hacían era acumular pruebas y más pruebas contra ellos mismos.

El rostro de Sheldon se ensombreció súbitamente.

—Está bien, Donald. ¿Para quién trabaja usted?

—Para John Carver Billings.

—¿El viejo?

—El joven.

—¡Maldita sea! —exclamó con tal odio en su voz, que todos los epítetos de Bertha Cool se me antojaron en aquel momento un

canto de ángeles.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—¿Quiere que crea toda esta sarta de embustes? —dio.

—Sí.

—Resolvió el caso Ludlow para ganarse mi confianza. ¡Maldita sea!, y después de haberme engañado, me viene ahora con esa historia.

—Un momento, teniente.

—¡Diablo, cállese! Ha gastado toda su pólvora, Donald. Se ha extralimitado, y ahora le voy a demostrar cómo solemos tratar nosotros a los granujas que intentan…

—Un momento, por favor —insistí—. No se olvide de una cosa. El capitán lo está esperando en su oficina, y lo más probable es que ya haya llamado al jefe por teléfono para decirle que dentro de muy poco tiempo le va a ofrecer la solución del asesinato de Bishop. Bien, ¿quiere escucharme o perder la cabeza?

Pestañeó cuando mencioné al capitán y al jefe. Estaba en una situación muy comprometida y él lo sabía perfectamente.

—Donald —me dijo con tal odio concentrado que su voz apenas se oyó—, por un engaño de esta índole estoy dispuesto a triturarle todos los huesos.

—Tiene usted una ocasión de comprobar la veracidad de la historia que le he contado. Le quedan a usted todavía veinte minutos. Haga venir aquí a Horace B. Catlin y…

El teniente Sheldon marcó un número de teléfono. Un par de hombres uniformados entraron en la habitación antes de que nadie hubiese creído posible que había marcado un número.

—Lleven a estos individuos a donde nadie los pueda ver. No me importa donde los lleven. No quiero que nadie los vea. Que no hablen con nadie del departamento. Que no hablen con ningún abogado. Que no hablen con nadie de fuera. Que no se acerquen a ningún teléfono. Espósenlos.

El teniente Sheldon abandonó la oficina como un avión de propulsión a chorro.

Billings abrió sus ojos y me miró fijamente. Lentamente, extendió su mano y estrechó la mía.

No pronunció una sola palabra.

—No me diga lo que Bishop tenía contra su hijo…

—Cállese —dijo uno de los policías—. El teniente ordenó que cerrasen el pico.

Billings abrió la boca para decir algo, pero uno de los policías se acercó a él.

—No hagan ninguna tontería, cállense. Es peligroso asomarse al exterior.

Guardamos silencio.

Pasaron unos treinta minutos.

Creo que consulté unas cincuenta veces mi reloj de pulsera, en tanto que Billings permanecía sentado frente a mí, inmóvil.

Por fin llegó el teniente Sheldon. Su rostro era igual que el de un muchacho de diez años en la mañana del día de Reyes. Lo miré y emití un suspiro de alivio.

—Donald, vuélvame a repetir toda la historia para que esté seguro de todo —me dijo—. El capitán está esperando y el jefe está en la oficina… Vosotros dos, fuera de aquí.

Los dos policías uniformados desaparecieron como por ensalmo.

Volví a repetir toda la historia.

—¿Cómo llegó a sospechar de Catlin?

—Sabía que había algún socio del club náutico que estaba en poder del hombre que administrada *La puerta verde*. Un hombre tan comprometido en sus asuntos financieros, que se veía obligado a seguir las instrucciones que le daban. Me hice acompañar por el guardián del club náutico para que vigilara a todo aquel que entrase en el garito. Cuando me señaló a un socio del club, adiviné inmediatamente que aquél era el hombre a quien yo buscaba. Lo seguí. Cuando descubrí que no estaba jugando en ninguna de las mesas, sino que con toda probabilidad estaba encerrado con el gerente de la casa, me convencí de que mis sospechas eran ciertas.

—Tome un cigarro —me invitó Sheldon—. Y usted también, Billings. Lamentamos mucho lo ocurrido, señor, pero usted ya sabe lo que sucede en tales casos… Esperen un momento aquí. No se muevan. No traten de salir. Hay un policía en el corredor. Permanezcan aquí y no hablen con nadie. Donald, usted es lo bastante inteligente para saber callar. Cuide de que Billings tampoco diga nada. No vean a ningún periodista. No intenten usar el teléfono. Espero poder hacer algo por ustedes.

El teniente Sheldon marcó un número, y cuando recibió

respuesta dijo:

—Voy inmediatamente, capitán. Lamento haberlo hecho esperar. Había un nuevo detalle que yo no había tenido en cuenta. Voy inmediatamente.

Abandonó con rapidez la oficina.

Me volví hacia Billings:

—¿Qué tenía Bishop en contra de su hijo? —le pregunté.

—Sinceramente, Lam, no lo averigüé hasta hace una semana. Prefiero no hablar de ello.

—Será mejor que me lo diga.

—No pienso hacerlo.

—Su hijo es un muchacho alto y fuerte.

Asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Jugó al baloncesto en el colegio?

—Sí.

—¿En el equipo universitario?

—Sí.

—Bishop solía hacer apuestas en los partidos entre equipos universitarios —dije yo.

El rostro del banquero se descompuso súbitamente. Comenzó a llorar. Era un espectáculo sorprendente ver llorar aquel rostro pétreo.

Me puse de pie y me acerqué a la ventana volviéndole la espalda. Pocos minutos más tarde, cuando ya no oí los sollozos, volví a ocupar mi puesto.

Durante largo rato ninguno de los dos pronunció palabra.

Al cabo de un rato dije:

—Cuando le cuente usted esa historia a Sheldon, dígale que su hijo está mezclado en un escándalo con una muchacha.

—No es motivo suficiente —dijo Billings—. He estado pensando en ello.

—Dígale, pues, que la muchacha murió a consecuencia de una intervención criminal.

Billings reflexionó unos instantes y luego asintió gravemente.

—Donald, si logra usted que la policía acepte su historia como la versión oficial de lo sucedido, le recompensaré muy generosamente, muy generosamente.

Hacía demasiado tiempo que trabajaba en unión de Bertha para

no saber que la ocasión la pintan calva, de modo que lo miré fijamente a los ojos y le dije:

—Así lo espero, Mr. Billings; nosotros no trabajamos por nada, usted ya lo sabe.

—No es necesario que me lo diga —dijo él.

Con esto terminó la conversación. No había nada más que decir.

Continuamos sentados y esperando.

Al cabo de par de horas llegó un policía y nos sirvió unos bocadillos y café. Luego dijo:

—El teniente me ha dicho que se instalen ustedes lo más cómodamente posible, pero que no hablen con nadie.

Tomamos unas tazas de café y comimos unos bocadillos. Una hora más tarde entró el teniente Sheldon. Cerró la puerta tras él, se sentó en un sillón muy cerca de Billings.

—Mr. Billings —comenzó—, es usted un hombre muy importante en San Francisco y queremos testimoniarle que la policía reconoce la posición que usted ocupa en nuestra ciudad. Tratamos de ayudar a los ciudadanos de relieve y siempre que éstos nos lo pidan.

—Gracias —dijo Billings.

—En resumen, Bishop tenía algo en contra de su hijo de usted, ¿le importaría decirme lo que era?

—Cuestión de faldas —dijo Billings.

El teniente Sheldon se limitó a sonreír.

—La muchacha sufrió una intervención y murió.

La sonrisa desapareció del rostro de Sheldon. Meditó durante unos instantes sobre estas palabras.

—Está bien, Billings —dijo—; creo que podemos excluir este asunto de la investigación, siempre que esté dispuesto a colaborar con nosotros.

—En el caso de que ustedes estén dispuestos a excluir este asunto —dijo Billings—, yo estoy por mi parte dispuesto a todo lo que me pidan…, todo lo que yo pueda hacer por ustedes.

—De acuerdo —dijo Sheldon—. Sólo necesita hacer una cosa.

—¿Qué es?

—Protegernos en nuestros esfuerzos para protegerlo a usted.

—¿Qué quiere usted decir?

—No hable con nadie. Esos periodistas son muy astutos. Lo

interrogarán a fondo si usted se presta a ello. Le preguntaran y luego comprobarán las respuestas que usted les ha dado. Lo acorralarán a usted y…

—Lo que usted quiere es que no les cuente nada, ¿no es cierto? —le interrumpió Billings.

—Por su propio bien —se apresuró a decir el teniente—. No olvide que nosotros tratamos de ayudarlo. Sólo hay un medio para que el asunto de que hemos hablado antes no sea mencionado.

—Guardaré silencio —prometió Billings.

—Comprenda usted que si coopera con la policía, la policía cooperará con usted —dijo Sheldon.

Me volví hacia Sheldon y le dije:

—Hay una cosa que podría usted hacer por mí, teniente.

—Lo que sea, Donald, todo lo que usted me pida. La ciudad está a sus pies. Todo lo que usted me pida.

—Cuando usted cuente toda la historia a la Prensa insista en el hecho de que finalmente, Bishop había dado con una mina muy rica.

Me miró y sonrió.

—Bendito sea usted, Donald —dijo—, todo el asunto está ya en Prensa. Lo de la mina ha sido un golpe de suerte. Es algo dramático. He hablado con tantos periodistas que estoy ronco… Bien, Donald, usted quedará en segundo término en todo este asunto; supongo que éste es su deseo. Supongo que cuando vuelva algún día a San Francisco querrá que la policía de aquí esté a su entera disposición. Es esto lo que usted desea, ¿no es cierto?

Asentí con un movimiento de cabeza.

Se acercó a mí y me dio unos golpecitos amistosos en el hombro, pero con tanta fuerza que casi me quitó la respiración.

—Donald, es usted un individuo muy astuto —me dijo—. Llegará usted muy lejos. Cualquier cosa que usted desee de la policía de San Francisco, pídala, que siempre estará a su disposición…, y esto es algo de lo que no todas las agendas de detectives pueden jactarse, sobre todo si son de Los Ángeles.

Estalló en una sonora carcajada.

—¿Y qué hay con respecto a mí? —preguntó Billings—. ¿Qué hay con respecto a mi hijo? Estamos libres…

—¡Oh, me había olvidado de decírselo! —dijo Sheldon—.

Estábamos tan ocupados… Hemos sacado a su chófer de la cama, míster Billings, y su coche de usted lo está esperando aquí enfrente. Habrá muchos periodistas esperando con máquinas fotográficas. Le dirigirán una serie de preguntas. Si usted se limita a decir: «No hago comentarios», esto le ayudará mucho. No desearíamos que lo sometieran a un interrogatorio. Si usted quiere que no se mencione este desgraciado asunto de chantaje relacionado con su hijo, será mejor que no diga usted nada a la Prensa, y me deje a mí para que me entienda con ellos.

—No hay nada que tenga yo interés en decir a la Presa.

—Bien, creo que es mejor así —dijo Sheldon y estrechó cordialmente la mano de Billings.

Acompañó a Billings hasta la puerta, la mantuvo abierta y dejó pasar al anciano banquero, pero su grueso brazo me cerró el paso.

—Será mejor que Mr. Billings se marche solo, Donald —me dijo —; su hijo se reunirá con él en el coche y habrá muchos periodistas con ganas de dirigirles un montón de preguntas. Creo que será mucho mejor que usted no aparezca en las fotografías. Ya sabe lo que significa todo eso. Siempre podrán trabajar mejor si la gente no los conoce.

—Soy partidario de permanecer siempre en el anonimato —le dije, no sin cierta ironía.

Sheldon se volvió a Billings:

—Y dé usted una buena recompensa a este muchacho, míster Billings. Créame, le ha sido de mucha ayuda en la resolución de este caso, y también a nosotros.

—No se preocupe —le dijo Billings—. No nací ayer.

Se cerró la puerta.

—¿No hay ninguna salida trasera? —pregunté a Sheldon.

Me volvió a golpear la espalda con tanta fuerza que casi me quedé de nuevo sin respiración.

—Donald, sinceramente, es un placer cooperar con un detective privado que sabe andar por el mundo. Ya lo sabe, todo lo que nosotros podamos hacer por usted lo haremos gustosamente siempre que nos lo pida. Vamos, por aquí.

Empezaba a amanecer cuando salimos por la puerta posterior del edificio, reservada a las ambulancias. Un coche de la policía me llevó hasta el hotel.

capítulo veinte

ENTRÉ en la oficina.

La recepcionista me dirigió una mirada como si acabara de ver a un fantasma, y se llevó un dedo a los labios, indicándome que guardara silencio. Señaló con su pulgar en dirección a la oficina de Bertha Cool.

Me acerqué a su mesa escritorio.

—¿Qué ocurre? ¿Está Bertha Cool en el sendero de la guerra?

—Bertha dijo que la avisáramos tan pronto como llegara usted.

—¿Fue eso lo que dijo ella?

—Exactamente no.

—¿Cómo se expresó?

—Bertha dijo: «Si ese asqueroso gusano se atreve a meter una vez más la nariz en estas oficinas, yo misma cuidaré de ponerlo de patitas en la calle. La sociedad ha quedado disuelta».

—Muy bonito por parte de ella —dije yo—. Llámela. Dígale que acabo de llegar y que estoy en mi despacho particular.

Me dirigí a mi despacho.

Las letras doradas que decían *Donald Lam*, sobre la puerta de vidrio, habían sido borradas violentamente. Supuse que había sido la propia Bertha la que lo había hecho, usando para ello una navaja muy afilada.

Elsie Brand me miró con ojos llenos de incredulidad.

—Donald —exclamó—. ¡No entres aquí. Vete a ver a un abogado y consulta antes con él! ¡Dios mío, Donald, vaya escena que se prepara!

Saqué un talón de mi bolsillo y dije:

—Quiero devolverte el dinero que me adelantaste, Elsie.

—¡Está bien, Donald, está bien! Que no se entere Bertha de que te mandé dinero… Donald, ¿qué es esto? Esto son trece…, trece…

¡Es un talón por valor de *trece mil dólares*…!

—Así es, en efecto.

—Y un talón al portador.

—Así es, en efecto, contra el Banco de Billings.

—Pero cómo…, pero cómo…

—Invertí el dinero que me mandaste en acciones sobre una mina —le dije—. La «Skyhook Mining and Development Syndicate», una bonita compañía. Consideré que era una compra acertada y poco después de haber adquirido estas acciones, comenzaron a subir de un modo que no pude imaginar.

—Donald, quieres decir…, quieres decir…, que mis trescientos dólares… ¡Donald, no comprendo todo esto!

—Y tampoco es necesario que lo comprendas —le dije—. Cobra el talón y…

Percibí como si en aquel momento empezara un terremoto. Oí caer una silla en la oficina exterior. Una mesa escritorio fue empujada a un lado, la puerta se salió casi de sus goznes cuando se abrió y apareció Bertha Cool, con los ojos llameantes, con un tono de voz audible en toda la oficina e incluso hasta el corredor.

—¡Tú, granuja, bandido, miserable sabandija! ¿Cómo te has atrevido a venir aquí? No tienes más derecho a estar aquí que una polilla en un ropero. ¡Fuera de aquí, ahora mismo! Maldito seas, gusarapo indecente…

—¿Y a qué viene todo esto? —pregunté yo.

—Después que yo gané honradamente quinientos dólares te fuiste a San Francisco y metiste la nariz en un asunto que no te importaba en lo más mínimo. ¿Y qué ha ocurrido ahora? ¡Que han anulado el talón que nos habían dado! ¡Y todo por culpa tuya! ¡Tú y tu célebre talento! Luego hiciste que detuvieran a nuestros clientes, acusados de asesinato. Ahora estamos acusados de chantajistas en San Francisco. Y la policía te sigue la pista. Hay orden de detención contra ti. ¡Piensa en todo esto! ¡Una orden de detención contra un socio mío! Yo te recogí del arroyo. Yo te traje aquí y te hice mi socio. Pero tú… ¡Que me cuelguen!

Se volvió y gritó a la telefonista:

—Ponme con la jefatura de policía y diles que Donald Lam está aquí dispuesto a que le pongan las esposas. Diles que el maestro de todos los detectives privados se encuentra aquí, dispuesto a

entregarse a la autoridad.

Colocó los brazos en jarras y adelantó la mandíbula, como si fuera un perro de presa.

—Por favor, firma aquí, Bertha —le dije, alargándole un papel por encima de la mesa escritorio.

Ni siquiera se dignó mirar la tarjeta que yo le alargaba.

—¿Firmar yo aquí? Que firme mi tía. ¡Antes de firmar un documento tuyo, sea el que sea, pediré autorización al Tribunal Supremo! Y no creas que recibirás ni un solo centavo en compensación. Has gastado más dinero del estipulado en el negocio. He hablado con mis abogados y me han dicho que la razón está de mi parte. Búscate un abogado y ve lo que puedes sacar de todo esto, ¡anda! Tus efectos personales están en tu mesa escritorio. Bien; ahora, ¡largo de aquí!

—Será mejor que firmes esta tarjeta, Bertha —le dije—. Es la nueva cuenta corriente de la sociedad en un Banco de San Francisco.

—¿La cuenta corriente de la sociedad? ¿Qué diablos has estado haciendo? ¿Firmando cheques falsos? Maldito seas, Donald; irás a la cárcel. He ordenado que suspendan el pago de cualquier talón de Banco que lleve tu firma. He dicho al Banco que habíamos disuelto nuestra sociedad y que sólo era mi firma la que valía. Yo te salvé de la miseria, pero ahora estoy dispuesta a volverte a arrojar al arroyo.

—Está bien. En este caso, me quedo con nuestra cuenta corriente en el Banco de San Francisco. Tú continúa en el negocio aquí en Los Ángeles, si éste es tu deseo. No tenemos que preocupamos por los trámites legales. En el caso de que la sociedad haya sido disuelta, el dinero que he ganado es mío…

—¿El dinero que has ganado tú?

—A esto me refiero.

Cogió la tarjeta que yo le había alargado y la estudió detenidamente.

—Caramba, es para la apertura de una cuenta corriente de un Banco en San Francisco y a nombre de la sociedad *Cool y Lam*…

—Eso es —dije yo—. Gané tanto dinero allí, que decidí que era mejor ingresarlo en un Banco. Al fin y al cabo, sostenemos las mejores relaciones con la policía de San Francisco y ellos han ofrecido mandarnos para su resolución todos los casos que puedan.

—¿De qué diablos estás hablando?

—¿Sabías acaso que el asunto del asesinato de Bishop fue resuelto favorablemente?

—Sí, sabía que *fue resuelto*. No me digas que tú tienes nada que ver en este asunto. He leído los periódicos, ¡maldita sea! Tú fuiste el culpable de que los Billings se vieran mezclados en este asunto… ¡Dios mío, y pensar que si los Billings no piden ahora daños y perjuicios…!

—No lo harán. Me entregaron un talón por valor de cinco mil dólares.

—¿Cinco mil?

—Así es. Antes me habían entregado ya un talón por quince mil dólares, Para gastos.

—¿Que te dieron quince mil dólares para gastos?

—Esto es lo que he dicho. Pero si tú dices que la sociedad ha sido disuelta…

—¿Cuánto hay en el Banco de San Francisco? —me peguntó, mirándome fijamente a los ojos.

—Los cinco mil dólares que me entregó Billings como gratificación. El dinero para gastos lo invertí en acciones.

El rostro de Bertha se puso purpúreo.

—¿Que invertiste el dinero? ¡Llamad a la policía! ¡Idiota, memo, alcornoque…, yo misma voy a denunciarte!

—Volví a vender las acciones y saqué un bonito beneficio… Unos cuarenta mil dólares.

—¡Cuelga el teléfono! —gritó Bertha, dirigiéndose a la telefonista—. Explícamelo todo de una vez.

Se volvió hacia mí y esbozó una amplia sonrisa.

—Donald, querido, no sabes cuánto me sulfuras a veces. Ya sabes que soy muy irritable y hay momentos en que no te comprendo. Deberías informarme con más frecuencia de lo que haces. Ven a mi oficina y cuéntamelo todo, Donald. Y tú, Elsie, llama al pintor y que vuelva a colocar el letrero en la puerta de Donald.

Elsie Brand me alargó una tarjeta postal antes de entrar en la oficina de Bertha.

—Creí que te gustaría ver tu correspondencia, antes de entrar, Lam.

Cogí la tarjeta postal. Había sido enviada por avión desde La Habana e iba dirigida personalmente a mí:

«Querido: Esto es maravilloso. Cuánto me gustaría que estuvieras conmigo. Millie».

Las palabras *cuánto me gustaría que estuvieras conmigo* habían sido subrayadas.

Bertha Cool me cogió afectuosamente por el brazo.

—Vamos, entra ya, querido granuja —dijo—, y cuéntale a Bertha de dónde has sacado estos cuarenta mil dólares… ¡Mi querido granuja!

ERLE STANLEY GARDNER (Malden, Massachusetts, EE.UU. 17-julio-1889 - Temecula, California, 11-marzo-1970). Su padre quería que se hiciera abogado, de modo que comenzó a trabajar en una gestoría legal en Willows, y mientras trabajaba de mecanógrafo, estudió la carrera de derecho. Después se estableció por cuenta, pero el negocio era deficitario, ya que en numerosas ocasiones, aceptaba como clientes a inmigrantes chinos y mejicanos sin recursos, lo que le hizo muy popular pero no muy rico. En 1921, casado y con un hijo, se pone a escribir historias policiales, o «de detectives», que envía a algunas revistas para mejorar su situación financiera. Estas revistas se conocían como pulps y eran muy populares en la época.

Sus narraciones son muy efectistas y en ellas se sirve de sus conocimientos de derecho para construir casos, en los que podía lucirse *Perry Mason* con una brillante exposición en la que demuestra la inocencia del acusado. Así podía disfrutar de la única parte de la abogacía que realmente le gustaba: los juicios penales, y el desarrollo de la estrategia a seguir en un juicio. El nombre «*Perry Mason*» data de la infancia de su creador, cuando leía la revista *Companion*
Youth's

, publicada por la *Perry Mason Company*, y cuando creó a su abogado de ficción, pensó que sería un buen nombre para él.

Ya consolidada su carrera como escritor, para publicar sus libros contaba con la ayuda de varias secretarias que escribían a máquina lo que él dictaba a una grabadora. Su producción casi industrial provocó su apelativo de «*El Henry Ford de la novela policíaca*». Vendió más de 100 millones de libros en vida. Tenía una formula para escribir una vez definidos sus personajes, sus motivaciones y sus tramas.

Hacia 1938, Gardner empezaba a preguntarse si un día cedería el interés de los lectores por *Perry Mason*. ¿Podría duplicar su éxito escribiendo una novela con otra serie de personajes? El libro, escrito bajo el seudónimo de A. A. Fair, era «*The Bigger They Come*» («Cuanto más grandes son…» editado en español con el título de: *Agencia de Detectives*) y caracterizaba a *Bertha Cool*, una mujer obesa propietaria de una agencia de detectives y con anillo de diamantes; y a *Donald Lam*, su empleado, de estatura más bien pequeña, (todo un paquete de dinamita legal). La pareja se anotó un éxito inmediato y Gardner se puso a escribir 28 libros más de *Cool y Lam*.

Bajo su propio nombre Gardner escribió exclusivamente la serie *Perry Mason*, pero con su seudónimo favorito de A. A. Fair, Gardner escribió varias novelas con los detectives *Bertha Cool y Donald Lam*; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal *Doug Selby*.

Gardner muere el 11 de marzo de 1970, en su Rancho el Paisano en Temecula. Fue incinerado y sus cenizas se esparcieron por la península de Baja California, uno de sus lugares favoritos.